

Reporter: Mr. Gandhi, What do you
think of Western
Civilization?
Mr. Gandhi: I think it would be a good idea!

Los misterios de la historia

Perspectivas del oficio de historiador

Pablo Pozzi (coordinador)

Autores: Pablo Pozzi, Howard Zinn, Daniel Mazzei,
Mariana Mastrángelo, Pablo Vommaro, Fabio Nigra,
Yolanda Blasco Martel, Mario Camarena Ocampo,
Gerardo Necochea Gracia y Alessandro Portelli

Los misterios de la historia

Perspectivas del oficio de historiador

Los misterios de la historia

Perspectivas del oficio de historiador

Pablo Pozzi (coordinador)

Autores: Pablo Pozzi, Howard Zinn, Daniel Mazzei,
Mariana Mastrángelo, Pablo Vommaro, Fabio Nigra,
Yolanda Blasco Martel, Mario Camarena Ocampo,
Gerardo Necochea Gracia y Alessandro Portelli



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decana
Graciela Morgade

Vicedecano
Américo Cristófalo

Secretario General
Jorge Gugliotta

Secretaria Académica
Sofía Thisted

Secretaria de Hacienda
y Administración
Marcela Lamelza

Secretaria de Extensión
Universitaria y Bienestar
Estudiantil
Ivanna Petz

Secretario de Investigación
Marcelo Campagno

Secretario de Posgrado
Alberto Damiani

Subsecretaria de Bibliotecas
María Rosa Mostaccio

Subsecretario
de Transferencia
y Desarrollo
Alejandro Valitutti

Subsecretaria de Relaciones
Institucionales e
Internacionales
Silvana Campanini

Subsecretario
de Publicaciones
Matías Cordo

Consejo Editor
Virginia Manzano
Flora Hilert
Marcelo Topuzian
María Marta García Negroni
Fernando Rodríguez
Gustavo Daujotas
Hernán Inverso
Raúl Illescas
Matías Verdecchia
Jimena Pautasso
Grisel Azcuy
Silvia Gattafoni
Rosa Gómez
Rosa Graciela Palmas
Sergio Castelo
Ayelén Suárez
Directora de imprenta
Rosa Gómez

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Colección Saberes



Coordinación editorial: Martín Gonzalo Gómez

Maquetación: María de las Mercedes Dominguez Valle

Imagen de tapa: detalle de un muro en Inglaterra, del sitio *apictureofpolitics: a glimpse into the art of politics* (24 de abril de 2012).

ISBN 978-987-4923-03-5

© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) 2018

Subsecretaría de Publicaciones

Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Tel.: 5287-2732 - info.publicaciones@filo.uba.ar

www.filo.uba.ar

Los misterios de la historia : perspectivas del oficio de historiador / Pablo Pozzi
... [et al.] ; coordinación general de Pablo Pozzi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires : Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de
Buenos Aires, 2018.
266 p. ; 20 x 14 cm. - (Saberes)

ISBN 978-987-4923-03-5

1. Historia. 2. Teoría Crítica. I. Pozzi, Pablo II. Pozzi, Pablo, coord.
CDD 907

Índice

Presentación	9
<i>Pablo Pozzi</i>	
Capítulo 1	
La utilidad de la investigación académica	27
<i>Howard Zinn</i>	
Capítulo 2	
De cómo encontrar un buen tema de tesis y no sucumbir en el intento	41
<i>Daniel Mazzei</i>	
Capítulo 3	
Algo de Sherlock Holmes y algo de historiador	51
¿Cómo investigar en historia?	
<i>Mariana Mastrángelo</i>	
Capítulo 4	
Teoría e historia. Algunos trazos en torno a una relación necesaria	69
<i>Pablo Vommaro</i>	

Capítulo 5	
Archivos, bibliotecas y hemerotecas. O algunos problemas para trabajar con testimonios escritos en Argentina	83
<i>Daniel Mazzei</i>	
Capítulo 6	
El uso de estadísticas en historia	95
<i>Fabio Nigra</i>	
Capítulo 7	
Las fuentes no tradicionales en historia	113
<i>Fabio Nigra</i>	
Capítulo 8	
Entrevista a Miquel Izard. La historia es un instrumento del poder	145
<i>Yolanda Blasco Martel</i>	
Capítulo 9	
Entrevista a Sandra McGee Deutsch. Sobre nacionalismo y género	159
<i>Daniel Mazzei</i>	
Capítulo 10	
La investigación y la ética del historiador	175
<i>Pablo Pozzi</i>	
Capítulo 11	
Continuidad, ruptura y ciclo en la historia oral	197
<i>Mario Camarena Ocampo y Gerardo Necochea Gracia</i>	
Capítulo 12	
¡Absalón, Absalón! La historia oral y la literatura	215
<i>Alessandro Portelli</i>	
Capítulo 13	
Detrás de la cortina. Prólogo al libro <i>Oposición obrera a la dictadura</i>	237
<i>Pablo Pozzi</i>	
Los autores	261

Presentación

Pablo Pozzi

Este libro consta de una serie de ensayos cuyo objetivo es plantear problemas de investigación en historia. No es un recetario metodológico, sino más bien se trata de mostrar cómo algunos historiadores han encarado su labor y elaborado diversas formas de aproximación para encontrar respuestas. Ninguno de los autores de este volumen pertenece a la misma “escuela histórica” y, de hecho, son pocas las coincidencias en cuanto a enfoques teóricos y perspectivas historiográficas. Son estos contrastes, a partir de sus prácticas como investigadores, los que creemos que tienen utilidad. Se trata de plantearles problemas y sugerencias a los futuros historiadores para que cada uno de ellos, abriendo su mente y flexibilizando sus prácticas, pueda encontrar su propio método para *hacer historia*.

Cuando yo era estudiante de Historia, el ejercicio de la profesión era un gran misterio. ¿Cómo te convertís en historiador? ¿Cómo se publica un artículo? ¿Cómo se hace una tesis doctoral? ¿Cómo se lleva adelante una investigación? Estas eran algunas de las preguntas que la carrera, y mis profesores, se cuidaron mucho de responder. Por ende,

muchos nos recibimos convencidos de que historiador era Pierre Vilar y de que nunca íbamos a ser como él. Asimismo, un doctorado era para gente excepcional o particularmente brillante, mientras que un artículo era para decir algo “importante”. Jamás observamos la contradicción entre estos estándares y la realidad de nuestros profesores, entre los cuales había de todo, si bien algunos estaban a la altura de un Vilar. En lo personal, mi directora de tesis era una excelente historiadora que me prestaba una mínima atención, no por desidia sino porque ella tenía su propio trabajo y una buena cantidad de otros tesisistas. Por ende, me mandó a hacer mi primera investigación con un insigne “vaya y busque”. Y ahí me encontré mirando el archivo y la biblioteca, con el inmenso tarjetero (era la época precomputadoras), y yo no sabía ni por dónde empezar. Lo hice igual que todos mis compañeros: nos sumergimos en las oscuras aguas de la investigación y aprendimos a nadar, aunque algunos simplemente se ahogaron.

En el proceso fuimos aprendiendo varias cosas. La primera fue que haber terminado la carrera no te hacía historiador, sino que eso se aprendía en la práctica, con experiencia y a los tumbos. Si uno había tenido la suerte de tener buenos profesores entonces terminaba con algunas técnicas y un bagaje bibliográfico y cultural que era una buena base, y también con cierta apertura mental que te permitía incorporar conocimientos nuevos, cuestionarlos y hacerte nuevas preguntas sin descartar lo que otros habían hecho antes.

Un segundo aspecto fue que la historia era una pasión y no un oficio. El trabajo era arduo y largo, el reconocimiento escaso, y la paga peor aún. Por eso el tema de investigación debía ser algo que nos motivara durante mucho tiempo. Es evidente que se puede investigar sin pasión, pero todas las grandes obras de historia son apasionadas, lo cual no quiere decir de mala calidad. La realidad es que sin esa pasión yo encontraba muy difícil investigar, sobre todo porque había

largos tramos y momentos un poco áridos: esos momentos donde leyendo diarios del siglo xix uno se encuentra mirando los anuncios clasificados en vez de leer las columnas que traen información. Una obra de historia podía tomar años, y sin pasión era difícil de terminar. Pero esa pasión no surge de la nada, sino de que el historiador piensa que tiene algo importante que decir, algo que lo entusiasma, algo que piensa que va a cambiar cómo pensamos tal o cual fenómeno. En mi caso, recuerdo que en medio de la escritura de mi tesis doctoral toda conversación siempre terminaba con el doctorando hablando de su tema. Para mí todo se vinculaba con mi investigación, y lo que no se vinculaba no me parecía tan importante y no me interesaba.

Otra cuestión era el tema del método, el marco teórico, la práctica de la investigación en sí. Mis años mozos transcurrieron en la época de los manuales de Pérez Amuchástegui,¹ quien, entre tantas otras cosas, explicaba cómo fichar libros y recomendaba comprar zapatos Guante porque la caja era perfecta para las fichas. Durante años lo consideré un cuadrado y un inútil. En realidad, Pérez Amuchástegui era muy útil en la formación, ya que cubría un espacio y lidiaba con un problema que no hemos encarado desde entonces.²

1 La obra a la que hago referencia y que casi todos tuvimos que leer es: Cassani, J. L. y Pérez Amuchástegui, A. (1961). *Del epos a la historia científica. Una visión de la historiografía a través del método*. Buenos Aires, Nova. También fue autor de otras numerosas obras sobre el tema, que decían más o menos cosas bastante similares. Entre ellas: Pérez Amuchástegui, A. (1982). *Introducción a la Historia*. Buenos Aires, Glauco. Y Pérez Amuchástegui, A. (1979). *Algo más sobre la historia. Teoría y metodología de la investigación histórica*. Buenos Aires, Ábaco.

2 En realidad, la cátedra de Introducción a la Historia del doctor Eduardo Saguier, de la cual fui Jefe de trabajos prácticos en 1984, lidiaba extensamente con el problema de investigación e incluía en su bibliografía obras bastante más sugerentes que la de Pérez Amuchástegui. Dos ejemplos son: Chesneaux, J. (1977). *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*. México, Siglo XXI. Y Pereyra, C. et al. (1980). *Historia ¿para qué?* México, Siglo XXI. Saguier fue puesto a cargo de la cátedra luego de la muerte de Pérez Amuchástegui, en 1983. Introducción a la Historia fue eliminada de la UBA con la reforma del plan de estudios de 1987.

Al mismo tiempo, lo hacía de una forma bastante rígida y no explicaba que el suyo era un método entre tantos posibles. En mi caso, yo nunca fiché. Mi método era –y es aun hoy en la era informática– anotar en cuadernos o papelitos que después ponía en carpetas e ir armando en función de los capítulos o acápite con los que trabajaba. Otros colegas fichaban, y muchos hoy en día utilizan programas de informática. Yo sigo con los papelitos. ¿Cuál es el mejor método? Para mí, el mío. Y yo diría que uno debe usar el que le funcione y en el que se sienta cómodo. Pero deberíamos todos ser conscientes de que existe más de un método para organizar los resultados de una investigación.

Otra cosa era el tema de la teoría. Como buen producto de la década del setenta, yo estaba convencido de que teoría y empiria eran dos cosas que discurrían por andariveles distintos. Por ende, leí montañas de teoría sin saber nunca muy bien cómo aplicarla. El resultado era que esquemáticamente comenzaba detallando el marco teórico para luego exponer todos mis datos. Nunca me preocupé demasiado por vincularlos; es más, la suposición era que si la teoría estaba correctamente explicada y cerraba bien, entonces los datos a continuación estarían automáticamente explicados. Fue recién años más tarde cuando uno de mis viejos profesores me señaló que mi aproximación era mecanicista e idealista: la teoría tenía una relación dialéctica con los datos. O sea que encontramos un fenómeno, nos hacemos preguntas y para tratar de explicarlas recurrimos a la teoría, que automáticamente nos debería llevar a buscar nuevos datos y plantear nuevas preguntas, e inclusive a intentar nuevas explicaciones teóricas, que si bien deben ser coherentes con las primeras no necesariamente pertenecen al corpus utilizado porque las preguntas no son las mismas que se plantearon originalmente. El proceso es más interesante y dinámico, pero también mucho más difícil. Esto

también indicaba que el método y la metodología, muy a pesar de mis colegas influenciados por la sociología francesa, no eran un modelo abstracto sino algo que estaba en permanente evolución y que dependía del problema a investigar. O sea, recurriamos a distintos métodos y herramientas según lo que estábamos tratando de hacer.

Un tema central es que la labor del historiador es algo colectivo. Pero eso no significa que “lo hacemos todos juntos”, sino más bien que la discusión entre colegas es esencial a la hora de elaborar la historia. Mi tesis doctoral le debe muchísimo a Ernesto Salas, entre otros, como hoy en día les debo muchísimo a Fabio Nigra y a Mariana Mastrángelo, con los cuales discutimos a veces acaloradamente y sin coincidir, pero que me obligaron a repensar muchas cosas. Me parece fundamental que los historiadores retomemos el debate civilizado respetando el derecho del otro a disentir como forma de aprender y de construir el conocimiento.

La otra cuestión que quiero señalar es que la experiencia personal me ha obligado a pensar y repensar algunos temas que me preocupan desde hace tiempo y que tienen que ver con la historia ¿para qué y para quién? Y también con el tema de hasta dónde nuestros prejuicios y preconceptos tiñen los estudios que hacemos de la historia.

Hace ya una docena de años, harto de la gran ciudad, aproveché la oportunidad de un trabajo ocasional en la Universidad Nacional de Villa María y me mudé a un pueblito de poco más de diez mil habitantes, a unos sesenta kilómetros de la ciudad de Córdoba. Además de darme cierta tranquilidad, la llegada al pueblo me amplió horizontes insospechados. Lo primero que descubrí rápidamente fue que, a pesar de haberme dedicado durante décadas a la historia argentina, realmente no sabía mucho de nada. Lo segundo fue descubrir que muchos de mis colegas, por lo

menos en Buenos Aires, tampoco tenían idea de la complejidad de su tema de estudio.

Lo primero que me impactó fue que la tradicional contradicción entre Buenos Aires y el interior no era tan dicotómica como todos habíamos pensado y repetido durante años. Aquí estaba el porteño, supuestamente odiado opresor centralista, y la verdad es que me trataban bien, lo cual no implica que le tuvieran aprecio a los porteños. Más complicado era que mi mujer pertenecía a una familia riocuartense (el “Imperio”) que vivía en Córdoba Capital. Y ella sí tenía que aguantarse todo tipo de comentarios. Por ejemplo: “Pilar era muy lindo hasta que empezaron a mudarse los cordobeses”. Y ni hablar de Rosario o de La Rioja: para mis vecinos, los rosarinos son todos taimados, pedantes, gritones y ladrones, mientras que los riojanos son unos vagos. El problema parecía más una competencia entre la gran ciudad y las ciudades chicas. Esto yo lo debería haber sabido. Mi familia materna es de San Francisco (mi abuelo Trigueros fue intendente varias veces). Mi abuelo decía: “Érase una vez un cordobés que no era doctor”, porque todos le parecían unos pedantes bárbaros. De hecho, Buenos Aires era algo lejano, mientras que Córdoba era donde estaba el poder que incidía permanentemente sobre sus vidas.

Lo que sí pude aprender es que en las ciudades del interior hay una sociedad fuertemente estratificada, muy clasista y también machista con reminiscencias de las novelas de principios de siglo o de lo que escribía Manuel Puig sobre General Villegas.³ Está claro que esto también ocurre en las grandes ciudades, pero por la misma magnitud de estas lo aceptamos como algo obvio, mientras que tenemos

3 En sus dos primeras novelas, *La traición de Rita Hayworth* (1968) y *Boquitas pintadas* (1969), Manuel Puig se inspira en su ciudad natal, General Villegas, para escenificar la ficción y en sus habitantes para caracterizar a los personajes.

una visión del pueblo chico como algo bucólico y hasta armónico. En Pilar, mi pueblo, las vías del tren dividen, literalmente y como en las películas, a los ricos de los pobres. Los primeros tienen sus escuelas “buenas”, mientras que los segundos son relegados a las que tienen menos recursos. Y eso es cierto no solo en el caso de las privadas sino también de las escuelas públicas. En los bares del pueblo lo que más me llamó la atención fue que rara vez asistieran mujeres. Asimismo, las relaciones familiares generan lealtades y solidaridades construidas durante generaciones. Y los otros son “extranjeros”. Más aún, la política parece ser partidaria cuando realmente es familiar. Y de hecho las elecciones se disputan entre redes familiares, y quien gana lleva a toda su familia al municipio. Por ejemplo, un día en el supermercado un viejo me dijo: “Usted es nuevo aquí, ¿no?”. “Más o menos”, le respondí, “hace diez años que estoy”. “Claro, es nuevo”, afirmó con total seguridad. Y sí, para él, viejo vecino, yo era nuevo, sobre todo porque no me conocía ni a mí, ni a mi padre ni a mi abuelo. Esas diferencias generan conflictos y tensiones que muchas veces apenas si están por debajo de la superficie y explotan en cosas pequeñas. El “todos nos conocemos” también significa que es difícil penetrar y ser aceptado como lugareño a pesar de los años y a pesar de que mis hijos hayan nacido allí.

Para mí, Pilar, Córdoba, era un pueblo rural sin mucha historia, conservador y apacible. Y por lo tanto, más allá de las batallas de la Independencia que se pelearon cerca de allí, no merecía mucha atención por parte de un historiador. En realidad, esta idea demostraba más mi ignorancia que otra cosa. Lo importante es que aprendí que lo que yo había pensado que eran pueblos rurales son infinitamente más complejos. El pueblo rural contaba con varias fábricas, incluyendo un frigorífico de mil seiscientos obreros, Georgalos con mil doscientos y una usina eléctrica con

quinientos. Entre Pilar y la vecina Río Segundo había seis mil obreros. De hecho, había una especie de articulación entre los “gringos” con campos, los empresarios con fábricas y toda una vida que giraba en torno a ambos. Esto se conjuga con las contradicciones clasistas y de género que mencioné antes. En política, eso significaba que había radicales y peronistas, pero que también había gente que, sin pertenencia ni filiación partidaria, votaba a la izquierda. Yo me he dedicado a la historia argentina, y una de las inquietudes que debemos explicar es por qué tantos militantes (de derecha y de izquierda, de Guardia de Hierro y del ERP) provienen de ciudades como Pilar. La existencia de fuertes contradicciones clasistas de una sociedad fabril y rural al mismo tiempo sugiere parte de la explicación. Luego descubrí que el pueblo había tenido un centro clandestino de detención y que había varios desaparecidos en la zona; que, aunque el pueblo era “de la UCR”, el Partido Comunista y la Juventud Peronista habían tenido una importante presencia (de hecho, el PC había obtenido más de ochocientos votos en 1983); y, es más, aunque para mí el posadismo era algo del pasado, encontré que el Trotskismo posadista tenía trabajo entre los peones rurales de la región. Más aún, yo seguía hablando de “los terratenientes” y llegué al pueblo a descubrir que “los gringos” tenían tierras que oscilaban entre cien y cuatrocientas hectáreas, y que la mayoría las arrendaba a lo que hoy llamamos “los pulpos sojeros”. En el 2008, mis vecinos, peones, arrendatarios, obreros, empleados, docentes y empresarios, todos se movilizaron en apoyo al paro agrario. Yo, que no estaba ni con los kirchneristas ni con “el campo”, era mirado con ojos de sospecha por estos tipos, para mí “derechosos”. Claro, mi explicación era que mis vecinos eran católicos y conservadores; pero en 2011 el Frente de Izquierda y de los Trabajadores (FIT) trotskista sacó mil cuatrocientos votos en el departamento

de Río Segundo, y no hay un militante “trosko” en la zona. De repente, lo que yo veía como una zona de escaso interés histórico surgía como algo distinto que me obligaba a repensar muchas de las cosas que tenía como artículos de fe histórica.

Con los años la cosa fue empeorándose, o profundizándose, dependiendo del punto de vista. Hasta hace poco, en mi casa había un historiador: mi señora, que, como corresponde, es profesora de Historia en los secundarios de la zona. Y cuando llamaban a casa para pedir que alguien diera un discurso por, digamos, el Día de los Veteranos y Caídos en Malvinas, era a ella a quien buscaban y no al Profesor titular plenario de la Universidad de Buenos Aires. Es más, el día que ella publicó su tesis doctoral, el sindicato docente lo presentó en toda la zona, salió en la radio y en la televisión, y todos mis vecinos la felicitaron. A nadie le interesa demasiado si yo publico algo. Y cuando un día le contaba a uno que me costaba viajar todas las semanas a la UBA, me dijo: “¿Por qué no trabajás en el secundario del pueblo?”. Para él era tan válido uno como el otro; incluso el secundario por ahí hasta era mejor. Digamos, un duro golpe al ego y también la realización de que, para la gente común, la historia es algo importante y los historiadores somos algo más que los que dan clases en la universidad. Pero al igual que mi llegada al pueblo me hizo repensar todas mis premisas sobre la historia argentina, la actitud de mis vecinos me hace repensar la articulación entre la esencia de la historia, la práctica de la historia y las necesidades de la sociedad en general.

Parte del problema es cómo se construye la historia. Y uno de los aspectos que esto implica es la discusión sobre el vínculo entre la historia regional y la historia nacional. La respuesta parece ser relativamente simple: sin historia regional no hay historia nacional. Toda buena historia

nacional se basa en el desarrollo de una profunda historia de todas las partes y estructuras que componen la Nación. Esta idea podría ser tomada como obvia, ya que los historiadores argentinos seguimos el método inductivo, mediante el cual obtenemos conclusiones generales a partir de premisas particulares. Sin embargo, nuestra inducción es por lo menos limitada. Con esto quiero decir que casi siempre suponemos que fenómenos históricos observables en concentraciones urbanas como Buenos Aires (sobre todo), Córdoba o Rosario no son particulares y que no deberían ser cotejados con las realidades regionales o locales, sino que son extensibles al conjunto de la Nación. De hecho, nuestra tendencia es a visualizar la historia argentina como una resultante de los procesos de la ciudad capital. En mi opinión, el planteo de los revisionistas que consideran que la historia argentina es un producto de la contradicción entre Buenos Aires y el interior representó un avance. Asimismo, esta visión dicotómica resultó insuficiente; haría falta la construcción de una historia nacional a partir de la dialéctica del proceso histórico local y regional de Buenos Aires y también del interior. Como bien demuestran los historiadores cordobeses Roberto Ferrero⁴ y Mariana Mastrángelo,⁵ el Peronismo cordobés del interior es una mezcla compleja de radicales “rojos” (georgianos) e yrigoyenistas de zonas como San Francisco, que tienen base obrera y que están imbuidos de una cultura “izquierdista” con raíces en el garibaldismo, las montoneras federales, el Republicanismo español y distintas vertientes del Marxismo. Por ende, el Peronismo en esa zona es “de izquierda”, a diferencia del de la ciudad de Córdoba, que tiende a tener raíces más conservadoras. La

4 Véase, por ejemplo, Ferrero, R. (1981). *Sabattini y la decadencia del yrigoyenismo*. Buenos Aires, Mar Dulce.

5 Véase, por ejemplo, Mastrángelo, M. (2011). *Rojos en la Córdoba obrera. 1930-1943*. Buenos Aires, Imago Mundi.

articulación entre ambos, y entre Córdoba y el resto de la Nación, sirve para explicar las características tan complejas y tan “argentinas” del Peronismo y sus conflictos internos, y para cuestionar tanto la visión dicotómica de Gino Germani, centrada en las migraciones de “masas disponibles” a las grandes ciudades como la “nacionalista” de Rodolfo Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos y otros.

Lo mismo podemos decir de otros movimientos políticos, como el Anarquismo o el Comunismo. Los estudios sobre el interior cordobés revelan que, lejos de ser movimientos “extranjeros”, ambos tenían componentes inmigrantes y criollos, con más continuidades entre sí que diferencias. En 1928 los comunistas obtuvieron su primera intendencia en Cañada Verde, Córdoba, donde fue electo el peón José Olmedo. ¿Cómo explicar eso sin la influencia del periódico anarquista *Pampa Libre*, de Santa Rosa, La Pampa, o sin la labor de Germán Ave Lallemand en las décadas previas en San Luis? Lo mismo podemos decir de la Asociación Comunista Femenina y la Federación Obrera Local, con sede en el pueblo rural de Hernando, que llevaron adelante numerosas huelgas, entre ellas la huelga de San Francisco de 1929, protagonizada por obreras, y lo que el socialista Nicolás Repetto tildó de *soviet*. Es más, esta huelga hasta tiene una anécdota reveladora. A principios de 1930, el jefe policial que había realizado la represión del conflicto pasó por San Francisco y fue asesinado en el bar El Obrero. Según los diarios de la época, si bien estaba lleno de parroquianos, nadie vio nada, rememorando una especie de *Fuenteovejuna* local. ¿Qué nos dice todo esto sobre la Argentina de la época, sobre los conflictos sociales, sobre la cultura popular, sobre los movimientos políticos emergentes?

La tendencia de nuestras historias nacionales ha sido la de ignorar estos fenómenos, reduciendo nuestras interpretaciones a los fenómenos constatables en las grandes ciudades.

Si ampliamos y complejizamos nuestra mirada, surge una historia mucho más rica. Sobre todo porque lo que a mí me parece que hay que responder es por qué en Cañada Verde los vecinos votaron al Partido Comunista y por qué José Olmedo ingresó en él. Suponer que Olmedo y los vecinos vieron “la línea” y dijeron “es correcta” es de una simpleza pavorosa. ¿Por qué no pensar que, en ese momento y en esa zona, los comunistas lograron interpelar culturas, tradiciones y costumbres populares para lograr adhesiones? Y si fue así en Cañada Verde en 1928, ¿por qué no pensar que puede haber sido así en Buenos Aires también? Dicho de otra manera, la historia local de Cañada Verde y la historia regional cordobesa deberían hacernos repensar la historia nacional.

Una de las primeras federaciones por rama de industria en la Argentina fue la Unión Obrera Provincial, que allá por 1921 organizaba a los obreros de Córdoba junto con los trabajadores de La Calera y los peones de Bell Ville. El primer seguro de desempleo fue instituido en San Francisco en 1932 por quienes se llamaron los radicales “rojos” o georgianos, antisabattinistas acérrimos. El Peronismo del interior fue progresista y popular, a diferencia del Peronismo conservador de la ciudad de Córdoba. Esta complejidad hacía y hace una historia riquísima que todos ignoramos, incluyendo para mi sorpresa a los viejos vecinos.

Pero la pregunta sobre el problema de cómo se construye la historia conlleva también una serie de otros problemas. Uno es que si no consideramos esta articulación, entonces limitamos los estudios históricos solo a lo que realizamos los profesionales en los grandes centros urbanos, dejando de lado los aportes y una gran cantidad de fuentes que hacen a la historia. Toda ciudad y todo pueblo tienen su historiador y su acopio de materiales (para no decirle *archivo*). En muchos lugares se hace una labor notable y destacada que no solo contribuye a comprender la historia argentina, sino

también a construir una conciencia histórica tan necesaria para la existencia de una nación. Por ejemplo, en la ciudad de Villa del Rosario, en Córdoba, hay una Junta Municipal de Historia. Esta junta lleva adelante un museo municipal y un archivo. Allí guardan las fotos, las cartas y los papeles que los vecinos entregan. No solo preservan la memoria histórica, sino también la memoria familiar. Uno puede seguir los cambios en la ciudad, lo que ha pasado en sus industrias o las modificaciones en estructura social o en tenencia de la tierra a través de toda esta documentación. La junta de Villa del Rosario colabora con las escuelas de la zona, apoya a los estudiantes para que puedan aprobar Historia (una de las materias más odiadas junto con Matemática) y realiza actividades de interés general. Pero Villa del Rosario y su junta son una excepción... pocas ciudades y pueblos cordobeses tienen una junta tan activa. ¿Por qué? En realidad, por una decisión política: tanto los vecinos como el Concejo Deliberante de Villa del Rosario decidieron, hace ya décadas, que la historia es importante. Yo creo que su tarea es primordial para Villa del Rosario, y también para Córdoba y para la Argentina, por todo lo que señalé anteriormente. Pero ¿por qué esto no ocurre en todas partes? Quizás por una combinación de factores. Uno es que la profesión no tiene muy en claro para qué sirve la historia en la Argentina, pero eso es otra discusión.

Otro factor relevante es cierto academicismo elitista que ha ganado nuestra disciplina. Roberto Ferrero es uno de los grandes historiadores cordobeses (o por lo menos eso pienso yo) que realiza importantes investigaciones y ha publicado numerosos libros. Ferrero es un revisionista de la escuela de Jorge Abelardo Ramos, por lo que coincido con algunas cosas que plantea y discrepo con otras, pero siempre me hace pensar. Sin embargo, si bien la gente común lo lee y mucho, sus libros no son parte de ningún programa de Historia, y

tampoco se desempeña en ninguna institución universitaria. Es más, muchos colegas no lo considerarían “un historiador” y lo tildarían de *amateur*. Si los estudios históricos “serios” solo pueden ser hechos por aquellos que tenemos empleo universitario, entonces es evidente que el enfoque siempre se va a centrar en las perspectivas y preguntas de las ciudades donde existen estas instituciones, perspectivas y preguntas propias de los “colegas” académicos y no de la sociedad en general. Y la realidad es que nuestras universidades están en las grandes ciudades. Imaginemos, con este criterio, qué hubiera sido de Edward Palmer Thompson, cuya *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963) fue hecha mientras era docente de Educación para Adultos, o de David Montgomery, cuya seminal obra *El control obrero en Estados Unidos* (1985) fue escrita mientras era obrero desempleado. Ni hablar de grandes historiadores argentinos como Juan Álvarez, que era abogado y cuya *Historia de Rosario* (1943) fue vanguardia en su época, Juan José Hernández Arregui, Milcíades Peña, Rodolfo Ortega Peña, Héctor Agosti o inclusive Félix Luna. Es más, esto me recuerda una anécdota donde mi academicismo fue puesto en su justo nivel. Hace años iba a viajar al exterior. En el aeropuerto de Ezeiza entregué mi ficha al vista de migraciones. Yo había puesto “historiador” como respuesta a la pregunta sobre la “profesión”. El empleado lo miró, me miró a mí y dijo: “No. Usted es profesor de Historia. Historiador es Félix Luna”. Si la historia solo la hacemos los que tenemos empleo universitario, entonces es muy difícil que valoremos la labor que hace la Junta Municipal de Historia de Villa del Rosario.

La tercera razón es que este tipo de historia es difícil. No solo porque amplía nuestra labor, sino también porque cuestiona buena parte de la interpretación oficial y legitimante. La riqueza de la historia *desde abajo* conlleva un repensar nuestras premisas (además de exigirnos

que trabajemos más y usemos a fondo nuestras neuronas). Hemos construido interpretaciones que aceptamos como verídicas sin cotejarlas con los datos. Por ejemplo, en lo que a mí me interesa, hemos dicho que el peso del Anarquismo y del Comunismo recaía en los obreros de las grandes ciudades. Tanto Osvaldo Bayer (1972 y 1975) como Domingo Varone (1989) y Víctor Barrios (2000)⁶ han demostrado que no era así, que eran fenómenos que abarcaban todo el país, incluyendo las zonas rurales. Como no eran “profesionales”, no les hemos prestado atención. ¿Por qué? Creo que sobre todo porque revelan problemas históricos complejos y desafíos a nuestros prejuicios. Un aspecto es que nuestra visión de que el país estaba dividido en grandes ciudades obreras y pueblos rurales se revela como incorrecta. Otra es que la izquierda tenía más peso del que pensábamos. Y si esto es así, entonces hay que repensar el Peronismo en sí y, quizás, verlo más como un sincretismo, una resignificación, que como una continuidad o una ruptura. Así, algunos historiadores del Peronismo *extracéntrico* han afirmado que este era distinto al de Buenos Aires porque “había pocos obreros” y, por ende, era “conservador”. El problema es que, cuando salimos de las grandes ciudades, nos encontramos con una realidad mucho más rica y también más obrera. San Francisco de Córdoba era (y sigue siendo) una ciudad obrera con peso, en la cual entre 1920 y 1945 se desarrolló un movimiento izquierdista denominado *triguerismo*. Esta fue la base del Peronismo local, y no solo no fue conservador, sino que tuvo grandes conflictos con la conducción del Peronismo provincial. Pero para constatar esto hay que articular las historias locales con la nacional. ¿Quiénes fueron los primeros en estudiar esto? Roberto Ferrero y Beatriz Casalis (2006), ninguno un “académico”. Recientemente,

6 Víctor Barrios fue activista de la UOCRA desde 1946 hasta su muerte, en 2007.

Mariana Mastrángelo articuló la obra de estos historiadores con la región de Córdoba para sugerir nuevas hipótesis para la historia nacional.

Al mismo tiempo, los problemas que emergen llevan a repensar la historia argentina en general y nuestras concepciones tal y como las hemos aceptado. No estoy diciendo que yo tengo razón en mis hipótesis y menos aún en mis conclusiones. Lo que estoy diciendo es que necesitamos nuevos paradigmas de investigación para poder avanzar en la comprensión de la historia argentina. Estos paradigmas tienen, necesariamente, que ampliar nuestros horizontes en cuanto a fuentes, métodos e interpretaciones y flexibilizar nuestras teorías, advirtiéndonos contra los prejuicios y las anteojeras historiográficas.

Todo lo anterior conlleva una decisión intelectual y también política. Si queremos hacer una historia argentina más rica, con explicaciones más profundas y que nos sirva para entender nuestra realidad, debemos tomar tres decisiones difíciles. Una es construir modelos interpretativos nuevos que articulen todos los niveles y que cuestionen nuestras hipótesis, ya sea para confirmarlas o para reemplazarlas por otras más acordes con la realidad. Otra es bregar para que haya recursos que se vuelquen a preservar las historias locales y regionales. Hace falta construir, proteger y desarrollar los archivos locales y provinciales; hace falta entrenar a nuestros estudiantes para que cuestionen las interpretaciones canónicas y amplíen sus horizontes teóricos y metodológicos, o sea históricos; hace falta establecer vínculos entre los historiadores extraacadémicos con aquellos que se desempeñan en las universidades. Por último, hace falta volver a discutir la importancia de la historia para una sociedad como la nuestra. Debemos discutir una vez más historia para qué y para quién, para que la historia no sea un “misterio”.

Bibliografía

- Álvarez, J. (1943). *Historia de Rosario (1698-1939)*. Rosario, Imprenta López.
- Barrios, V. (2000). *Rescate a los pioneros*. Río Cuarto, Universidad Nacional de Río Cuarto.
- Bayer, O. (1972). *Los vengadores de la Patagonia trágica*. Buenos Aires, Galerna.
- _____. (1975). *Los anarquistas expropiadores*. Buenos Aires, Galerna.
- Casalis, B. (2006). *El primer tampierazo*. Córdoba, Corredor Austral.
- Cassani, J. L. y Pérez Amuchástegui, A. (1961). *Del epos a la historia científica. Una visión de la historiografía a través del método*. Buenos Aires, Nova.
- Ferrero, R. (1981). *Sabattini y la decadencia del yrigoyenismo*. Buenos Aires, Mar Dulce.
- Mastrángelo, M. (2011). *Rojos en la Córdoba obrera. 1930-1943*. Buenos Aires, Imago Mundi.
- Montgomery, D. (1985). *El control obrero en Estados Unidos*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Thompson, E. P. (1978 [1963]). *Formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona, Guadarrama.
- Varone, D. (1989). *La memoria obrera*. Buenos Aires, Cartago.

Capítulo 1

La utilidad de la investigación académica*

Howard Zinn

Es hora de que nosotros, los académicos, comencemos a ganarnos un lugar en este mundo. Gracias a un público crédulo, hemos recibido honores, hemos sido halagados, hasta nos han pagado por producir la mayor cantidad de estudios sin trascendencia en la historia de la civilización: miles de artículos, libros, monografías, millones de ensayos por semestre, suficientes clases teóricas para ensordecer a los dioses. Como los políticos, hemos prosperado basándonos en la inocencia del público, con una diferencia: a los políticos se les paga para que se preocupen, cuando en realidad no lo hacen; a nosotros nos pagan para que no nos preocupemos, cuando en realidad lo hacemos.

* Traducido por Alejandra Vassallo.

Cuando le solicitamos al profesor Zinn que colaborara con un escrito sobre la década de 1960, él consideró que podía combinar varias cosas. Primero, cumplir con el pedido. Segundo, aportar a la discusión que se realizaba en Taller sobre el papel del intelectual. Así, decidió colaborar con un artículo que había escrito en 1968 que recordara cómo se discutía el papel del intelectual en la década de 1960. Dicho texto fue publicado en *Taller, Revista de Sociedad, Cultura y Política*, vol. 3, núm. 8, 1998. Se reproduce aquí con permiso del autor.

De vez en cuando, emergemos entre pilas de libros de una biblioteca para firmar una petición o pronunciar un discurso para luego volver a producir aún más inconsecuencia. Estamos acostumbrados a mantener nuestro compromiso social extracurricular y nuestro trabajo académico a salvo en la neutralidad. Fuimos los primeros en aprender que el respeto y el honor lo reciben aquellos que vuelan en el espacio mientras la gente sufre en la tierra.

Si esta acusación parece dura, lean los títulos de las disertaciones doctorales publicadas en los últimos veinte años y las páginas de las revistas académicas más prestigiosas del mismo período, junto con las listas de los muertos durante la guerra, las cifras del ingreso *per cápita* en América Latina y *La autobiografía de Malcom X*.¹ Publicamos mientras otros perecen.

La brecha que existe entre la producción académica y las necesidades de un mundo conflictivo podría ser tolerada con cierta calma, siempre y cuando la nación pareciera estar solucionando sus problemas. En la mayor parte de nuestra historia esto pareciera haber sido así. Tuvimos un problema racial, pero lo “solucionamos” peleando una guerra que acabó con la esclavitud y tapando la degradación continua de la población negra con leyes y retórica. La riqueza no estaba distribuida equitativamente, pero el *New Deal*, y luego las ventas durante la guerra, mantuvieron el problema bajo control o, por lo menos, fuera de la vista. Había agitación en el mundo, pero nosotros estábamos siempre en la periferia. Las potencias imperialistas europeas hacían el trabajo sucio mientras nosotros mordisqueábamos las fronteras de sus imperios (excepto en el caso de América Latina, en donde nuestro firme control estaba disfrazado con una Doctrina Monroe paternalista y la postura del Buen Vecino). Ninguna de estas soluciones está funcionando: la revolución de *Black*

1 Haley, A. (1992). *La autobiografía de Malcom X*. Barcelona: Ediciones B.

Power, la fermentación de las ciudades más allá de nuestro control, la rebelión de los estudiantes contra la Guerra de Vietnam y el reclutamiento; todo indica que a los Estados Unidos se le ha acabado el tiempo, el espacio y la retórica. Los artefactos liberales que representaban los mayores avances hacia la reforma (la Decimocuarta Enmienda, la legislación del Estado de bienestar del *New Deal*, la Carta de las Naciones Unidas) no son suficientes. La política social requiere cambios revolucionarios.

El problema es que no sabemos cómo producir tal revolución. No existe precedente en ninguna sociedad industrial avanzada en la cual el poder y la riqueza estén tan altamente concentrados en el gobierno, en las corporaciones y en el poder militar, mientras el resto de nosotros tenemos pedacitos de un poder fragmentado que los politólogos se complacen en llamar “pluralismo”. Tenemos voz, y aun voto, pero no los medios (más crudamente, el poder) para orientar la política nacional o exterior hacia direcciones completamente nuevas. Es por esto que las industrias del conocimiento (las universidades, los institutos universitarios, las escuelas, que representan sesenta y cinco mil millones de dólares por año de gasto nacional) son tan importantes. Es verdad, la fuerza es la forma más directa de poder y el gobierno tiene el monopolio de esto, como Max Weber alguna vez señalara. Pero en los tiempos modernos, cuando el control social reside en “el consentimiento de los gobernados”, la fuerza se reserva para las emergencias y el control diario se ejerce por medio de una serie de leyes y valores transmitidos de generación en generación por los sacerdotes y maestros de la sociedad. Lo que consideramos como el surgimiento de la democracia en el mundo implica que la fuerza ha sido reemplazada por el engaño (una forma tajante de decir *educación*) como principal método para mantener a la sociedad como está.

Esto hace importante al conocimiento, porque aunque no puede confrontar a la fuerza directamente, puede contrarrestar el engaño que convierte a la fuerza del gobierno en legítima. La industria del conocimiento, que llega directo a siete millones de jóvenes en las universidades, se convierte entonces en un lugar de poder vital y sensible. Este poder puede ser usado, como ha sucedido tradicionalmente, para mantener el *statu quo*, o (como están demandando los estudiantes rebeldes) para cambiarlo.

Aquellos que controlan las formas más obvias de poder (la política y las riquezas) también tratan de apoderarse del conocimiento. La industria atrae a algunas de las mentes más ágiles a los puestos ejecutivos. El gobierno convoca a otros para trabajos más glamorosos y especiales; a físicos para trabajar sobre la bomba H; a biólogos para trabajar en lo que podría llamarse, por falta de un nombre mejor, el campo de las enfermedades transmisibles; a químicos para trabajar en la producción de gas neurotóxico (como el que mató a seis mil ovejas en Utah); a politólogos para trabajar sobre la guerra contra la insurrección; a historiadores para sentarse en la Casa Blanca y esperar una llamada que les avise cuando se está haciendo historia, para así poder escribirla. A veces, nuestra disciplina no importa. La guerra es interdisciplinaria.

Sin embargo, no todo conocimiento directo se compra. Puede cumplir el propósito de estabilidad social de otra manera, siendo malgastado en trivialidades. De esta manera, la universidad se convierte en un corralito en el cual la sociedad invita a sus niños favorecidos a jugar y les da juguetes y premios para que se mantengan alejados de los problemas. Por ejemplo, podemos encontrar un artículo en una revista prestigiosa de ciencia política que discute el impacto del Huracán Betsy en las elecciones municipales de Nueva Orleans. O un grupo de psicólogos sociales,

equipado con un generoso subsidio del gobierno, visita un gueto (seguramente el académico se vuelve relevante aquí) para descubrir dos hechos importantes después de su extensa y sofisticada investigación: que la gente negra de los guetos es pobre y que tiene problemas familiares.

Ahora toco un tema escabroso dentro del ámbito académico: ¿acaso estoy tratando de eliminar todo tipo de investigación académica excepto la inmediatamente relevante? No, este es un tema de proporción. La construcción de un nuevo rascacielos para oficinas no es ofensiva en sí misma, pero se vuelve lamentable frente a la existencia de guetos. No fue un error de la Asociación de Estudios Asiáticos discutir los problemas de la dinastía Ming y una cantidad de temas igualmente remotos en la última reunión anual, pero *ninguna* de las docenas de sesiones discutió el problema de Vietnam.

Aparte de las preguntas triviales y esotéricas, el conocimiento se desvanece en las conceptualizaciones presuntuosas de las ciencias sociales. Una frase pegadiza puede llegar a ser un estímulo para discusiones académicas sin fin y para la proliferación de debates que no llegan a ninguna parte en el mundo real, simplemente giran en círculos cada vez más pequeños dentro del discurso académico. Se inventan esquemas, sistemas y modelos que tienen un aire de profundidad y que favorecen a las carreras profesionales de los académicos, pero poco más.

No nos deben sorprender las manifestaciones explosivas que demandan la creación de programas de estudios de la comunidad negra o la creación de cursos organizados por los estudiantes que se basen en una crítica radical de la sociedad estadounidense. A los estudiantes que piden que la investigación académica sea relevante se les han sumado profesores que disienten con el ceremonial anual llamado *reuniones académicas*. En la Asociación Estadounidense de

Filosofía, una resolución denunció la política de los Estados Unidos en Vietnam; en la Asociación Estadounidense de Ciencia Política, un nuevo comité está realizando cambios radicales en el programa; en la Asociación Estadounidense de Historia, existe una campaña exitosa para no realizar la reunión de 1968 en Chicago debido a la provocación del intendente Daley; en la Asociación de Lenguas Modernas, la elección de un profesor de inglés joven y radical.

Pero aún estamos en problemas; la nueva urgencia por usar nuestras cabezas para buenos propósitos se confunde con un número de creencias tan arraigadas en el académico que aun los más activistas de nosotros no pueden liberarse. Estas creencias se expresan en las siguientes frases: “investigación académica imparcial”, “aprendizaje desapasionado”, “estudio objetivo”, “método científico”. De esto se concluye que utilizar nuestra inteligencia para perseguir objetivos morales es, de alguna manera, impropio. Y entonces permanecemos mayormente esclavos de las creencias de la profesión aunque violen nuestros más profundos sentimientos como seres humanos, aunque sospechemos que la neutralidad tradicional del académico perjudica los ideales que enseñamos acerca de la historia y traicionan a las víctimas de un mundo que no es neutral.

Puede ser entonces valioso examinar los argumentos a favor de una investigación académica “imparcial, neutral, científica, objetiva”. Si se va a producir una revolución en la utilidad del conocimiento que condiga con la revolución en la sociedad, esta deberá comenzar por desafiar las reglas que sustentan el desperdicio del conocimiento. Permítanme citar un número de ellas y presentar brevemente nuevos enfoques.

Regla 1: *Realizar una investigación académica imparcial.* (En una hora de lectura encontré tres exhortaciones de este tipo, usando exactamente esta frase: en un ensayo de Walter

Lippmann; en el discurso de Richard Hofstadter durante la ceremonia de graduación en la Universidad de Columbia; en un artículo de Daniel Bell, que apareció, irónicamente, en la revista *Interés Público*). El pedido es ingenuo, porque ya hay poderosos intereses en funcionamiento dentro del ámbito académico, con variados niveles de conciencia.

Existe un poder político y una riqueza corporativa cuyo interés es que las universidades produzcan gente que encaje en los espacios de la estructura social actual y no que trate de cambiar dicha estructura. Siempre supimos que nuestro sistema educativo “socializaba” a la gente, pero nunca nos preocupamos por esto, porque asumíamos que valía la pena perpetuar nuestras normas sociales. Ahora, y con razón, estamos comenzando a dudarlo. Existe el interés de la burocracia educativa por mantenerse a sí misma: sus contribuciones, sus edificios, sus puestos (tanto honoríficos como materiales), su crecimiento en forma ortodoxa. Estos intereses más amplios son parte integral de las motivaciones del académico: el ascenso, la titularidad, los salarios más altos, el prestigio, todos asegurados de la mejor manera si se innova en direcciones prescritas.

Todos estos intereses no operan a través de una conspiración, sino a través de los mecanismos de un sistema bien aceptado, de la misma manera que la irracionalidad del sistema económico no opera a través de un plan diabólico, sino a través de los mecanismos del mercado y la ganancia, como así también los mismos tipos de decisiones políticas se reproducen en el Congreso año tras año.

Nadie en realidad pretende que suceda exactamente lo que sucede. Simplemente se siguen con normalidad las reglas del juego. Algo similar ocurre con la educación, por eso es necesario desafiar las reglas que en silencio conducen al académico hacia las trivialidades, la ostentación, la rimbombancia y la producción de objetos: libros, títulos

universitarios, edificios, proyectos de investigación, conocimiento muerto. Emerson aún tiene razón: “Las *cosas* están en la silla de montar y llevan las riendas de la humanidad”.

No existe entonces el problema de una universidad imparcial; el tema es a qué tipo de intereses esta debe servir. Existen intereses humanos fundamentales, por encima de cualquier distinción de clase, partido, nación e ideología, a los que creo que la Universidad debería conscientemente servir. Asumo que esto es lo que queremos decir cuando hablamos (a pesar de cómo actuemos) de promover ciertos “valores” en la educación. La Universidad debería declarar sin reparos que su interés es eliminar la guerra, la pobreza, el odio entre las razas y las naciones, las restricciones gubernamentales sobre la libertad individual y promover el espíritu de cooperación y la preocupación entre las nuevas generaciones. No debería servir a los intereses de naciones en particular, o partidos, o religiones o dogmas políticos. Irónicamente, a menudo la Universidad ha favorecido los intereses gubernamentales, militares y empresariales más limitados, y hasta le ha quitado el apoyo a valores transcendentales arguyendo que necesitaba mantener su neutralidad.

Regla 2: *Ser objetivo*. El mito de la “objetividad” en la enseñanza y la investigación académica radica en una confusión común. Si ser objetivo significa ser extremadamente cuidadoso cuando uno relata con precisión lo que ve, entonces este enfoque es loable. La exactitud es simplemente un requisito previo. Que un herrero use instrumentos de medición confiables es un requisito para que haga un buen trabajo, pero esto no responde una pregunta fundamental: ¿va a forjar una espada o un arado con sus instrumentos? Que el herrero haya decidido de antemano que prefiere un arado no significa que necesite distorsionar sus mediciones. Que el académico decida que prefiere la paz a la guerra no significa que tenga que distorsionar los hechos.

Demasiados académicos adscriben a un cierto número de valores como punto de partida porque no distinguen correctamente entre los valores fundamentales y los instrumentos que se necesitan para alcanzarlos. Los valores pueden ser subjetivos (derivados de las necesidades humanas), pero los instrumentos deben ser objetivos (precisos). Nuestros valores deberían determinar las preguntas que formulamos en la investigación académica, pero no las respuestas.

Regla 3: *Permanecer dentro de nuestra disciplina*. La especialización ha llegado a extremos absurdos tanto en el mundo de la educación como en el de la medicina. Uno no es más un especialista en el Gobierno Estadounidense, sino en el Congreso, en la Presidencia o en grupos de presión. Un historiador es “colonialista” o un hombre de “los principios del período nacional”. Esto es natural cuando la educación está separada de la promoción de valores. Para trabajar sobre un problema real (tal como eliminar la pobreza en una nación que produce ochocientos mil millones de dólares de riqueza por año), uno debería analizarlo de forma interdisciplinaria sin escrúpulos, utilizando materiales históricos, teorías económicas y problemas políticos. La especialización asegura que no se pueda analizar un problema del principio hasta el final. Asegura el funcionamiento del ámbito académico de acuerdo al dictamen del sistema: divide y gobierna.

Existe otro tipo de segregación académica que evita que los que están en las universidades aborden los problemas sociales urgentes. Esta segregación es la que separa los hechos de la teoría. Aprendemos las ideas de los grandes filósofos y poetas en una parte de la experiencia educativa. En la otra, nos preparamos para ubicarnos en el mundo laboral real. En ciencia política, por ejemplo, un teórico político discute las visiones trascendentales de la buena sociedad; basándose en hechos, algún otro presenta descripciones de

los gobiernos actuales. Pero ninguno discute ambas cosas, lo que *es* y lo que *debería ser*; si lo hicieran, deberían debatir cómo ir desde aquí hasta allí, de la realidad actual a la visión poética. Noten lo poco que se ha hecho en ciencia política acerca de las tácticas para el cambio social. Tanto el estudiante como el profesor abordan la teoría y la realidad en cursos separados; la división en compartimentos los neutraliza sin problemas.

Es hora de recordar a Rousseau: “Tenemos físicos, geómetras, químicos, astrónomos, poetas, músicos y pintores en abundancia, pero ya no tenemos ciudadanos entre nosotros”.²

Regla 4: *Ser “científico” requiere neutralidad.* Esta es una concepción errónea de cómo funciona la ciencia, tanto en hechos como en propósitos. Los científicos sí tienen valores, pero los definieron tanto tiempo atrás que los hemos olvidado; apuntan a salvar la vida humana, a extender el control humano sobre el medio ambiente para la felicidad de hombres y mujeres. Esta es la premisa tácita que subyace a la investigación científica. Un psicólogo se sorprendería si alguien sugiriera que partiese de una posición neutral con respecto a la vida o la muerte, la salud o la enfermedad. De alguna manera, los científicos sociales no han llegado a aceptar abiertamente que su objetivo es que la gente viva, que se distribuyan equitativamente los recursos de la tierra, que se amplíen las áreas de la libertad humana, y que por lo tanto orientan sus esfuerzos hacia estos fines.

El argumento que sostiene que la ciencia social es diferente porque sus instrumentos están contaminados con la subjetividad pasa por alto los últimos descubrimientos de las ciencias duras: la observación misma distorsiona la medición del físico y lo que él mismo ve depende de su

2 Rousseau, J. (2012). *Discurso sobre las ciencias y las artes*. Madrid, Alianza.

posición en el espacio. Las ciencias físicas no hablan más de *certeza* sino de *probabilidad*. Y las probabilidades pueden ser más altas para ellos que para las ciencias sociales. Ambas disciplinas manejan datos escurridizos.

Regla 5: *Para ser racional, un académico debe evitar el sentimentalismo.* (Conozco a un hombre del departamento de Estudios Asiáticos al que, después de su regreso de Vietnam, los administradores de la universidad le dijeron que sus artículos eran demasiado “conmovedores”). Es verdad, las emociones pueden distorsionar. Pero también pueden enriquecer. Si una de las funciones de los académicos es la descripción precisa, es imposible describir una guerra sin emociones y con exactitud al mismo tiempo. Y si la capacidad especial de la mente es permitirnos percibir lo que está fuera de nuestra limitada experiencia, las emociones favorecen y agudizan esta capacidad. Hasta una dosis alta de sentimentalismo en la descripción de la esclavitud apenas comenzaría a transmitirles con exactitud a los alumnos universitarios blancos lo que la esclavitud significó para el hombre negro.

De esta manera, partiendo de la base de que el intelecto extiende los límites de nuestro entendimiento, el enfoque “frío, racional, desprovisto de emociones” fracasa. Por demasiado tiempo los estadounidenses blancos han estado emocionalmente separados de lo que el negro sufrió en este país por medio de una descripción histórica fría y, por lo tanto, inadecuada. La guerra y la violencia despojadas de su brutalidad por medio de la calidad prosaica de una hoja impresa se vuelven intolerables para los jóvenes. (Es verdad, el poema y la novela fueron leídos en la clase de inglés, pero estuvieron separados de las clases de Historia y Gobierno). El razonamiento, para ser exacto, debe tener el complemento de las emociones, como Reinhold Niebuhr alguna vez nos recordara.

Al rehusarse a permanecer atados a las nociones tradicionales de imparcialidad, objetividad, procedimiento científico, racionalidad, ¿qué tipo de trabajo pueden realizar los académicos, en su búsqueda deliberadamente parcial de un mundo en donde se viva mejor? ¿Estoy acaso abogando por un control orweliano de las actividades académicas? Para nada. Estoy en realidad sugiriendo que los académicos, por su cuenta, reconsideren las reglas de acuerdo con las cuales han trabajado y comiencen a orientar sus energías intelectuales hacia los problemas urgentes de nuestros tiempos.

Específicamente, podríamos usar nuestro tiempo y energía académica para agudizar las percepciones de los que están satisfechos exponiendo aquellas realidades que cualquier sociedad tiende a ocultar: datos acerca de la riqueza y la pobreza, acerca de la tiranía tanto en los estados comunistas como en los capitalistas, acerca de las mentiras de los políticos, los medios de comunicación, la Iglesia, los líderes populares. Necesitamos denunciar la lógica falaz, las analogías falsas, los lemas engañosos y los símbolos intoxicantes que conducen a la gente al asesinato (la Bandera, el Comunismo, el Capitalismo, la Libertad). Necesitamos ahondar más allá de las abstracciones para que nuestros conciudadanos puedan juzgar ciertas realidades más allá de la retórica política. Necesitamos exponer las inconsistencias y el doble estándar. En suma, necesitamos llegar a ser críticos de la cultura, y no apologistas y perpetuadores.

La Universidad está especialmente dotada para esta tarea. Aunque no está ajena a las presiones de los empresarios, militares y políticos, tiene un margen de acción. Simplemente su tradición de contar la verdad (aunque violada en la práctica) permite que pueda llegar a ser una vocera para el cambio.

Esto requerirá mostrarle a la sociedad las visiones olvidadas, las utopías perdidas, los sueños no concretados, tan

necesarios en esta era de cinismo. Aquellos que están fuera de la Universidad, que podrían impulsar el cambio, están desalentados por el pesimismo. Un poco de perspectiva histórica, una recapitulación de la experiencia de los movimientos sociales de otros tiempos, otros lugares, aunque no sean enteramente alentadores, pueden al menos sugerir posibilidades.

Junto con estas visiones inspiradoras, necesitaremos planes específicos para lograr metas importantes que puedan entonces ser presentados frente a grupos que los pongan en práctica. Que los economistas diseñen planes de comida gratis en lugar de aconsejar al Comité de la Reserva Nacional acerca de las tasas de interés. Que los politólogos diseñen tácticas de insurrección para los pobres en lugar de tácticas contra la insurrección para los militares. Que los historiadores nos instruyan o inspiren con datos del pasado en lugar de divertirnos, aburrirnos o engañarnos. Que los científicos diseñen y presenten al público planes para que los autos sean más seguros, las ciudades bellas y el aire puro. Que los científicos sociales trabajen sobre las formas posibles de cambio en lugar de simplemente describir el mundo como es para poder así realizar los cambios revolucionarios necesarios con el menor desorden posible.

No estoy seguro de cómo sería una revolución en el ámbito académico, como tampoco sé cómo sería una revolución en la sociedad. Dudo que tenga la forma de un cataclismo. Probablemente, será un proceso, con períodos tumultuosos y de quietud, en los cuales, aquí y allí, de a uno, de a dos y de a diez formaremos grupos de gente con inquietudes dentro de las viejas instituciones, transformándolas desde adentro. No existe un gran día de ajuste de cuentas por el cual estemos trabajando. En realidad, debemos comenzar ahora a liberar el territorio en el que estamos parados, a “votar” por un nuevo mundo (como Thoreau sugería) con

todo nuestro ser todo el tiempo, y no en momentos cuidadosamente elegidos por otros.

De esta manera, estaremos actuando de acuerdo a las creencias que siempre nos motivaron como seres humanos pero rara vez como académicos. Para hacerlo, necesitaremos desafiar la mitología profesional que nos ha mantenido dentro de la tradición, nuestros ojos alejados (excepto en los momentos de caridad) de la crueldad que nos rodea. Estaremos por primera vez considerando seriamente las palabras de los grandes poetas y filósofos a los que nos encanta citar pero no emular. No estaremos haciendo esto para el beneficio de los ricos y poderosos ni a favor de nuestras propias carreras, sino por aquellos que nunca han tenido la oportunidad de leer poesía o estudiar filosofía, que hasta ahora han tenido que luchar solos para mantener el calor en el invierno, para sobrevivir a los llamados de guerra.

Capítulo 2

De cómo encontrar un buen tema de tesis y no sucumbir en el intento

Daniel Mazzei

Hasta finales del siglo xx, un doctorado en Ciencias Sociales o Humanidades era cosa para pocos. El valor del doctorado residía en que fueran muy pocos los que pudieran acceder a él, pero además el sistema parecía basarse en la idea (heredada, seguramente, de la tradición francesa) de que un doctorado no significaba el comienzo sino la culminación de una carrera. Grandes intelectuales, formados en los años sesenta o setenta, habían iniciado su doctorado como una tarea pendiente, pero también –¿por qué no?– como el cierre de su carrera académica, con una obra que debía servir de referencia (imaginaban) para los tiempos por venir. Los más jóvenes, que querían “sacar chapa” de historiadores, hacían su tesis de licenciatura, ya que las maestrías todavía no se habían desarrollado. Por lo general, eran investigaciones que excedían la simple tesina (establecida en un ambiguo reglamento) y que servían de frontera entre el historiador y el profesor de secundario.

Sin embargo, en algún momento a comienzos de la primera década del nuevo siglo, algo cambió. El modelo

francés fue desplazado definitivamente. La edad para aplicar becas doctorales bajó de manera sustancial. Aquellos que habían completado sus carreras de grado en un promedio de ocho o nueve años veían cómo se les acortaban los tiempos para obtener una beca. También se impuso una idea (nociva): sin una beca, no se puede investigar. Y su consecuencia inmediata: si no investigás, terminás vegetando en algún secundario.

En esos años, la instancia de la tesis de licenciatura permitía que uno fuera delineando “su” tema, que aprendiera los rudimentos del oficio (esos que no te da la carrera de grado). Incluso el joven historiador podía darse cuenta de que el tema que había elegido para su tesina no era al que le dedicaría años de investigación (posiblemente los mejores o, al menos, los más productivos). Y debe haber pocas cosas más frustrantes que comprender que uno debe convivir por años con un tema de investigación que no lo satisface. Porque el duro camino de una tesis solo se puede transitar con pasión, no como un mero trámite burocrático (en realidad, puede transitarse como un trámite burocrático cuando lo único que interesa es el título, pero no se lo recomendaría a ninguno de mis tesisistas).

No estoy negando la importancia de la extensión del sistema de becas que ha permitido que tantos jóvenes investigadores tengan más oportunidades (y hasta mejor formación) de las que tuvimos aquellos que ingresamos a la universidad en Argentina a finales de la última dictadura, sino algunas de las consecuencias no deseadas del mismo. Muchas veces, los estudiantes terminan sus carreras de grado y se inscriben al doctorado –incluso antes de recibir su diploma– porque se les acaba el tiempo. Dicen que son “viejos” para aplicar a una beca. La consecuencia es la elección “a las apuradas” de su tema de investigación para presentarse a una beca de maestría o doctorado.

De esta forma, la tesis de licenciatura, maestría o doctorado es la primera experiencia seria de investigación para muchos jóvenes historiadores. Su primer desafío será definir, delimitar y construir su tema de tesis. En este capítulo me propongo aportar algunas herramientas que ayuden a los más jóvenes en los primeros pasos de su tesis: cómo definir el tema, los objetivos y establecer los límites de una investigación.

El primer problema que enfrenta un tesista es definir con claridad su tema de investigación. Si bien hasta hace unos años un historiador llegaba al programa de doctorado con “su” tema, ese que había ido definiendo a la largo de su carrera, hoy ya no es así. Muchos estudiantes saben que quieren investigar y hacer su doctorado, pero no terminan de definir sobre qué. Posiblemente, han cursado algún seminario y encontraron algún tema que los impactó, los atrajo, o bien un profesor les sugirió una línea de investigación interesante. Tienen una orientación de la temática y lo definen en líneas generales: “el movimiento obrero frente a la dictadura”, “las organizaciones armadas peronistas” o “el federalismo argentino”. De esta forma, cuando se acercan al posible director, suelen plantearles lo que Umberto Eco llama “tesis panorámicas” (1982: 27).

El primer problema que presenta una tesis panorámica es que nos llevará más tiempo de investigación del que estamos dispuestos a utilizar. Hay una tendencia (un poco presuntuosa) propia de los jóvenes a querer explicarlo todo. Quizás, al final de una extensa y exitosa carrera como historiador –con el saber acumulado durante años de investigación y lecturas– uno pueda dar explicaciones globales. Pero eso no ocurre con quienes realizan, en muchos casos, su primera investigación seria. Dejemos a los viejos historiadores los temas panorámicos y concentrémonos en aquellos que podamos concluir en los escasos tiempos que nos permite nuestro sistema de becas.

Por otra parte, la tesis panorámica expone al tesista ante el jurado, ya que dejará siempre flancos débiles desde donde podría ser criticado. Difícilmente un joven investigador haya leído todo lo escrito, por ejemplo, sobre “el movimiento obrero argentino en el siglo XX” o “la guerrilla en la Argentina entre 1959 y 1989”. Siempre quedarán autores sin leer y nunca faltará un jurado tentado (tan solo para mostrar que él sí es el experto) a destacar esas ausencias.

Por eso, la primera recomendación será hacer una tesis “monográfica” (Eco, 1982: 29). Esto nos lleva a la necesidad, desde un principio, de delimitar temporal y espacialmente nuestro tema de investigación. Al tratarse de una tesis, en historia es fundamental tener una clara delimitación espacial y temporal, para evitar caer en la ya citada tesis panorámica. Así, uno puede plantearse estudiar el movimiento obrero en el norte del Gran Buenos Aires entre 1955 y 1973 (Schneider, 2005), o a la plebe urbana de Buenos Aires entre 1810 y 1835 (Di Meglio, 2006), o bien el exilio de argentinos en Francia durante la última dictadura (Franco, 2008).

Pero cuidado con la extensión temporal que se decide abarcar. En primer lugar, el período estudiado debe tener alguna lógica interna. No debe ser arbitrario y debe ser explicado a los lectores desde el primer momento. Podemos utilizar las periodizaciones habituales, basadas en cuestiones más institucionales: “los gobiernos radicales (1916-1930)”; “el Peronismo (1946-1955)” o “la última dictadura (1976-1983)”. Sin embargo, si por ejemplo estudio al Ejército argentino entre 1962 y 1973, que no es la periodización habitual para esta temática, debo explicar cuál es la lógica que guía mi recorte, basada en las relaciones internas de la institución y no en las del sistema político en general (Mazzei, 2012).

A veces con el recorte temporal no alcanza y hay que precisar aún más. Si mi tema de tesis fuera “la presidencia de Raúl Alfonsín (1983-1989)”, habríamos establecido límites

precisos, pero aun así sería inabarcable a menos que analicemos los diferentes aspectos de forma superficial, lo que no cumpliría con uno de los requisitos básicos de toda buena tesis. En ese caso debemos ser aún más precisos: “la relación del gobierno de Alfonsín con las Fuerzas Armadas” o bien “la conflictividad obrera durante la transición democrática”. Aquí vale la pena recordar el consejo de Umberto Eco (1982: 32): “Cuanto más se restringe el campo mejor se trabaja y se va más seguro”.

En ese aspecto, el recorte espacial no es menos importante. Una cosa es estudiar a la izquierda obrera entre 1930 y 1943, con toda la complejidad que eso significa, y otra muy diferente es restringir el tema a la provincia de Córdoba. De esta forma, se recorta una temática muy amplia y se obtiene una perspectiva que sale de la tradicional mirada basada en los núcleos urbanos del litoral pampeano. Así, enfocando en pequeñas ciudades, podremos trabajar mejor la riqueza de las experiencias locales, que habitualmente quedan fuera de las interpretaciones centralistas (Mastrángelo, 2011).

Otra manera de establecer un límite claro es analizar, como objeto de estudio, una publicación periódica. Esto nos permitirá investigar sobre aquello que nos interesa (una facción política, un sindicato, una corporación, una organización guerrillera), pero a su vez limitar el tema a un corpus documental más acotado. Eso sí, una advertencia: si voy a estudiar una publicación periódica, debo estar seguro de que dispongo de un archivo donde la encuentre en su totalidad (o al menos un alto porcentaje de ella).

Esto último no es un dato menor: antes de encarar la investigación debemos relevar los archivos y fondos documentales a los que tenemos acceso, tomando en cuenta qué fuentes pretendemos utilizar y la disponibilidad de las mismas. En algunos casos será precisamente esa disponibilidad (o no) la que determinará nuestro tema de tesis.

Una vez decidido el tema, lo primero que deberá hacer el tesisista es un completo estado de la cuestión. O sea, buscar y analizar la bibliografía existente sobre el tema elegido. Esto nos permitirá identificar y contrastar diferentes líneas de investigación, así como establecer los vacíos historiográficos y las preguntas historiográficas que surjan de los debates analizados.

Una primera recomendación: comiencen leyendo todos los clásicos, a los referentes en la materia y también a los principales historiadores contemporáneos que trabajan sobre ello. La bibliografía utilizada por esos autores nos permitirá hacer una lista básica de aquello que debemos buscar y leer antes de empezar a investigar. Por supuesto que esta lista será necesariamente incompleta, ya que cuando avancemos en nuestra pesquisa seguiremos encontrando nuevos libros, así como descartaremos muchos otros. Pero ¿por qué es necesario leer todo antes de empezar? ¿No alcanzaría solo con los textos clásicos? Respuesta: antes de adentrarnos en una investigación, debemos estar atentos a que otro autor no haya dicho lo mismo que nosotros queremos demostrar, puesto que en ese caso no seríamos originales (lo que en una tesis es una falta gravísima).

Hoy, Internet nos procura una ventaja adicional: si tenemos en claro qué buscar, podremos encontrar referencias a artículos o libros publicados en cualquier parte del mundo, e incluso bajarlos a nuestra computadora en formato digital. Hace veinte años teníamos que conformarnos con lo que encontrábamos en los ficheros de la biblioteca más cercana.

Esta primera tarea, el estado de la cuestión, nos permitirá tener en claro qué se ha dicho (y qué no) y pensar –desde nuestro presente– nuevas preguntas historiográficas o, al menos, nuevas perspectivas. Si bien puede parecer obvio, no está de más repetirlo: una tesis debe ser un escrito original. Y si no se puede ser original en el tema, al menos

debemos asegurarnos de que nuestra mirada, nuestra perspectiva, sí lo sea.

Una vez definido el tema y terminado el estado de la cuestión, siempre es recomendable escribir un índice provisional o borrador, cuyo primer objetivo es ordenar nuestras ideas. Muchos suponen que hacer un índice es fácil. Sí, si uno tiene en claro lo que quiere, pero este no siempre es el caso para un joven tesista (o para algunos viejos historiadores). El índice nos impone solucionar un primer problema: la lógica interna del relato. El índice nos permite establecer los límites y, en algunos casos, le permite al director/tutor entender qué quiere realmente su tesista en medio del caos de ideas que expone cuando lo consulta. Ese índice será modificado todo el tiempo, porque es nuestra hoja de ruta. A medida que avancemos en la investigación le agregaremos párrafos, suprimiremos otros, alteraremos el orden de los capítulos. Preocúpense si no es así.

El índice comenzará con el título (siempre provisorio) del proyecto, que, de alguna forma, empieza a marcar límites y a definir problemas. Continuará con una introducción donde deberemos esbozar los objetivos generales, establecer prioridades, justificar los límites temporales y espaciales que nos hemos impuesto y redactar (en forma provisoria inicialmente) nuestras hipótesis de trabajo.¹ Porque nunca está de más recordarlo: una tesis debe tener (al menos) una hipótesis. ¿Para qué escribir una tesis de cientos de páginas si uno no tiene algo nuevo que decir? Una tesis no es un estado de la cuestión ni una crónica, sino un avance en el conocimiento. Una tesis no tiene sentido si solo sirve para demostrar lo que otros han demostrado antes.

1 De más está decir que esta introducción será apenas un borrador, ya que la introducción definitiva es lo último que escribiremos de nuestra tesis. Este borrador de introducción debe servirnos, reitero, para ordenar nuestras ideas.

También, desde un principio, el tesista debe dejar constancia de aquello que no se va a hacer. Nunca se deben abrir demasiadas puntas en una investigación. Si lo hacemos, debemos dejar planteadas nuestras preguntas, aclarando que dejamos las respuestas para posteriores investigaciones. Por eso siempre es importante, desde la introducción, dejar en claro cuáles son nuestras preguntas historiográficas, qué nos interesa demostrar. Si no somos claros desde un principio, nunca faltarán aquellos que nos digan lo que debemos hacer (que en realidad es lo que a ellos les hubiera gustado escribir).

Luego debemos ordenar los capítulos de tal manera que nos permita trazar la lógica interna del relato. Una primera opción es escribir los títulos y hacer un resumen del contenido de cada uno de ellos. Sin embargo, sería mucho mejor armar un índice analítico, más ramificado, dividiendo los capítulos en párrafos y subpárrafos. El título del capítulo ya nos dará una idea general de su contenido; las subdivisiones nos remitirán a la información que pensamos incluir en ellos. A veces una subdivisión más extrema, al interior del subpárrafo, podrá parecernos excesiva. No es así, puesto que el índice es solo una herramienta flexible que debe ayudarnos a ordenar nuestras ideas durante el proceso de investigación y redacción. Ya tendremos tiempo de simplificar el índice cuando redactemos la versión final de la tesis.

Con respecto al orden de los capítulos, estos deben tener una lógica interna que los relacione entre sí. Una tesis en historia habitualmente tiene una organización cronológica, lo que nos soluciona bastante el problema del orden de los capítulos. Aunque, claro está, el contenido de la misma puede prestarse más para una organización temática, o bien una combinación de ambas. En todo caso, el índice nos permitirá establecer la relación lógica entre las partes

de la tesis y comprender si alguno de los capítulos queda “descolgado” del resto.

Otra sugerencia a la hora de organizar los contenidos es ir de lo general a lo particular, ir acercándose (como con el *zoom* de una cámara) hacia nuestro objeto de estudio: el marco teórico, el estado de la cuestión, los antecedentes, el contexto, los actores y, finalmente, el núcleo de nuestra investigación.

Llegados a este punto, ya estamos en condiciones de comenzar nuestra investigación. Un último consejo: al investigar, no tienen que seguir necesariamente el orden de los capítulos. Empiecen por aquello que mejor conocen, por donde se sientan más cómodos o, simplemente, por aquello que quieran investigar hoy.

Bibliografía

- Di Meglio, G. (2006). *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo*. Buenos Aires, Prometeo.
- Eco, U. (1982). *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de estudio, investigación y escritura*. Barcelona, Gedisa.
- Franco, M. (2008). *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Mastrángelo, M. (2011). *Rojos en la Córdoba obrera, 1930-1943*. Buenos Aires, Imago Mundi.
- Mazzei, D. (2012). *Bajo el poder de la caballería. El Ejército argentino (1962-1973)*. Buenos Aires, Eudeba.
- Schneider, A. (2005). *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo (1955-1973)*. Buenos Aires, Imago Mundi.

Capítulo 3

Algo de Sherlock Holmes y algo de historiador ¿Cómo investigar en historia?

Mariana Mastrángelo

Como sugiere Marc Bloch (2004: 25-51), la palabra *historia* es tan vieja que ha llegado a cansar, aunque rara vez se la ha querido eliminar del vocabulario. Su etimología original la vincula a la “investigación”. Sin duda, dice el autor, desde que apareció ha cambiado mucho de contenido. Sin embargo, hay un componente esencial en el estudio de la historia que no varía: el hombre o, mejor dicho, los hombres. Entonces, la historia sería la ciencia de los hombres, y habría que agregar, en el tiempo. Esta ciencia de los hombres a través del tiempo establece un vínculo estrecho entre el pasado y el presente. Si el pasado cuenta, es por el significado que tiene para cada uno de nosotros. Nos ayuda a comprender mejor la sociedad en la que vivimos, a saber qué defender y preservar, a saber también qué destruir y qué derribar. La historia se convierte así en una relación activa con el pasado. El trabajo de los historiadores forma parte de esta relación colectiva y contradictoria de nuestra sociedad con su pasado (Chesneaux, 1981: 22).

En este sentido, podemos afirmar que no hay más que una ciencia de los hombres en el tiempo y esa ciencia tiene

la necesidad de unir el estudio de los muertos con los vivos. Esa ciencia es la historia. Sin embargo, una ciencia no se define únicamente por su objeto. Sus límites pueden ser fijados también por la naturaleza propia de su método.

Nos acercamos al estudio de la historia por medio de los rastros que a través del tiempo los hombres han ido dejando. La diversidad de los testimonios históricos es casi infinita. Todo cuanto el hombre dice o escribe, todo cuanto fabrica, cuanto toca, puede y debe informarnos acerca de él. Ahora bien, los documentos solo hablan cuando son interrogados. Aquí es donde el historiador debe formularse preguntas y cuestionar esas huellas que nos llegan del pasado. Para ello, el historiador debe conocer su oficio, y este tiene mucho de Sherlock Holmes.¹ Seguir pistas que lo lleven a resolver un caso es parte del proceso de investigación. Este tiene su lógica propia y depende de cada historiador, aunque, como todo método, tiene elementos comunes que rigen para cualquier investigación histórica. A continuación les ofrecemos una guía de cómo emprender un proceso de investigación en historia, cuáles son las partes y funciones de este proceso. Como todo modelo es flexible y debe adaptarse a cada historiador, en ese sentido, cada historiador va descubriendo su oficio en la medida que lo va conociendo.

¿Cómo es el proceso de investigación histórica?

Nadie nos enseña a investigar. Es algo que uno va aprendiendo de los errores que comete y no de los seminarios de

1 Carlo Ginzburg vincula la labor del historiador con la del detective inglés y sugiere que el paradigma conjetural plantea la creación de un método interpretativo en el cual los detalles aparentemente insignificantes son formas esenciales de acceso a una determinada realidad. Son esos detalles los que pueden dar la llave de acceso a redes de significación social y psicológica más profundas, inaccesibles por medio de otros métodos.

investigación que cursa. Es un proceso lento, que requiere de paciencia y algo del espíritu de Sherlock Holmes. Sin embargo, hay una dimensión epistemológica que sirve de guía en todo proceso de investigación histórica e implica la resolución de los siguientes momentos (Yuni y Urbano, 2006: 54-55):

- a. Determinar el tema de investigación*
- b. Formular las preguntas de investigación*
- c. Revisar los antecedentes*
- d. Formular los objetivos de investigación*
- e. Seleccionar el marco teórico*
- f. Explicitar las hipótesis o variables de trabajo*
- g. Establecer la metodología de trabajo*
- h. Explorar y seleccionar las fuentes*
- i. Seleccionar el aparato crítico*

A continuación, desglosaremos cada uno de estos momentos y los desarrollaremos en profundidad. Como se indica en el esquema anterior, partimos de la elección del tema de investigación.

a. Tema de investigación

El tema de investigación se puede definir como una delimitación dentro de un campo disciplinar, donde el investigador impone una impronta personal. El primer paso en la elaboración de un proyecto de investigación es la elección del tema. Nuestro tema de investigación debe interesarnos y movilizarnos, ya que implica un compromiso a largo plazo que nos puede demandar años de nuestras vidas. El tema de estudio debe ser algo que contribuya o aporte al conocimiento. Ese algo puede haber sido estudiado con anterioridad y tratado ahora desde una perspectiva distinta, o puede

ser algo totalmente nuevo e inexplorado. Aun así debemos cuidarnos de seleccionar temas simplemente porque “nadie los estudió antes”. Que un problema no haya sido nunca estudiado no quiere decir que amerite serlo: es factible que nadie lo haya estudiado porque no vale la pena hacerlo. No estudiamos problemas de investigación porque sí o porque nadie los haya estudiado con anterioridad; lo hacemos porque creemos que tenemos algo novedoso para decir o para aportar al respecto.

b. Preguntas de investigación

La primera tarea que debe enfrentar el investigador es la de conceptualizar el problema de investigación y darle la formulación adecuada. Por esta razón, toda formulación del problema es una construcción por parte del investigador en base a preguntas que le surgen en su labor de investigación. El problema de investigación, en este sentido, se convierte en piedra angular del proceso, ya que es el encargado de orientar toda la labor. La formulación del problema de investigación debe ser enunciada de manera específica, precisa y operativa. Por ello sus elementos deben ser determinados claramente, deben estar acotados temporal y geográficamente. Este elemento es fundamental en nuestra disciplina, ya que la delimitación espaciotemporal es un atributo esencial de la historia. La cuestión cronológica debe estar bien ajustada al enfoque y al problema; no es lo mismo una cronología en torno a gobiernos o regímenes, útil para un proyecto de historia política, que otra articulada en torno a ciclos centrales de la historia económica. Esto es así porque cuando se formula un problema para investigar se está anticipando una definición implícita del tipo de estudio que se va a realizar; de esta manera, cuando se formula un problema de investigación se están predefiniendo los alcances de dicho proceso.

No todo problema constituye un problema científico. Para que un problema sea de estas características, es necesario que se plantee dentro de un modelo teórico o en un marco referencial de una ciencia. La formulación y el cómo planteamos el problema nos muestra qué vamos a hacer y qué no.

c. Antecedentes

La revisión de antecedentes es el conjunto de acciones de exploración, de extracción de información y de ordenamiento del material científico recopilado. Permite al investigador conocer en profundidad las investigaciones realizadas, las hipótesis utilizadas, el tipo de variables o campos temáticos, las técnicas e instrumentos de recolección de datos y los hallazgos de información realizados.

Las funciones metodológicas de la revisión de antecedentes son dos: 1) contribuir al enriquecimiento conceptual del investigador, lo que le ayudará a precisar mejor la formulación del problema y fundamentar las hipótesis cuando corresponda; 2) actualizar al investigador respecto a los debates teóricos y a las técnicas de recolección y análisis de datos que se utilizan.

d. Objetivos de investigación

Si se ha caracterizado el problema de investigación como un problema de conocimiento, los objetivos expresarán los resultados cognoscitivos que se alcanzarán al finalizar el proceso de investigación. Mediante la formulación de los objetivos de la investigación se anticipan los resultados de conocimiento que se espera obtener al finalizar el proceso. Los objetivos son un soporte importante para el

investigador, ya que al establecer las metas que se quieren lograr constituyen una guía orientadora del proceso de investigación.

Los objetivos se deben expresar con claridad para evitar desviaciones durante el proceso de investigación; deben ser susceptibles de ser alcanzados en un lapso de tiempo y con un conjunto de medios limitados, deben expresar acciones intelectuales ya que precisan el tipo de fenómeno que se aspira alcanzar y deben ser congruentes entre sí. Es importante tenerlos bien en claro porque delimitan el objeto de estudio señalando no solo lo que se va a hacer, sino también lo que no se va a hacer. El peligro de no tener en claro los objetivos de la investigación es que el estudio realizado derive en caminos y temas múltiples, todos que parecen relevantes, todos que se vinculan con el tema original, pero que impiden profundizarlo.

Los objetivos pueden ser generales e indicar el conocimiento que se obtendrá al finalizar la investigación, o pueden ser específicos, los cuales son más puntuales y expresan acciones intelectuales de menor complejidad y de alcance limitado.

Para redactar los objetivos de investigación, el elemento fundamental de la formulación es la presencia de un verbo en infinitivo. También debe incluir las variables, unidades de observación y referencias contextuales que fueron incluidas en la redacción del problema.

e. Marco teórico

En el proceso de investigación surgen preguntas y recurrimos a la teoría como marco referencial para construir una explicación. Dado que los problemas son múltiples y complejos, la teoría debe ser flexible. Entre la dimensión empírica y la dimensión teórica debemos establecer diálogos fluidos. Nunca la teoría debe anteceder a la práctica,

para no establecer marcos teórico-conceptuales rígidos que sirven de corsé a nuestro proyecto de investigación. De nuestra práctica deben surgir los interrogantes que la teoría nos ayudará a dilucidar. Al mismo tiempo, nuestra explicación debe ser coherente con lo que queremos explicar. Distintos problemas pueden demandar conceptos teóricos diferentes para su ilustración. En este sentido, debemos ser cuidadosos con la elección de los autores o los conceptos que seleccionamos, ya que si estos son contradictorios entre sí pueden generar confusión en el planteo de nuestro problema. Por ejemplo, utilizar a Marx y a Bourdieu es, por lo menos, complejo: el concepto de capital utilizado por cada uno es contradictorio con el del otro. Nunca podría Marx hablar de “capital simbólico”. El investigador puede recurrir a un concepto o al otro, dependiendo de los objetivos y de lo que está tratando de explicar, pero es complicado utilizar ambos al mismo tiempo.

f. Hipótesis o variables de trabajo

Las hipótesis son el eje de nuestra investigación, es el punto a ser probado, es nuestro aporte. La hipótesis articula nuestro trabajo, pero debemos tener en cuenta que esta puede ser modificada si la investigación demuestra otra cosa. De esta manera, podemos decir que las hipótesis son enunciados supuestos, no verificados pero probables, referentes a variables o atributos entre los que se establece algún tipo de relación lógica. En el proceso de investigación se trabaja tanto con hipótesis probadas que forman el modelo conceptual como con lo que se llama *hipótesis en estado de prueba*, que son aquellas que el investigador quiere someter a algún tipo de prueba empírica.

Una vez establecidas las hipótesis como respuestas conceptuales válidas, el investigador se propone ver si estas

son confirmadas por los hechos o si permiten generar nuevas hipótesis.

Planteado el problema de investigación, revisada la literatura y contextualizado dicho problema desde un marco histórico-conceptual, el paso siguiente consiste en establecer guías precisas para resolver el problema de investigación. Estas *guías* son las *hipótesis*, que indican lo que está buscando o tratando de probar el investigador.

Las hipótesis tienen varias funciones. Entre ellas, se destaca, como ya se mencionó, que son guías o anticipaciones que proporcionan un orden lógico al estudio, favorecen la descripción y explicación del problema planteado, permiten comprobar las teorías y ayudan a sugerir o generar nuevas teorías.

Las hipótesis pueden surgir de la teoría, de la observación de fenómenos concretos, de la información empírica disponible, de los análisis estadísticos o de la combinación de estos.

La hipótesis debe plantearse de forma tal que pueda ser verificada empíricamente. Para esto se debe tener en cuenta una serie de cuestiones:

- » Debe hacer referencia a una situación social real, es decir, que los conceptos utilizados deben ser concretos y referirse a realidades observables. Este punto se encuentra relacionado con la definición del problema.
- » Los conceptos y variables (y la relación entre estos) contenidos en la hipótesis deben ser claros, comprensibles y precisos. Ello asegura la comprensión de lo que se quiere poner a prueba.
- » Las hipótesis deben ofrecer una respuesta probable al problema de investigación tal como se lo ha formulado en el interrogante.
- » La relación propuesta entre varias variables de una hipótesis debe ser clara y verosímil. Asimismo, las

hipótesis deben hallarse en conexión con las teorías precedentes en las que basan sus supuestos.

- » Deben tenerse en cuenta las técnicas para probarlas, es decir, que existan técnicas adecuadas y que estén disponibles para su verificación.
- » Una hipótesis se define como un enunciado que se propone como base para describir y/o explicar por qué o cómo se produce un fenómeno o conjunto de fenómenos relacionados. De esta manera, se pueden formular hipótesis descriptivas o hipótesis explicativas. Las primeras anticipan el tipo de variables que se espera encontrar en el fenómeno investigado, los valores y las diferentes cualidades que ellas presentan. Las segundas avanzan en la explicitación del por qué se relacionan entre sí distintas variables. ¿Qué es una variable? Es un atributo, propiedad o característica de un objeto, persona o grupo, que permite su clasificación. De esta caracterización se desprenden tres tipos de hipótesis: 1) la hipótesis descriptiva o con una variable, 2) la hipótesis explicativa o con dos o más variables, 3) las hipótesis correlacionales o con dos o más variables en su relación.

g. Metodología de trabajo

La metodología hace referencia a la elección por parte del investigador de formas y procedimientos concretos que le permitan recolectar y organizar las informaciones que habrá de proporcionarle la realidad. Definimos así a la metodología como el terreno específicamente instrumental de la investigación (técnicas, procedimientos, herramientas), relacionado directamente con el método y el objeto de estudio.

En el proceso de investigación se produce un vínculo estrecho entre la teoría y la práctica, donde el método y

la metodología aparecen como mediadores. El método como elemento es capaz de orientar la formación de un bagaje conceptual y teórico para los fines específicos del objeto, pero incapaz de encarar por sí mismo la aproximación directa a lo empírico. En esta fase del proceso de investigación es necesaria la elaboración de instrumentos concretos de recolección y organización de los datos capaces de construir respuestas para nuestro problema de investigación.

Un *instrumento de recolección* (AA.VV., 2003: 34) es aquel recurso del que se vale el investigador para acercarse a los fenómenos y extraer información de ellos. Dentro de cada instrumento concreto pueden distinguirse dos aspectos diferentes: una forma y un contenido. La forma del instrumento se refiere al tipo de aproximación que se establece con lo empírico, a las técnicas empleadas en esta tarea, como serían los cuestionarios, la recopilación documental y las entrevistas, entre otras. Por otro lado, tenemos el contenido, que se expresa en la delimitación de los datos concretos que necesitamos conseguir, es decir, qué preguntar, qué observar.

De este modo, el instrumento sintetiza en sí toda la labor previa de investigación, resume los aportes del marco teórico al seleccionar datos que corresponden a las variables o conceptos utilizados; pero también expresa todo lo que tiene de específicamente empírico nuestro objeto de estudio, ya que sintetiza a través de las técnicas de recolección que emplea la forma de verificación escogida.

Puede afirmarse que es solo mediante la selección adecuada de los instrumentos de recolección de datos que la teoría y la práctica se vinculan realmente.

Según su procedencia, los datos pueden dividirse en primarios y secundarios. Los datos primarios son aquellos que se obtienen a partir de la realidad misma. Los datos

secundarios son registros que ya han sido recogidos, y muchas veces procesados, por otros investigadores.

Finalizadas las tareas de recolección, deviene el proceso de procesamiento de los datos, el cual debe hacerse teniendo en cuenta las proposiciones sobre las que se asienta la investigación. En historia, la elección de la metodología que permita la recolección y el procesamiento de los datos no solo atiende a las proposiciones teóricas y a las características del objeto de estudio, sino también se halla condicionada por los límites de la documentación con que trabajará el historiador.

h. Fuentes

Una de las tareas más difíciles con las que se enfrenta el historiador es la de reunir los documentos. Esta tarea no la lograría, sugiere Marc Bloch, sin la ayuda de los inventarios de archivos o bibliotecas, catálogos de museos o los repertorios bibliográficos de todo tipo (2004: 71). La pregunta que debemos formularnos es qué sucede en lugares como la Argentina, que no tiene una política de cuidado de archivos. En estos casos debemos recurrir al ingenio y la paciencia, ya que, aunque existan archivos o reservorios documentales, no todos están catalogados y ordenados.

Existen diversos tipos de fuentes. Estas son los materiales que, de una u otra manera, dan cuenta de las acciones e interacciones humanas en cualquiera de sus manifestaciones y en determinado tiempo y lugar. De hecho, todas las acciones humanas dejan distintos tipos de huellas, rastros y registros.

Hay distintas maneras de clasificarlas. Por ejemplo, Ezequiel Ander-Egg (1986: 219) las clasifica según sean: 1) documentos escritos, 2) documentos numéricos o estadísticos, 3) documentos cartográficos, 4) documentos de imagen y sonido, 5) documentos orales y 6) documentos objeto.

También, las fuentes se pueden clasificar como primarias y secundarias. En el caso de las primeras, el documento tiene relación directa con su origen, nacido de la voluntad de su autor, fijado en el soporte original, con los instrumentos gráficos originales y que conserva los caracteres de forma y fondo con los que se originó. Las fuentes secundarias, por su parte, son copias o modificaciones de los documentos originales. Estas últimas son de mucha utilidad porque permiten obtener una visión del estado actual del debate en ese tema y detectar a los autores y hallazgos relevantes.

En la investigación histórica no alcanza con reunir los documentos; el examen crítico es indispensable. Como se planteó con anterioridad, los testimonios nos hablan solo si los interrogamos. Los documentos por sí mismos no existen, es el investigador quien les da entidad, ya que los construye para su proyecto de investigación. Todo es técnicamente un documento; ahora bien, ¿cómo y a cuáles los definimos como documentos? Nuestras hipótesis, objetivos y problemas a resolver le darán respuesta a este interrogante.

i. Aparato crítico

Cada autor debe seleccionar un estilo de notas de referencia coherente de principio a fin. Los historiadores deben tener conciencia de que el estilo “sociológico” de notas dentro del texto (por ejemplo: Chesneaux, 1978) no es recomendable, ya que la profesión requiere la rápida referencia que incluya lugar de publicación, editorial, fecha y número de página. Si la nota es muy larga, debería ir incluida en el texto principal. Las notas son aclaraciones o referencias y no ensayos particulares. Existen numerosos manuales, algunos de los cuales figuran en Internet.² Dos de los más

2 En el blog de Jack Moreno, por ejemplo, podemos encontrar un listado de manuales en formato

famosos y utilizados son el *Manual de estilo de Chicago*³ y el *Manual de estilo MLA*. Cada autor debe seleccionar el estilo de notas y mantener el mismo de principio a fin.

¿Cómo escribimos?

La escritura es un tema importante en el proceso de elaboración de nuestro proyecto de investigación y también luego, en la confección de nuestro trabajo de tesis, ya que hace a la seriedad de lo escrito y su idoneidad de comunicación. Se trata de escribir de forma que facilite la lectura y al mismo tiempo convenza al lector de lo que se quiere decir. Los tiempos gramaticales deben ser coherentes, no debe haber errores (ni horrores) gramaticales y de puntuación. Cada investigador debe encontrar “su” estilo, que será aquel que se acomode a sus características personales.

Sin embargo, se recomiendan algunos aspectos elementales:

- » Las oraciones deben ser relativamente cortas, con un sujeto, un verbo y un predicado. Los párrafos son una idea que comienza y se cierra; rara vez existe un párrafo de una sola oración.
- » Reducir al mínimo el uso de conceptos dentro de la oración, o sea paréntesis, punto y coma o guiones. En muchos casos, es mejor el uso del punto y seguido. Evitar tiempos gramaticales complejos, así como el modo subjuntivo y el presente del indicativo, ya que

PDF creados por distintos medios gráficos de habla hispana. En línea: <<http://jackmoreno.wordpress.com/2013/11/24/14-manuales-de-estilo-y-redaccion-de-documentos/>> (consulta: 27-08-2014).

3 En línea: <<https://www.intec.edu.do/downloads/documents/biblioteca/formatos-bibliograficos/guia-chicago.pdf>> (consulta: 27-08-2014).

- dan idea de velocidad y no de reflexión. En la medida de lo posible, utilizar tiempo pasado.
- » Evitar referencias personales (“yo opino”), los coloquialismos (“los milicos”) y la adjetivación excesiva (“la sangrienta dictadura”). En el primer caso, porque todo escrito es opinión del autor y señalarlo debilita el argumento, a menos que se tenga una autoridad intelectual establecida y reconocida. En los otros casos, se da la sensación de escaso profesionalismo y de parcialidad manifiesta. El carácter de un evento (“la dictadura”) debe surgir de los datos brindados y no de la adjetivación que hagamos del tema. De hecho, el uso excesivo de adjetivos da la sensación de que los datos son insuficientes para probarlo y que por eso es necesario insistir con calificativos.
 - » No abreviar nombres ni lugares porque da sensación de desidia.
 - » Evitar el uso de fórmulas como “etcétera”, ya que señalan que uno no maneja los datos en forma diferenciada.
 - » Las siglas siempre deben ser aclaradas la primera vez que se las utiliza.

En general, recomendamos que se haga un punteo de lo que se va a escribir, para luego comenzar por alguno de los capítulos o acápite y terminar por la conclusión y la introducción. Esta sugerencia se debe a que, en ocasiones, la hipótesis original puede haber sido modificada en el proceso de la investigación y luego de la redacción.

Por último, cada investigador debe tener conciencia de que una cosa es escribir una tesis doctoral, otra es escribir un libro y una muy distinta es escribir un artículo. Cada uno de los textos se define por su posible lector. La tesis es en realidad para el jurado de especialistas, mientras que un

libro (ya sea de investigación o de divulgación) tiene otro lector posible en mente. Asimismo, cuando se escribe un artículo se debe tener conciencia de para qué publicación se lo escribe (cada revista tiene “su” posible público). También se debe ser cuidadoso de respetar las normas de publicación de la revista; muchas publicaciones extranjeras rechazan artículos por no cumplir dichas normas.

A modo de conclusión

Este modelo de investigación, como se planteó en párrafos anteriores, es dúctil y debe servir como guía de trabajo a la hora de emprender nuestro proceso de investigación histórica. Lo más difícil en este proceso es delimitar adecuadamente nuestro problema de investigación. En ocasiones, comenzamos con un problema demasiado grande y debemos ir achicándolo o, de forma inversa, nuestro problema de investigación es limitado y debemos ampliarlo. La pregunta que debemos formularnos es si lo que queremos investigar es factible y, sobre todo, si aporta al campo disciplinar. Con esto no queremos decir que nuestro problema de investigación deba ser inédito, sino que el abordaje que le demos permita ampliar el conocimiento histórico y aportar en la formulación de nuevas hipótesis o teorías.

Al momento de ser evaluado, nuestro trabajo de investigación será considerado según tres criterios:

1. La hipótesis y su vinculación con la investigación realizada. Su *originalidad*.
2. La realización de la misma, sobre todo en cuanto a si el investigador ha tomado en cuenta o no los distintos

problemas teóricos, metodológicos y epistemológicos que implica su hipótesis. Su *calidad analítica*.

3. El relevamiento de fuentes primarias y secundarias que demuestren que se ha llevado a cabo una investigación. Su *solidez*.

No debemos confundir las reglas de la profesión del historiador con las de otras disciplinas. Como historiadores, vamos descubriendo nuestro oficio, y este es un proceso personal y a la vez colectivo. Construimos conocimiento a partir del momento que lo podemos socializar y compartir con otros. Hay instancias del proceso de investigación que nos llevan por un camino solitario y otras que nos encuentran compartiendo nuestros hallazgos con nuestro director de tesis o nuestros colegas. En general, los temas de investigación tienen algún anclaje en nuestras propias historias, y otras veces nos llegan de forma azarosa. De esta manera, la historia del presente se vincula con el pasado y así podemos realizar un diálogo de ida y vuelta. Lo mismo podemos decir de la relación dialéctica entre teoría y práctica. La historia debe ser nuestro campo de acción social, que se retroalimenta de esta doble dimensión. De nada nos sirve, como historiadores, perdernos en el pasado si no podemos mirar nuestra realidad y tratar de transformarla.

Bibliografía

- AA.VV. (2003). *El proceso de investigación en historia. Apuntes de cátedra*. Córdoba, Cátedra Taller de aplicación, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

- Ander-Egg, E. (1986). *Técnicas de investigación social*. Buenos Aires, Humanitas.
- Bloch, M. (2004). *Introducción a la historia*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Chesneaux, J. (1981 [1977]). *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*. México, Siglo XXI.
- Ginzburg, C. (1980). Morelli, Freud and Sherlock Holmes: clues and scientific method. En *History Workshop Journal*, núm. 9.
- Yuni, J. y Urbano, C. (2006 [2003]). *Técnicas para investigar y formular proyectos de investigación*, vol. 1. Córdoba, Brujas.

Sitios web

- En línea: <<http://jackmoreno.wordpress.com/2013/11/24/14-manuales-de-estilo-y-redaccion-de-documentos/>> (consulta: 27-08-2014).
- En línea: <<https://www.intec.edu.do/downloads/documents/biblioteca/formatos-bibliograficos/guia-chicago.pdf>> (consulta: 27-08-2014).

Capítulo 4

Teoría e historia

Algunos trazos en torno a una relación necesaria

Pablo Vommaro

Explicitar los elementos teóricos que sustentan una tesis en historia es una tarea no siempre sencilla o que podamos resolver fácilmente. Por un lado, la mayoría de las carreras de Historia en Argentina carecen de un despliegue profundo y consistente de contenidos de teoría en sus currículos. Los elementos teóricos y conceptuales –que autores como Pierre Vilar, Eric Hobsbawm, Edward Carr, Fernand Braudel, Edward P. Thompson e incluso Walter Benjamin, entre otros, han trabajado tan consistente y sugerentemente– aparecen fragmentados y a veces desarticulados entre las distintas materias sin que haya un espacio en el que se trabajen en forma sistemática y profunda. Las propuestas teóricas de historiadores latinoamericanos como Alberto Pla, Pablo González Casanova, José Luis Romero y otros, parecen ser excepción y no son incluidas en los planes de estudio con la centralidad que ameritan.

Por otro lado, muchas veces se considera que las tesis de historia no tienen la necesidad de incluir un trabajo específico a nivel teórico o conceptual, ya que el centro de la obra es la investigación empírica basada en el trabajo con fuentes,

una de las especificidades que los historiadores reivindican para sí. Sin embargo, las fuentes no dicen nada por sí solas, sino que hay que hacerlas hablar. Para “hacer hablar a las fuentes” es necesario hacer preguntas pertinentes y adecuadas. Y esto se logra teniendo claro desde qué perspectiva se abordará la fuente; es decir, cuáles serán los conceptos, categorías y nociones a partir de los que se construirán y enmarcarán los argumentos que sustentan la tesis.

Así, la inclusión de un apartado teórico es algo aceptado en las tesis de ciencias sociales y suele ocupar un lugar voluminoso en la estructura general del escrito, pero tiene dimensiones menos extensas en las de historia. Partiendo de la necesidad de explicitar las teorías a partir de las cuales trabaja un historiador o un sociólogo en general, advertimos acerca de dos riesgos. Uno: las tesis que podemos denominar *macrocefálicas*, con un gran despliegue teórico que no se condice con el desarrollo argumental y con la presentación del trabajo de investigación realizado. Dos: las tesis que parecen jibarizadas por carecer de una adecuada explicitación del marco teórico a partir del cual se construyó la investigación, lo cual puede empobrecer la argumentación y la consistencia del trabajo.

Partimos de la base, entonces, de que en toda tesis de ciencias sociales o de historia es necesario construir e incluir el marco teórico desde el que se trabajó como punto de partida, el cual permite alimentar la discusión científica y académica de la obra y constituye una muestra de sinceridad y rigurosidad intelectual para con el lector.

Si, como dijimos, partimos de que la historia se basa en el trabajo con fuentes, y sostenemos una mirada de la construcción de conocimiento desde la praxis, asumiremos que trabajar con el marco teórico no significa encerrarse en elaboraciones abstractas y generalistas que están más allá o por encima de la investigación realizada. Al contrario,

implica dar cuenta de las herramientas utilizadas, apropiadas o construidas para definir los distintos pasos de la investigación y desplegar un trabajo empírico o práctico que permita nuevas elaboraciones teóricas. Esta concepción de la teoría desde la praxis –que abreva en la tesis II enunciada por Marx al escribir sobre Feuerbach (1985: 668)– lleva a asumir que el conocimiento logrado y las ideas validadas son siempre provisionales y situadas. Es decir, están construidas a partir de situaciones y prácticas históricas concretas, y por eso mismo no son invariantes, sino que se transforman y son provisionales, incluso hasta perder su razón histórica de ser, como planteó Gramsci.

Llegados a este punto, podemos aportar dos definiciones acerca de lo que se entiende por marco teórico en una tesis de historia o de ciencias sociales. Por un lado, un trabajo colectivo de la cátedra Taller de aplicación de la carrera de Historia de la Universidad Nacional de Córdoba considera que:

El marco teórico es un elemento fundamental en el proceso de investigación, ya que es el paso que proporciona las herramientas teóricas y metodológicas a partir de las cuales se realizará la actividad investigativa. Desde esta perspectiva, se lo puede definir como la serie de conceptos y teorías, o partes de teorías, que están fuertemente relacionadas y que permiten dar dirección a una investigación, es decir, seleccionar y ordenar los datos. (2003: 21-22)

Al menos cuatro elementos nos interesa destacar de esta definición. Uno: la centralidad del marco teórico en el proceso de investigación desde sus momentos iniciales, no como justificación posterior, sino como sustento que cimienta el trabajo por realizar. Dos: el carácter de sistema o conjunto articulado que tienen las teorías y conceptos que

se ponen en juego en una investigación. No se trata de elementos aislados o desconectados, sino de una integralidad coherente e interrelacionada. Tres: la consideración de la teoría como una herramienta, es decir, algo dinámico y maleable que sirve para lograr un objetivo y no es un fin en sí mismo; sobre ello volveremos más adelante. Cuatro: la imbricación entre teoría y metodología, sobre lo cual también regresaremos.

Por su parte, Ruth Sautu, Paula Boniolo, Pablo Dalle y Rodolfo Elbert proponen que:

El marco teórico constituye el corpus de conceptos de diferentes niveles de abstracción articulados entre sí que orientan la forma de aprehender la realidad. Incluye supuestos de carácter general acerca del funcionamiento de la sociedad y la teoría sustantiva o conceptos específicos sobre el tema que se pretende analizar. (2006: 29-30)

El carácter sistemático y articulado del marco teórico vuelve a ser resaltado en esta cita. Asimismo, hacemos hincapié en la condición orientadora y guía del trabajo de investigación que el corpus de conceptos y teorías desempeña en el proceso de investigación, tanto en un plano general como en la dimensión situada que permite desplegar y construir una respuesta provisional para el problema que plantea la tesis.

La teoría como caja de herramientas

Cuando se presentan los elementos teórico-conceptuales que constituyen la guía en el recorrido de la investigación que sustenta una tesis no se trata de agotar los casi siempre

extensos y frondosos debates acerca de cada uno de los problemas teóricos tratados, sino de exponer las nociones que resultaron más útiles para comprender, explicar e interpretar las cuestiones que conformaron la perspectiva a partir de la cual se realizó el trabajo empírico, se analizaron los datos obtenidos y se reformularon las ideas al respecto.

En todo proceso de investigación surgen distintas disyuntivas teóricas y metodológicas. La construcción de los principales problemas, la definición del objeto, las metodologías a partir de las cuales acercarnos a él y las reelaboraciones y reflexiones necesarias para continuar, todas son territorios del debate teórico que debe explicitarse en una tesis. En efecto, las elecciones teórico-conceptuales son fundamentales a la hora de tomar las decisiones que tienen incidencia directa en el curso que tomará el trabajo a partir de ellas.

Avanzando desde esta perspectiva, las conceptualizaciones suelen tener un carácter operativo y concreto que responde a la dinámica propia de una tesis. Así, coincidimos en que el sistema de nociones y conceptos que componen las teorías constituye una caja de herramientas (Foucault y Deleuze, 1992: 85) que guía la investigación y nos brinda las posibilidades de interpretación más fértiles.

Sobre la consideración de la teoría como caja de herramientas, Foucault señala que:

Entender la teoría como una caja de herramientas quiere decir: que no se trata de construir un sistema sino un instrumento, una lógica propia a las relaciones de poder y a las luchas que se comprometen alrededor de ellas; que esta búsqueda no puede hacerse más que poco a poco, a partir de una reflexión (necesariamente histórica en algunas de sus dimensiones) sobre situaciones dadas. (2000: 85)

En la misma línea, Deleuze sostiene que:

Una teoría, exactamente como una caja de herramientas. No tiene nada que ver con el significante... Es preciso que eso sirva, que funcione. Y no para sí misma. Si no hay gente para servirse de ella, empezando por el mismo teórico que entonces deja de ser teórico, es que no vale nada, o que no ha llegado su momento. No se vuelve a una teoría, se hacen otras, hay otras por hacer. (1992: 85-86)

Las relaciones entre teorías, historia y poder quedan entonces expuestas en estas citas. Continuando con el diálogo entre Michel Foucault y Gilles Deleuze que se publicó en *Microfísica del poder*, ellos plantean que la teoría concebida como “caja de herramientas [...] es preciso que sirva, que funcione”. Allí también las relaciones entre teoría y práctica se analizan como “mucho más parciales y fragmentarias [...], la relación de aplicación no es nunca de semejanza [...]. La práctica es un conjunto de conexiones de un punto teórico con otro, y la teoría un empalme de una práctica con otra”. Los autores agregan que “una teoría no expresa, no traduce, no aplica una práctica, es una práctica. Pero local y regional: no totalizadora”. En la misma obra, como en otras de Foucault, se establece una relación entre saber y poder, y estos autores expresan que, en tanto el poder totaliza, “una teoría está por naturaleza contra el poder” (1992: 83-86).

Avanzando en las relaciones entre teoría y poder –y considerando el marco teórico como una construcción y una elección basada en sustentos políticos, ideológicos, culturales y subjetivos que son situados y socialmente producidos–, podemos concebir la teoría como un punto de vista, como una toma de posición, como una perspectiva a partir de la cual mirar el mundo e identificar sus conflictos, tensiones y

problemas. Así, volvemos a coincidir con los miembros de la cátedra Taller de aplicación de la Universidad de Córdoba cuando sostienen que “el marco teórico no se elige como un elemento cualquiera entre muchos, sino que está determinado por una serie de aspectos que hacen al investigador: su ideología, su formación académica, sus estudios, su opción política” (2003: 26-27).

Por otra parte, retomando la noción de que el conocimiento científico no solo es acumulativo, aunque no exento de rupturas (por eso es necesaria la elaboración de un estado del arte crítico y completo en los momentos iniciales de una investigación), sino que también es discutible y provisorio, es necesario que las teorías que sostienen una investigación sean explicitadas para poder ejercer la crítica con rigurosidad.

Entrelazando teoría y metodología

La importancia de contar con un marco teórico completo y riguroso en una investigación histórica reside también en su carácter de sostén de la metodología a desarrollar para llevar a cabo la tarea investigativa. En efecto, teoría y metodología están imbricadas. No se pueden adoptar decisiones metodológicas que no impliquen opciones teóricas previamente asumidas.

Siguiendo nuevamente a Sautu *et al.*, coincidimos en que:

La investigación científica está iniciada en una teoría de la cual se deducen objetivos que dan lugar a la construcción de la evidencia empírica. Además, todas las decisiones metodológicas (de procedimientos) en la elaboración del proyecto o la realización de una investigación tienen implicaciones teóricas. (2006: 20-21)

Entonces, no puede haber metodología sin teoría. A su vez, toda elección teórica conllevará un modo singular de desplegar la investigación, una manera peculiar de buscar las respuestas que permitan superar los problemas planteados. Así, las metodologías no son una colección de recursos técnicos descontextualizados y neutrales, sino la expresión de las elaboraciones teóricas asumidas y las opciones en la delimitación del problema y el planteamiento de objetivos que se definen en el proceso investigativo.

Si coincidimos en que las metodologías buscan responder las preguntas acerca de cómo lograr los objetivos propuestos, las respuestas metodológicas tienen “sus propios fundamentos epistemológicos, cada una con sus propios procedimientos explícitos, conocidos, consensuados por aquellos que trabajan una línea o estilo de investigación” (2006: 20-21). Entonces, podemos hablar de opciones teórico-metodológicas como una forma de evidenciar el entrelazamiento de ambas dimensiones de la investigación social e histórica. Desde ya, esta relación estrecha tiene que expresarse tanto en los proyectos de investigación como en las tesis.

Marco teórico y estructura de la tesis

Una de las maneras más pertinentes y difundidas para presentar el marco teórico es la elaboración de un estado de la cuestión o del arte acerca de los problemas que se abordan. Este estado del arte permite situar la investigación, formular las preguntas más adecuadas y conocer las respuestas anteriores a interrogantes similares, o constatar que las cuestiones tratadas en la investigación han sido poco abordadas en el pasado.

Un estado del arte complementa e integra lo que el investigador ya conoce y leyó acerca del problema y el tema de la tesis con lecturas nuevas y no conocidas hasta el momento. Así, todo estado del arte presupone relevar lo que se trabajó antes acerca de temas y problemas similares a los planteados. Es decir, el estado del arte no es un simple relevamiento o enumeración de bibliografía general e inconexa, sino un recorrido por lo que se escribió hasta el momento, estructurado en torno a las preguntas y problemas que la investigación plantea.

En efecto, marco teórico, objetivos de la investigación, hipótesis y diseño metodológico deben entablar relaciones de coherencia y fuerte articulación en tanto sistema que permite el éxito del trabajo científico.

En cuanto a las posibles formas de estructurar una tesis que permita explicitar el marco teórico, las opciones son sobre todo dos. Una: elaborar un apartado específicamente teórico que anteceda a la sección de metodología y desarrolle los principales conceptos, categorías y nociones que se pondrán en juego en el transcurso de la investigación. Dos: incluir un apartado teórico-metodológico que integre teoría y metodología en un único espacio.

Encontramos un ejemplo de la primera posibilidad en la tesis titulada “Política, territorio y comunidad: las organizaciones sociales urbanas en la zona sur del Gran Buenos Aires (1970-2000)” (Vommaro, 2010), en la que se construyó un índice organizado en partes que contienen capítulos. Allí se incluye una primera parte con un capítulo teórico que se estructura en torno a las nociones que se pondrán en juego en la tesis; y otro capítulo específicamente metodológico, en este caso basado en el paradigma interpretativo y la historia oral.

Primera Parte	
Perspectivas teórico-conceptuales y enfoques metodológicos	54
Capítulo I - Hacia las definiciones teórico-conceptuales que enmarcan nuestra investigación	54
I. Movimientos sociales, acción colectiva y organizaciones sociales	56
I.I. El campo anglosajón	61
I.II. El campo europeo continental	70
I.II.I. Las redes sociales y la interacción en el plano local	75
I.III. Los enfoques relacionales de los procesos de movilización social y política	78
I.IV. Hacia una reformulación de los estudios acerca de las organizaciones sociales: una propuesta a partir de los estudios de caso	82
II. El capitalismo contemporáneo desde la perspectiva del postfordismo	89
III. Los jóvenes como protagonistas de las organizaciones sociales urbanas de base territorial y comunitaria	114
IV. Hacia otras precisiones conceptuales	125
IV.I. Las formas de la política	125
IV.II. La institución del territorio	132
IV.III. La construcción de la comunidad	146
IV.IV. Los procesos de subjetivación	157
Capítulo II - Los recorridos metodológicos	163
I. El trabajo con la Historia Oral	168

Una segunda opción es pensar en un único capítulo teórico-metodológico en el que, a medida que se presentan los conceptos recortados según el tema y la perspectiva de la tesis, se propongan los abordajes metodológicos con los cuales se trabajará.

Un último punto que nos interesa tratar es la importancia de la inclusión de la dimensión reflexiva en los planteos teórico-metodológicos de una investigación. Al respecto, Sautu *et al.* proponen que “la investigación también requiere

reflexionar sobre nosotros mismos, quiénes somos y cuáles son los recursos de nuestros estudios e interpretaciones. [...] Ser conscientes de nuestros valores e intereses y de las limitaciones de las interpretaciones” (2006: 22-30).

Sobre esto, Bourdieu sugiere abordar la cuestión de la flexibilidad científica desde la noción de *objetivación participante*, que define como:

El ejercicio más difícil de todos porque requiere un quiebre con las adherencias y adhesiones más profundas e inconscientes, aquellas que a menudo confieren a los objetos el interés que tienen por ellos quienes los estudian (es decir, aquello que menos quieren conocer sobre su relación con el objeto que tratan de conocer). Es el ejercicio más difícil, pero también el más necesario porque [...] el trabajo de objetivación toca en este caso un objeto muy peculiar dentro del cual están inscriptos algunos de los determinantes sociales más poderosos de los principios mismos de aprehensión de cualquier objeto posible: por un lado, el interés específico asociado a ser miembros de un campo académico y a ocupar una posición específica en dicho campo, y por el otro, las categorías socialmente construidas de percepción del mundo académico y del mundo social, categorías de entendimiento profesoral que, como dije antes, pueden proporcionar el fundamento de una estética [...] o de una epistemología (como la epistemología del resentimiento que, haciendo de una necesidad una virtud, valora siempre las pequeñas prudencias del rigor positivista contra toda forma de audacia científica). (2005: 350)

De esta manera, en el trabajo de investigación –más aún si trabajamos con historia reciente, actual, inmediata o del

presente y lo hacemos desde metodologías cualitativas– es necesario objetivar las afinidades y presupuestos del investigador y practicar una vigilancia epistemológica densa y permanente (Bourdieu, 2005; Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 2004). Es este ejercicio autorreflexivo y autocrítico el que permitirá identificar los elementos subjetivos que se pueden ocultar detrás de la construcción de los datos y condicionar su análisis, además de permitir trabajar para contrarrestar su influencia. Asimismo, a partir de esta estrategia es posible abrirse a nuevas interpretaciones y nociones no consideradas en el análisis inicial.

A partir de lo dicho, pudimos ver cómo la cuestión metodológica comparte su campo con los planteos teóricos en un sistema imposible de escindir o desarticular sin afectar la rigurosidad y coherencia de la investigación histórica.

Bibliografía

- AA.VV. (2003). *El proceso de investigación en historia. Apuntes de cátedra*. Córdoba, Cátedra Taller de aplicación, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.
- Aróstegui, J. (2001). *La investigación histórica: teoría y método*. Barcelona, Crítica.
- Bourdieu, P. (2005). Objetivación participante. En Bourdieu, P. y Wacquant, L. *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J. C. y Passeron, J. C. (2004). *El oficio del sociólogo: presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Foucault, M. (2000). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid, Alianza.
- Foucault, M. y Deleuze, G. (1992). Los intelectuales y el poder. En Foucault, M. *Microfísica del poder*. Madrid, La Piqueta.
- Gramsci, A. (1970). *Introducción a la filosofía de la praxis*. Barcelona, Península.

- Marx, K. (1985). Tesis sobre Feuerbach. En *La ideología alemana*. Buenos Aires, Pueblos Unidos-Cartago.
- Necochea Gracia, G. (2006). Mi mamá me platicó: punto de vista, clase y género en dos relatos de mujeres. En *Taller*, núm. 23.
- Necochea Gracia, G. y Pozzi, P. (2008). *Cuéntame cómo fue. Introducción a la historia oral*. Buenos Aires, Imago Mundi.
- Sautu, R., Boniolo, P., Dalle, P. y Elbert, R. (2006). *Manual de Metodología. Construcción del marco teórico, formulación de los objetivos y elección de la metodología*. Buenos Aires, Clacso.
- Vasilachis de Gialdino, I. (coord.). (2006). *Estrategias de investigación cualitativa*. Buenos Aires, Gedisa.
- Vommaro, P. (2010). *Política, territorio y comunidad: las organizaciones sociales urbanas en la zona sur del Gran Buenos Aires (1970-2000)* [mimeo]. Tesis doctoral defendida en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
- _____. (2012). Que a diferença não se converta em desigualdade. Organizações sociais e História Oral na Argentina contemporânea. En Duarte, G. R., Frotscher, M., Laverdi, R., Torres Montenegro, A. y Freire Montysuma, M. (comps.). *Historia Oral, Desigualdades e diferenças*. Recife, UFPE-UFSC.

Capítulo 5

Archivos, bibliotecas y hemerotecas

O algunos problemas para trabajar con testimonios escritos en Argentina

Daniel Mazzei

Marc Bloch nos enseñaba en su obra póstuma, conocida aquí como *Introducción a la historia*, que todo lo que el hombre dice, hace o produce puede ser un testimonio. Sin embargo, también nos señalaba que “los textos [...], aun los más claros en apariencia y los más complacientes, no hablan sino cuando se sabe interrogarlos” (1952: 54). El buen historiador es aquel capaz de plantearle las mejores preguntas a un testimonio y transformarlo en una fuente histórica. Porque no está de más recordar que un testimonio solamente le “habla” a aquel que sabe interrogarlo. Así, Georges Duby (1983) podía reconstruir la evolución de la mentalidad religiosa en el Medioevo “haciendo hablar” a pórticos o vitrales. Existen testimonios más “accesibles” para el historiador porque fueron pensados voluntariamente para dejar un registro, como son las memorias, los tratados o las entrevistas a los protagonistas de un suceso. La mayor accesibilidad no significa que no debemos someterlos a la misma crítica que a cualquier otro testimonio. No obstante, para todo investigador, las fuentes más apasionantes son las que representan un desafío, las que

nos interesan “por lo que se nos deja entender sin haber deseado decirlo” (Bloch, 1952: 53).

Un tesista pasa gran parte de su tiempo trabajando en archivos, bibliotecas y hemerotecas examinando documentos. Para no malgastar ese tiempo debe tener en claro qué está buscando. Marc Bloch sostiene que “toda investigación presupone [...] que la encuesta tenga una dirección” (Bloch, 1952: 54). Se impone un cuestionario. Pero también saber dónde buscar. Este capítulo estará dedicado a las fuentes más “tradicionales”, aquellas que encontraremos buceando en archivos, bibliotecas o hemerotecas, y buscará dar algunas pistas a aquellos investigadores interesados en cuestiones de historia argentina contemporánea, fundamentalmente sobre los inconvenientes u obstáculos que puede encontrar en su camino.

Entre las fuentes escritas a las que recurrimos habitualmente los historiadores se encuentran los diarios, revistas y publicaciones periódicas. Para ello concurrimos a hemerotecas. Posiblemente, las de la Biblioteca Nacional y la Biblioteca del Congreso de la Nación son las más completas de nuestro país. Allí encontraremos los principales diarios de circulación nacional y muchísimas otras publicaciones periódicas. No creamos, sin embargo, que todo será fácil y tan solo cuestión de solicitar el material que estamos buscando. Aun de los diarios nacionales de mayor tirada no se encuentran todos los números o se presentan colecciones incompletas. Los avatares políticos han hecho que parte de esa memoria haya sido borrada deliberadamente de las hemerotecas. Tampoco debe extrañarnos recibir la respuesta “lo están reparando”. Esto ocurre así para períodos particularmente consultados por los investigadores. Las encuadernaciones se desarman, las páginas se desprenden o se rompen (y ni hablar de aquellos sinvergüenzas que cortan intencionalmente el material). En el caso de las revistas,

encontraremos colecciones encuadernadas, pero también números sueltos en pésimo estado de conservación. Contra estos obstáculos poco podemos hacer, salvo esperar que esté reparado antes de que finalicemos nuestra tesis o bien probar suerte en otra hemeroteca.

Afortunadamente, muchos diarios y publicaciones periódicas están siendo microfilmados o digitalizados (tal es el caso, por ejemplo, de la Biblioteca del Congreso de la Nación). Sin embargo, debemos advertir que es probable que el número de investigadores supere el número de máquinas lectoras disponibles, lo que obligará a pedir turnos con suficiente anticipación. No tendremos todo el tiempo que nos gustaría para trabajar con el material, por eso deberemos ser lo más precisos posible en nuestro pedido. Como se ve, en este punto es más que válida la advertencia del comienzo: es necesario tener en claro qué estamos buscando antes de iniciar nuestra pesquisa.

No obstante, en los últimos años, el esfuerzo de algunos investigadores ha extendido la publicación de colecciones digitalizadas *online* que facilitan notablemente el trabajo a muchos historiadores que estudian la historia reciente. Es el caso del colectivo El Topo Blindado, que se propone socializar fuentes documentales y cuyo sitio web permite el libre acceso a cientos de publicaciones, algunas de las cuales tampoco están disponibles en importantes hemerotecas públicas. Este acervo documental y hemerográfico, así como la biblioteca del Cedinci,¹ facilita la investigación a quienes trabajan con grupos u organizaciones de izquierda o bien grupos armados. Posiblemente no tengan la misma suerte quienes trabajen con publicaciones de

1 El Cedinci (Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina) está dedicado a la preservación, conservación, catalogación y difusión de las producciones políticas y culturales de las izquierdas desde sus orígenes hasta la actualidad.

escasa circulación de organizaciones de derecha o de pequeños grupos católicos. En primer lugar, porque no existen para este tipo de publicaciones centros similares a los citados más arriba, y en segundo lugar porque muchas veces –cuando logran dar con el material– deben sortear la proverbial desconfianza de los “guardianes” de estas bibliotecas o hemerotecas hacia los investigadores procedentes de una universidad pública.

Por otra parte, quien frecuente una hemeroteca puede advertir (mirando trabajar a quienes se encuentran en la sala de lectura) que se utilizan diarios y revistas solo para buscar algunos datos o leer sus artículos y/o editoriales, pero debemos recordar que hay mucho más que podemos extraer de este tipo de fuentes. Uno de los caminos apenas transitados por nuestra historiografía es el de la publicidad. En las revistas de política o de actualidad, la publicidad también nos habla del público al que van dirigidas, aunque en forma indirecta. Cuando una empresa o una agencia de publicidad eligen un medio para promocionar su producto lo hacen pensando en llegar al mayor número posible de potenciales compradores. De esta forma, a partir de la publicidad podremos reconstruir –al menos– la imagen que las empresas y sus publicitarios tenían de esa revista (Mazzei, 1997: 94). En el caso de las publicaciones de poca tirada siempre es interesante preguntarse cómo se financian o si tienen publicidad estatal. Así, podremos descubrir, por ejemplo, que una revista de la ultraderecha católica como *Verbo* tenía como único aviso publicitario una propaganda de una página de Aerolíneas Argentinas (tradicionalmente manejada por hombres de la Fuerza Aérea Argentina). También el análisis del *staff* periodístico de muchas de estas publicaciones nos permitirá, en particular en el campo de la extrema derecha, reconstruir redes políticas o de sociabilidad a partir del vínculo con otras revistas similares.

El trabajo en archivos nos plantea otra serie de problemas referidos a la conservación de los mismos. Las primeras limitaciones que encontraremos son de orden práctico. Tienen que ver, en primer término, con la arbitrariedad en la selección o clasificación de los documentos. Según Mariana Nazar, el proceso de selección documental “podría denominarse vulgarmente como ‘selección natural’ que, en realidad, es la determinada por la ignorancia o la desidia” (2010: 7). Muchas veces la documentación existe, pero la organización y clasificación no permiten encontrarla. Otros problemas de orden práctico para el trabajo en archivos van desde los horarios limitados hasta la falta de un espacio apto para realizar las consultas.²

Por otro lado, encontramos cuestiones de orden legal. Si bien se sabe que hay documentación relacionada con la seguridad del Estado o vinculada a la vida privada de individuos que registran ciertas limitaciones, existe una falta de normativas –o al menos falta de claridad en las mismas– en materia de desclasificación de documentos. Tampoco los funcionarios tienen la obligación de entregar los archivos de su paso por la función pública (incluso muchos se llevan gran parte de esa documentación cuando abandonan sus cargos). Por eso no debe extrañarnos que muchos documentos valiosos no se encuentren en archivos estatales sino en manos privadas. Los documentos más valiosos de mis investigaciones me fueron facilitados por ex funcionarios que tenían papeles públicos en sus archivos personales.

A su vez, existen países en los que los funcionarios no pueden llevarse documentación cuando dejan la función pública. En los Estados Unidos, por ejemplo, las Bibliotecas

2 Mientras realizaba mi tesis concurrí al Archivo Histórico del Ejército, que solo atendía al público por la mañana. Además debía consultar los legajos de pie, sin posibilidad de hacer copias del material y con la charla constante del jefe del servicio.

Presidenciales forman parte de los Archivos Nacionales y contienen toda la documentación pública y privada producida durante cada administración. Además la *Freedom of Information Act* (FOIA)³ de 1967 otorga a todo ciudadano norteamericano el derecho a solicitar el acceso a documentación proveniente del gobierno federal.⁴ Hoy podemos encontrar miles de documentos de las principales agencias norteamericanas (Departamento de Estado, Departamento de Defensa, CIA, FBI, etcétera) publicados en Internet. Muchos de estos documentos, por ejemplo aquellos que reproducen conversaciones del ex secretario de Estado Kissinger, han permitido desentrañar la trama de complicidad de altos funcionarios de la administración norteamericana con las dictaduras latinoamericanas de la década de 1970.

En este contexto de ausencia de una política integral de acceso a los archivos, Mariana Nazar, especialista en archivística, describe la importancia que cobra lo que ha dado en llamar “el guardián del archivo” y reflexiona al respecto:

Al limitarse el acceso al fondo documental (por ausencia de clasificación, ordenación, existencia de instrumentos de descripción o difusión) al querer acceder a los documentos nos encontramos frente a la barrera de aquella persona encargada del mismo. Sin reglas claras, nos creemos en la obligación de caerle bien a los fines de que se apiade de nuestras investigaciones y nos guíe hacia aquello que estamos buscando. [...]

3 Véase en línea: <<https://foia.state.gov/>> (Consulta: 16-09-2014). Para la base de datos de telegramas de los Archivos Nacionales, véase en línea: <<https://aad.archives.gov/aad/>> (consulta: 16-09-2014).

4 En el caso argentino, el CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales) y el diario *Clarín* solicitaron la desclasificación de documentación relacionada con la última dictadura militar, que hoy se encuentra disponible en la sala de lectura virtual del Departamento de Estado.

En ese esfuerzo por no molestar, por ser pacientes y simpáticos, por no hacer ruido no hacemos más que retroalimentar un círculo vicioso. Nosotros posiblemente accederemos [a lo que el guardián nos permita]... ¿y el resto de los colegas? ¿Y quienes necesiten acceder para hacer valer un derecho? (2010: 10)

El trabajo con archivos judiciales ha dado como resultado verdaderas obras maestras, como *El queso y los gusanos*, de Carlo Ginzburg. En nuestro país se han utilizado fundamentalmente para estudios de historia colonial y del siglo xix. Sin embargo, permanecen casi inexplorados para el estudio de la historia del tiempo presente. Los interesados en esta temática encontrarán decenas de causas judiciales relacionadas con la violación de derechos humanos durante la última dictadura, donde se han acumulado declaraciones indagatorias, testimonios, pericias, pedidos de *habeas corpus*, legajos militares, documentación de organizaciones de derechos humanos (nacionales e internacionales), recortes periodísticos, etcétera.

Los investigadores que utilizan estos expedientes judiciales desearían contar con guías, inventarios o catálogos similares a los que se espera encontrar en la consulta de cualquier archivo. Sin embargo, con suerte algún agente judicial puede brindarle un resumen del contenido del expediente (en la jerga judicial, “punteo de la causa”) que pueda servirle como herramienta de consulta primaria. Debemos recordar que los expedientes judiciales están elaborados –a diferencia de un archivo– careciendo de cualquier forma de sistematicidad, ya que las pruebas judiciales se incluyen en los expedientes a partir de los pedidos del juez, el fiscal y la defensa con una lógica esencialmente acumulativa.

Por ese motivo, el investigador que trabaje con expedientes judiciales deberá tener en cuenta que fueron construidos

con objetivos diferentes a los de los historiadores y que las pruebas contenidas en un expediente judicial pueden ser falsas en términos absolutos, pero pueden estar dando cuenta de un problema histórico en relación con la representación que un sujeto se hace del mismo y, por lo tanto, no se las puede desechar de plano. En un juicio, un testimonio falso, erróneo o confuso es descartado desde un principio porque no sirve como prueba para llegar a la verdad, y solo se tiene en cuenta aquello que puede ser probado con evidencia suficiente. Incluso quien incurre en falso testimonio puede ser sancionado por ello. Por el contrario, el historiador puede transformar ese mismo testimonio en una fuente. Sometido a la crítica, el testimonio quizás no nos ayude a encontrar la verdad histórica, pero nos obligará a realizarnos ciertas preguntas: ¿por qué miente?, ¿por qué inventa? Cuando alguien modifica la verdad puede deberse a las influencias de interpretaciones posteriores o bien a intereses del presente (como no reconocer que se participó o apoyó algo que hoy es políticamente incorrecto). Pero también los testimonios orales sufren el paso del tiempo y el deterioro de la memoria. De alguna manera, los testimonios judiciales siempre resultan insuficientes para el historiador. Hay múltiples preguntas que no fueron hechas por el instructor de la causa y que un historiador haría. En estos casos entra en escena el oficio del historiador del que nos habla Bloch, y del que el libro de Ginzburg es posiblemente el ejemplo más logrado. Si el historiador, aun sabiendo que es falso, sabe interrogar al testimonio (así como preguntarse por los silencios del mismo), podrá obtener elementos involuntarios que permitan enriquecer su análisis.

Otro importante repositorio de documentación para el estudio de la historia reciente son los archivos militares y de fuerzas de seguridad. Si bien existe un vastísimo campo de investigación, los archivos castrenses están apenas

explorados, en buena medida porque hasta hace pocos años primaba el secretismo en dichos ámbitos, pero también porque el tema militar sigue siendo un tabú para los historiadores académicos. Hay cierta reluctancia a temas militares, y son escasos los investigadores que trabajan con fuentes primarias (en realidad se prefiere citar a autores clásicos en la materia, como Robert Potash o Alain Rouquié).

Las fuerzas armadas y de seguridad, como toda burocracia estatal, producen permanentemente una gran cantidad de documentación. Sin embargo, es bastante irregular aquello que se archiva. Por lo general se destruye todo lo que se considera inútil para las tareas cotidianas. Algunas cosas se archivan tan solo por viejas. No todo va al archivo, porque no existen criterios comunes a las distintas fuerzas, ni un principio de centralización en la biblioteca o el archivo del Ministerio de Defensa. Por el contrario, hay una tendencia a la dispersión, por la cual cada fuerza tiene su propio archivo con sus propias reglas y también mucha documentación queda en los museos de las unidades o regimientos.

Tampoco hay criterios temporales claros de desclasificación ni de resguardo, lo que significa que mucha documentación, potencialmente valiosa, es desestimada. Lo que se conserva es solo aquello que puede resultar importante para cada fuerza. Además, como no hay catálogos, muchas veces el investigador queda supeditado a la memoria o, peor aún, a la buena voluntad de los encargados de las bibliotecas y los archivos. Aquí se ve con total claridad lo que citábamos más arriba sobre la relación con el “guardián del archivo”.⁵

A comienzos de este siglo, para trabajar en archivos militares se requería de un engorroso trámite a partir de la autorización

5 En una oportunidad solicité revisar un boletín público militar –de libre acceso, a diferencia de los boletines reservados y/o confidenciales– y la encargada de la Biblioteca Central del Ejército me lo negó, argumentando que el título decía claramente “público militar” y que yo era “público civil”.

previa de autoridades de la fuerza. Afortunadamente, en los últimos años se han flexibilizado los requisitos para consultar archivos castrenses y se ha desclasificado mucha documentación.⁶ En estos archivos encontraremos –fundamentalmente– legajos de personal (ya que son documentación de guarda permanente), boletines, copias de libros históricos de las unidades y actuaciones judiciales. Los legajos, por ejemplo, son documentos sumamente valiosos para una reconstrucción biográfica, ya que aportan desde información familiar completa hasta destinos y calificaciones anuales de sus superiores. Los boletines (públicos, reservados o confidenciales) contienen información de todo tipo: designaciones, traslados, reglamentos, compras, calificaciones, viajes al exterior, condenas de tribunales militares, etcétera. Son una fuente tan completa como poco explorada hasta el momento. Sin embargo, el investigador que se adentre en el análisis de los boletines deberá tener muy claro qué está buscando para no perderse en medio de tanta cantidad de información. Pero, sobre todo, deberá tener en cuenta que la documentación castrense tiene una jerga de códigos y siglas propios, y que antes de embarcarse en el estudio de los boletines (como de cualquier otra documentación de este tipo) deberá familiarizarse con reglamentos y orgánicas militares.

En estas páginas hemos repasado algunas de las dificultades con las que se enfrentará el tesista que decida encarar la tarea de archivo, pero también algunas claves que lo ayudarán a saber dónde buscar. Estos obstáculos, que la mayor parte de las veces significan pérdida de tiempo o una sensación de frustración, deben enseñarnos que no se debe ir

6 Un ejemplo de esta desclasificación (todavía parcial y asistemática) es la publicación del "Informe Rattenbach", junto con sus anexos y declaraciones testimoniales, al que se puede acceder desde el sitio web de Presidencia de la Nación.

al archivo “a ver qué se encuentra”. Al archivo debemos ir sabiendo qué vamos a buscar y recordando una advertencia de Bloch: “Sábese que el itinerario establecido por un explorador antes de su salida no será seguido punto por punto; pero, de no tenerlo, se expondrá a errar eternamente a la aventura” (1952: 55).

Bibliografía

Bloch, M. (1952). *Introducción a la historia*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Duby, G. (1983). *Tiempo de catedrales. El arte y la sociedad, 980-1420*. Barcelona, Argot.

Ginzburg, C. (1981). *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Buenos Aires, Muchnik.

Mazzei, D. (1997). *Medios de comunicación y golpismo. La caída de Illia*. Buenos Aires, GEU.

Nazar, M. (2010). En torno a la especificidad del archivo como territorio para la investigación. Ponencia presentada en las *VI Jornadas sobre Etnografía y Métodos Cualitativos*.

Sitios web

En línea: <<https://aad.archives.gov/aad/>> (consulta: 16-09-2017).

En línea: <<http://eltopoblindado.com/>> (consulta: 16-09-2017).

En línea: <<https://foia.state.gov/>> (consulta: 16-09-2017).

Capítulo 6

El uso de estadísticas en historia

Fabio Nigra

En una somera búsqueda por la web pueden aparecer gran cantidad de definiciones del concepto *estadística*. Sin perjuicio de que aquí se aproxime una idea de tal rama de la matemática, es preciso destacar que –salvo en casos muy específicos de historiadores económicos, demográficos o de las migraciones que obtienen una formación específica con fuerte base teórica y práctica– en general los historiadores tomamos los datos elaborados por otros como apoyatura de nuestras reflexiones y conclusiones.

El punto aquí, entonces, no es desarrollar un minicurso para aprender a elaborar estadísticas, sino aproximar algunas ideas para su utilización, lectura e interpretación. En última instancia, no olvidemos que, como reza un dicho popular entre los que no quieren bien a los estadísticos, es esta una ciencia tan mentirosa que puede afirmar que si un señor tiene dos pollos y otro señor ninguno, esa noche ambos cenaron pollo. Por otra parte, no debe creerse que las estadísticas cierran cualquier discusión sobre el uso e interpretación de los valores, por cuanto, como dijo muy sabiamente un viejo ministro de economía de Brasil,

la estadística es como una *bikini*: muestra mucho y oculta lo importante.

Por ejemplo, una definición tomada de la Universidad Nacional de Colombia dice que la estadística puede ser entendida “como el conjunto sistemático de procedimientos para la observación, registro, organización, síntesis y análisis e interpretación de los fenómenos y de las leyes que los regulan para poder así predecir o concluir acerca de ellos. Esta definición claramente involucra las dos fases de la estadística: la descriptiva y la inferencial” (Mendoza Rivera, 2002).¹

Otra definición más sencilla es la de Murray R. Spiegel, quien sostiene que “la estadística estudia los métodos científicos para recoger, organizar, resumir y analizar datos, así como para sacar conclusiones válidas y tomar decisiones razonables basadas en tal análisis” (1991: 32). Esta última idea es la que resulta válida cuando tratamos de utilizar datos sistematizados para probar o cuestionar algún planteo o conclusión. La estadística llamada *descriptiva* o *deductiva* se ocupa de organizar y sintetizar gran cantidad de información, ofreciendo una explicación somera de lo observado. Por el contrario, la llamada estadística *inferencial* o *inductiva* pretende alcanzar conclusiones que permitan tomar decisiones. Esta última es necesaria para los gobiernos, las empresas y todo aquel que requiera información precisa para proponerse respuestas y resoluciones ante problemas.

Desde ya, si bien la última no es imprescindible para el trabajo de historiador, puede resultar útil para poder analizar las decisiones que se tomaron en base a esa información. En la práctica, los historiadores tomamos información de la

1 Véase en línea: <http://168.176.60.11/cursos/ciencias/2001065/html/un1/cont_102_02.html> (consulta: 16-09-2017).

estadística descriptiva y, en caso de surgir alguna duda o idea para replantear esos datos, necesariamente debemos recurrir a alguien con las capacidades específicas.

En lo que hace en particular al uso de las estadísticas para la historia, en gran cantidad de textos aparecen datos estadísticos en forma de tablas y gráficos. En la mayor parte de dichos textos se encontrará un conjunto de números organizados en líneas verticales y horizontales: son *tablas*. En forma simple, puede decirse que una tabla contiene una serie de datos económicos –que son “hechos, generalmente expresados en cifras, que ofrecen información sobre las variables económicas” (Mochón y Beker, 1993: 17)– en forma ascendente o descendente, que explican normalmente una evolución determinada.

Es preciso destacar que *ninguna tabla puede interpretarse correctamente si no se tiene un conocimiento razonable de la etapa (política, social y económica) que se está trabajando*. Con esto se quiere decir que una tabla sin ningún otro conocimiento es un conjunto numérico que puede leerse de una forma o al revés y que, en esta perspectiva, puede brindar resultados contradictorios.

En las tablas que normalmente se utilizan en historia económica, demográfica u otra por lo general se encuentran los períodos de años comprendidos junto con los otros datos de los cuales se quiere mostrar la evolución. Sea población, aumento del área sembrada o evolución del valor de una moneda, son utilizadas a fin de reunir en forma sintética una serie de resultados que expresados verbalmente ocuparían mucho más espacio. De esta forma, las conclusiones a la lectura surgen –si se sabe leer– bastante más rápida y eficientemente.

Por lo general, las tablas contienen toda la información que debe esperarse de ellas. En primer lugar, a qué conceptos refieren: “expansión ferroviaria” y “área cultivada”, por

ejemplo. Esto quiere decir que quien la confeccionó lo hizo entendiendo que existe efectivamente una relación entre la cantidad de vías férreas tendidas y la expansión –o disminución– de la cantidad de tierras cultivadas. Retomando lo dicho en un párrafo anterior, si se desconoce la dinámica del modelo agroexportador, puede suponerse tanto que el ferrocarril impulsó el área cultivada como que el área cultivada impulsó la construcción del ferrocarril.

También, por lo general, se encuentra entre paréntesis el dato que muestra en qué magnitudes se va a expresar. Para el caso anterior, puede indicarse, por ejemplo, en kilómetros para las vías y en hectáreas si refiere a la cantidad de tierras en cultivo. También puede ocurrir que en vez de hectáreas se hable de toneladas del producto determinante, como puede ser el trigo. Si sucede que la expresión es tan evidente que no se hace preciso mencionarlo, puede suceder que se indica de qué forma la variable es reducida. Por ejemplo, si se trabaja con magnitudes tan grandes que la expresión numérica haría la tabla demasiado grande e incomprendible, se opta por reducir la cifra indicando que a ese valor numérico ha de agregársele o que debe multiplicarse por una cantidad de ceros determinada para llegar al valor real: si indica 112 pero se ha indicado entre paréntesis (000), en realidad la cifra es 112.000.

Por ejemplo, en la tabla que sigue (de la que se tomará solo una parte a los efectos explicativos), vamos a encontrar todo lo ya expresado:

Como puede verse, primero dice qué es lo que va a mostrar; esto es lo que podría llamarse el *título de la tabla*. Se supone que entre la balanza comercial y las inversiones extranjeras debe haber una relación. Esta relación puede explicarse en el marco de la expansión de la época, por la cual Argentina exportaba cada vez más cereales y carne enfriada.

Tabla 1. Balanza comercial e inversiones extranjeras en la Argentina (1900-1904)

Años	Balanza comercial (000.000 de dólares)	Inversiones extranjeras (000.000 de pesos)
1900	- 7,3	---
1901	21,2	1.260
1902	52,3	1.260
1903	53,4	1.260
1904	0,3	2.583

La cifra del año 1900 es negativa, mientras que a partir de aquí las cifras son positivas. Lo primero que se puede leer es que para quien confeccionó la tabla las inversiones extranjeras deben haber influido en la evolución de la balanza comercial, ya que su vinculación puede entenderse en el sentido de que una ayudó o apoyó la evolución de la otra.

Los primeros años muestran que mientras existe un ingreso constante de inversiones hay también una balanza favorable. Esto nos puede indicar una disciplina muy importante por parte del Gobierno, ya que no solamente no gasta lo que no puede, sino que toma los recaudos necesarios para que la actividad económica de los particulares no evolucione hacia el desequilibrio (la austeridad en un modelo económico ortodoxo es imprescindible para que el Estado no tome préstamos internos, esto es, tomar el ahorro interno, ya que aumentaría la tasa de interés y se reduciría el volumen de inversión).

El año 1904 puede indicar que el análisis anterior es erróneo, pero hay que considerar que puede ser útil saber que en 1905 hubo una crisis, y normalmente en los antecedentes de una crisis económico-financiera debe considerarse un cese de los flujos de capitales; por ello esta recesión trastocó

los valores. El desequilibrio puede haberse observado en 1904, para evolucionar en 1905.

Sin embargo, puede también encontrarse una crítica: los valores monetarios están expresados en dos monedas diferentes. O se unifican o en el texto debe efectuarse un trabajo explicativo para equipararlas (por ejemplo, indicando el tipo de cambio entre dichas monedas), porque en términos estrictamente monetarios, los datos expresados pueden no informar gran cosa ya que se desconoce el poder real de compra de cada una de esas expresiones.

Con esto se quiere decir que no se puede leer correctamente una tabla si no se conocen los elementos que delimitan el contexto. Se podrán obtener ciertas apreciaciones de carácter general, pero nunca una correcta lectura. También se quiere resaltar que la lectura se hace año a año, pero comparando los valores entre sí.

Asimismo, pueden diseñarse tablas que comparen hechos económicos, como la siguiente:

Tabla 2. Composición del producto bruto interno de Francia e Inglaterra en forma sectorial

	Primario	Secundario	Terciario
<i>Francia</i>			
1820	45,7	37,6	16,7
1856	41,9	35,5	22,6
<i>Gran Bretaña</i>			
1788	40	21	39
1841	22	35	42

Fuente: Di Vittorio, A. (comp.). (2003). *Historia económica de Europa. Siglos XV-XX*, p. 190. Barcelona, Crítica.

En términos estrictos, lo primero a resaltar es que en toda tabla o gráfico debe indicarse cuál es su fuente o el origen de los datos. En este caso, se tomaron del libro de Di Vittorio. En pocas palabras, las tablas y los gráficos deben explicar su origen, de igual forma que una cita bibliográfica.

En lo que hace a la lectura de la tabla, debe considerarse que los años tomados como representativos no coinciden entre los dos países. Sin embargo, debe destacarse que la estadística es una ciencia relativamente joven, y la recopilación de datos no fue siempre tan sistemática como lo es en la actualidad. Sin embargo, de la tabla precedente pueden obtenerse algunas ideas, si se conoce el contexto. Por ejemplo, en términos comparativos con Gran Bretaña, el sector primario en Francia, más o menos para la misma época, era mucho más grande. Las distancias entre uno y otro país en la importancia del sector primario pueden verse en la tabla siguiente:

Tabla 3. Población económicamente activa y producto agrícola

Período	Francia		Inglaterra	
	Población activa agrícola como %	Producto agro como % del producto nac.	Población activa agrícola como %	Producto agro como % del producto nac.
1801	72	42	35,9	32,5
1851	64	36	21,7	20,3
1881	47,7	34	12,6	10,4

Fuente: Niveau, M. (1981). *Historia de los hechos económicos contemporáneos*, p. 47. Barcelona, Ariel.

Como se puede observar, con Napoleón Bonaparte en el poder, Francia seguía siendo un país predominantemente agrícola, ya que casi tres cuartas partes de la población vivía

y trabajaba en el campo; sin embargo, aportaba al total de la riqueza generada poco más del 40%. En Gran Bretaña solamente poco más de un tercio del total se encontraba en el sector primario, mientras que este sector aportaba a la riqueza general también poco más de un tercio. Así y todo, debe destacarse que antes de la Revolución Francesa, hacia 1700, el 85% de la población vivía de la agricultura (o sea, que no necesariamente residía en el campo), porcentaje que a principios del siglo xix alcanzaba todavía el 72%. Al comparar la situación con Gran Bretaña, se advierte que en esta última el sector primario descendió en forma notable a medida que se desarrollaba la Revolución Industrial. Por el contrario, en Francia, en el último cuarto del siglo xix la población activa que trabajaba en el campo seguía siendo cerca de la mitad del total, mientras que la de Gran Bretaña era apenas superior al 10%. Aquí también puede verse cómo el sector primario en este último país tendió a hacerse insignificante gracias al desarrollo del modelo de ventajas comparativas de David Ricardo.

Por otra parte, existen tablas más complejas que buscan relacionar una mayor cantidad de variables, pero con un objetivo específico. En la que sigue, se establece una escala de ingresos de familias campesinas y, a la vez, se obtienen datos de cómo se utilizan esos ingresos. Es una tabla que aparenta ser meramente informativa, pero que puede decir más de lo que parece.

La siguiente tabla, si bien reúne la información de ciento veintisiete familias y no puede ser considerada un dato absoluto, muestra que la alimentación absorbía aproximadamente del 70 al 80% del total de los ingresos de los más pobres, que vestirse requería entre el 5 y el 10% y que el gasto en la vivienda y la calefacción eran datos menores en términos proporcionales sobre el total. Si bien puede suponerse que a medida que aumenta el ingreso se consume

menos en alimentos y más en otros tipos de gastos, todo haría suponer que existiría un traslado de gastos de alimentos más baratos (de menor calidad y valor calórico tal vez) hacia otros de mejor calidad y capacidad nutritiva. ¿Qué se quiere decir con esto? Que no toda la información está en las tablas. Se hace necesario tener formación en principios económicos, demográficos o migratorios, ya que más de una vez las herramientas teóricas apoyan y refuerzan la interpretación. En el caso precedente, el análisis se apoyó en el principio económico de *elasticidad-demanda-ingreso*, que busca explicar la reacción de un consumidor en su adquisición de bienes en función de una modificación de su ingreso monetario.

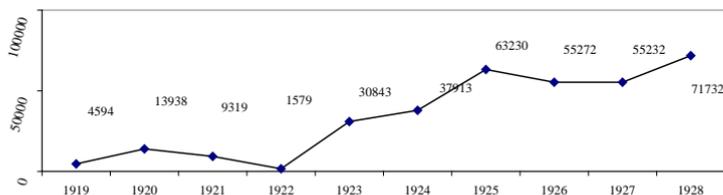
Tabla 4. Presupuestos de familias de campesinos en Gran Bretaña (ca. 1790)

Tipo de gasto (%)	Ingreso familiar anual (en libras)				
	10-20	20-25	25-30	30-45	Todos
<i>Alimentación</i>	70,1	69,5	75,3	81,8	72,2
<i>Alquiler</i>	5,3	5,1	4,9	4,3	5
<i>Combustible</i>	2,6	3	4,2	3,1	3,2
<i>Vestido</i>	9,1	11,3	7,7	4,9	9,3
<i>Cuidados médicos</i>	7,8	6,7	5,7	4,2	6,5

Fuente: Minchinton, W. (1983). Los modelos de demanda, 1750-1914. En Cipolla, C. (comp.). *Historia económica de Europa. La Revolución Industrial*, p. 121. Barcelona, Ariel.

En cambio, el gráfico que sigue permite representar otra cosa. Con una tabla no se acaban las posibilidades de llevar a una forma más gráfica la evolución de las variables. También pueden encontrarse gráficos de líneas, gráficos de barras y gráficos de sectores o, como se los denomina comúnmente, “tortas”.

Gráfico 1. Importaciones de automóviles desde los Estados Unidos



Fuente: *Económica*. Revista del Banco de la Nación Argentina, vol. 2, núm. 9, septiembre de 1929, p. 179.

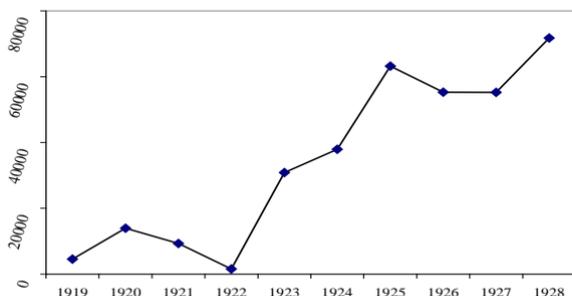
La utilización de un gráfico de líneas o barras parte casi del mismo lugar que la tabla. Los datos de la tabla se ubican en dos ejes de coordenadas cartesianas. Por ejemplo, en este caso se buscó expresar la evolución de la importación de automotores a lo largo de la década de 1920. Entonces, en la abscisa –la horizontal– se ubican los años o series de años, y en la ordenada –la vertical– los valores que se quiere expresar (sean kilómetros, hectáreas, toneladas o, como en este caso, autos).

En ellos debe guardarse la relación proporcional lo más acabadamente posible, porque puede dar lugar a erróneas interpretaciones el hecho de utilizar un tipo de escala o representación diferente. Este modelo de gráficos hace mucho más evidente no solamente si existe relación o no, sino también si se encuentran en el período trabajado grandes o abruptos cambios. La representación a escala mal confeccionada o la expresión visual mal efectuada pueden dar una impresión errónea.

Por ejemplo, en el gráfico 2 nótese que, expresado de la forma siguiente, el mismo gráfico puede representar una evolución mucho más abrupta que la que muestra el anterior. Esta es la consecuencia del problema de una mala escala de elaboración. Supóngase que no se ponen los valores

para cada año, sino que se indican solamente los años y los valores globales establecidos en la ordenada. Todo haría suponer que la evolución fue muy diferente a lo que en realidad sucedió.

Gráfico 2. Importaciones de automóviles desde los Estados Unidos

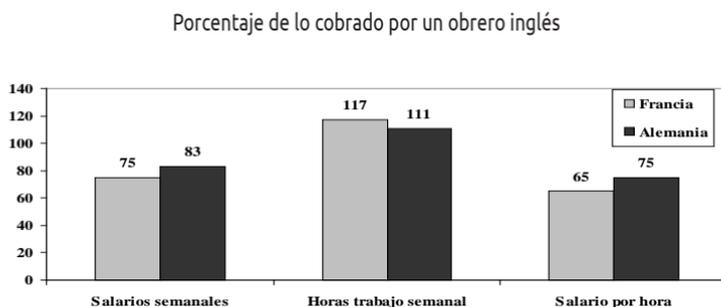


El gráfico de barras parte de una concepción similar a la de los gráficos de líneas o de curvas, pero es usado mayoritariamente para establecer diferentes tipos de comparaciones. Siguiendo este tipo de análisis, el gráfico de barras es utilizado comúnmente para el trabajo comparativo de las variables. Si, por ejemplo, queremos mostrar la evolución del crecimiento de la inmigración por sexos, el gráfico de barras puede mostrar (normalmente diferenciado por colores) el proceso con dos barras paralelas, que no tienen la misma evolución –podríamos decir *altura*– pero que marchan más o menos en el mismo período.

En el caso del gráfico que sigue, se observa la relación posible entre la productividad de un obrero inglés con sus pares alemanes y franceses. Aquí podría decirse que se comienza con una referencia ausente: el obrero inglés.

En el gráfico de barras se establecen tres tipos diferentes de valores, que son los salarios percibidos por semana, la cantidad de horas trabajadas y la remuneración por hora. En pocas palabras, la primera conclusión que se obtiene de ese gráfico es que el obrero inglés es mucho más productivo que sus pares expresados en el gráfico, porque trabaja menos horas por semana y gana más semanalmente y por hora. Esto es así porque se parte del supuesto de que el obrero inglés, en términos numéricos, es igual a 100 para los salarios y también para las horas trabajadas. En las dos primeras comparaciones, el francés gana menos que el alemán (y por supuesto, ambos ganan menos que el inglés), a la vez que trabaja más horas por semana.

Gráfico 3. Salarios y horas de trabajo promedio de diversas industrias



Fuente: Minchinton, W. (1983). *Op. cit.*, p. 106.

Como se muestra en la tabla y los gráficos siguientes, a veces los valores quedan mucho más claramente especificados con un gráfico:

Tabla 5. Evolución de la balanza comercial de la Argentina con Estados Unidos y Gran Bretaña en la década de 1920

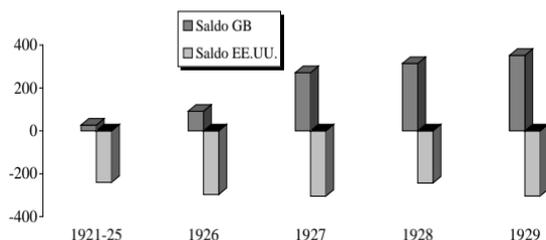
En millones de m\$ñ

Años	Gran Bretaña			Estados Unidos		
	Exportaciones	Importaciones	Saldo	Exportaciones	Importaciones	Saldo
1921-25	448.3	421.6	26.7	169.2	419.9	-240.7
1926	452.3	361.1	91.1	163.9	460.9	-296.9
1927	649.1	378.3	270.8	190.5	495	-304.5
1928	687.3	373.3	314	198.3	441.2	-242.9
1929	697.3	345.4	351.9	212.6	516.3	-303.7

El siguiente gráfico expresa lo consignado en la tabla precedente. Como se puede ver, muestra con mayor claridad la evolución de los saldos positivos y negativos respecto a la relación comercial con cada país:

Gráfico 4. Saldos de la balanza comercial

En millones de m\$ñ



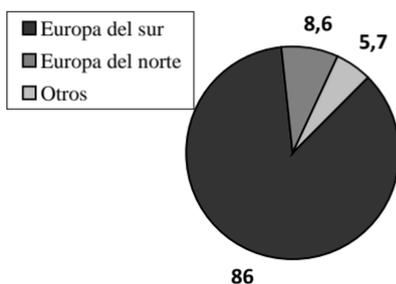
Fuente: Skupch, P. (1975). Deterioro y fin de la hegemonía británica en la Argentina. En Panaia, M., Lesser, R. y Skupch, P. *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, t. 2, p. 30. Buenos Aires, Siglo XXI.

Por último, el gráfico de sectores es utilizado para mostrar claramente las diferentes clases de cosas que componen un total. Si, por ejemplo, sabemos que el total de la población

en Argentina para determinado año es 100 y también sabemos que de esos 100 hay un 8,6% de inmigrantes del norte de Europa, un 86% del sur de Europa y un 5,7% de otros lugares, podemos elaborar un gráfico de sectores, estableciendo en un círculo el porcentual correspondiente a cada nacionalidad. Así, surgen a primera vista las diferencias que pueden encontrarse en esta sociedad. De alguna forma, se traducen números a una imagen.

Gráfico 5. Inmigrantes según zonas de Europa

En %



Fuente: Cornblit, O., Gallo, E. y O'Connell, A. (1965). La generación del 80 y su proyecto. Antecedentes y consecuencias. En Di Tella, T. et al. *Argentina, sociedad de masas*, p. 27. Buenos Aires, Eudeba.

Para finalizar, cabe destacar un hecho que resulta muy relevante para un historiador. La utilización de datos estadísticos elaborados o uniformados puede ser útil en ciertas ocasiones, pero hay que cuidarse de utilizarlos en forma irrestricta. En otros campos de las ciencias sociales pueden resultar válidos aquellos elaborados a posteriori para obtener conclusiones o realizar propuestas, pero un historiador tiene la obligación de analizar los problemas de los actores con los elementos que dichos actores tenían al momento de tomar sus decisiones.

En un artículo muy famoso que se utiliza desde hace años en la mayoría de las cátedras y cursos de Historia Argentina del siglo xx, elaborado por Arturo O'Connell y llamado "La Argentina en la Depresión. Los problemas de una economía abierta" (1984), se efectúa un conjunto de aseveraciones fundadas en datos estadísticos obtenidos en la revista *Económica*, publicación del Banco de la Nación Argentina. El caso es que esa revista tuvo dos épocas. La primera, en la que publicó un número mensual entre los años 1928 y 1929, y la segunda, en la que solamente salió un número en 1937 (no se indica el mes). El autor se apoya en esta última, sin mencionar detalles como el siguiente. En la página 24 del número de 1937, se indica que "es preciso aclarar que hemos creído conveniente introducir algunas modificaciones en las cifras del intercambio publicadas por la Dirección General de Estadística de la Nación". Estas modificaciones refieren a los tipos de cambio y modalidades en que se consideran las exportaciones e importaciones. Si se toma en cuenta que el producto de estas es el saldo comercial, que es una parte sustancial de la balanza de pagos, y que esta incide no solo en el nivel de reservas sino también en el nivel de la tasa de interés interna, el detalle es trascendente.

Por el contrario, la información al momento del cierre de la Caja de Conversión era diferente, lo que permitió al senador Ruza (UCR Antipersonalista), argumentar sobre la "inoficiosidad" del riesgo de cerrar la Caja de Conversión. El senador efectúa una lectura razonable. Argumenta, basándose en la revista *Económica*, que se está produciendo un traspaso de las cuentas corrientes a las cajas de ahorro, y en su lectura esto quiere decir que el capital de giro y consumo normal se está transformando en algo así como capital de ahorro. El senador debe haberse basado en el número correspondiente al mes de noviembre de 1929 de la revista, aunque si se estaba apoyando en esa publicación, omitió

algunos detalles. La revista en su primera página hace un diagnóstico un poco más oscuro que lo que pretende mostrar el senador al sostener que dicho fenómeno se basa en la expansión del crédito (y no debe omitirse el hecho de que el crédito se expande si la tasa de interés es baja, es decir, si hay mucho dinero disponible).² Si, en cambio, en manos del senador estuviera el número correspondiente a diciembre (cosa difícil de comprobar, dado que, por un lado, el senador no indica a cuál se refiere, y por el otro, es dudoso que al 12 de diciembre esté en manos del público la edición de dicho mes), podría ver que lo que dice se encuentra totalmente refutado por los datos estadísticos que publica la revista.

En pocas palabras, es imprescindible analizar los datos reales, pero también los datos que los actores tuvieron en sus manos al momento de decidir. En todo caso, este es uno de los problemas sustanciales que provocan las estadísticas, y también las prevenciones que deben guardarse.

2 La revista *Económica*, vol. 2, núm. 11, p. 205, de noviembre de 1929 dice: "El exceso de pagos bancarios en el exterior, mediante las exportaciones de metálico y el empleo de nuestras disponibilidades en otros países, ha seguido influyendo acentuadamente en octubre, como en meses precedentes, sobre el volumen del medio circulante interno. Es cierto que entre los elementos que constituyen estos últimos, solamente se observa una sensible declinación en los depósitos en cuentas corrientes; pues los billetes en manos del público son algo mayores que un año antes. Pero ello no significa que tales billetes se restaigan a los efectos de aquel fenómeno, sino que prevalecen las consecuencias del reciente desenvolvimiento bancario. En efecto, la expansión del crédito, además de compensar, por la creación de nuevos depósitos, una parte de los que se cancelan por la transferencia de fondos al exterior, colma el vacío que dejan los billetes circulantes cuando reingresan a los bancos por el mismo motivo. En consecuencia, durante el mes de octubre, de igual modo que en meses anteriores, el ensanche de los préstamos contribuye primordialmente a desplazar los resultados de los embarques de oro hacia los establecimientos de crédito".

Bibliografía

- Cornblit, O., Gallo, E. y O'Connell, A. (1965). La generación del 80 y su proyecto. Antecedentes y consecuencias. En Di Tella, T. *et al. Argentina, sociedad de masas*. Buenos Aires, Eudeba.
- Di Vittorio, A. (comp.). (2003). *Historia económica de Europa. Siglos XV-XX*. Barcelona, Crítica.
- Económica*. Revista del Banco de la Nación Argentina, varios volúmenes.
- Mendoza Rivera, H. (2002). Estadística descriptiva. En *Probabilidad y Estadística*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. En línea: <http://168.176.60.11/cursos/ciencias/2001065/html/un1/cont_102_02.html> (consulta: 16-09-2017).
- Minchinton, W. (1983). Los modelos de demanda, 1750-1914. En Cipolla, C. (comp.). *Historia económica de Europa. La Revolución Industrial*. Barcelona, Ariel.
- Mochón, F. y Beker, V. (1993). *Economía, principios y aplicaciones*. Buenos Aires, McGraw-Hill.
- Niveau, M. (1981). *Historia de los hechos económicos contemporáneos*. Barcelona, Ariel.
- O'Connell, A. (1984). La Argentina en la Depresión. Los problemas de una economía abierta. En *Desarrollo Económico*, vol. 23, núm. 92.
- Skupch, P. (1975). Deterioro y fin de la hegemonía británica en la Argentina. En Panaia, M., Lesser, R. y Skupch, P. *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, t. 2. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Spiegel, M. R. (1991). *Estadística*. Buenos Aires, McGraw-Hill.

Capítulo 7

Las fuentes no tradicionales en historia

Fabio Nigra

Los acontecimientos no tienen la consistencia
de una guitarra o de una soperá.

Paul Veyne

Desde “solo el documento” hasta “todo es fuente”

En primer lugar, corresponde establecer qué se entiende por *no tradicional*. A lo largo del tiempo, una vez superada la instancia de recopilación oral de los testimonios desarrollada por Heródoto y Tucídides y la de “tijeras y engrudos” de autoridades, tal como sostuvo Collingwood, hacer historia fue una práctica que se producía gracias a la lectura e interpretación de los llamados “documentos”. Esta idea fue consolidada durante la hegemonía del pensamiento positivista en historia (desde fines del siglo xix hasta las postrimerías de la Primera Guerra Mundial, aproximadamente), que taxativamente determinó que los únicos elementos válidos para la escritura de la historia eran aquellos textos emanados de los mismos actores que los producían (cartas, documentos oficiales, escrituras, biografías, entre otros). Detengámonos en la palabra *texto* porque era, en principio, lo relevante. Podían aceptarse monedas y hasta algún monumento, pero el eje alrededor del cual se organizaba el escrito histórico era, como sostuvo Leopold von Ranke, “el documento” escrito.

La revolución en la consideración de las fuentes surge luego de la Gran Guerra, con base en la *Revue de Synthèse Historique* –fundada en 1900–, la que había reunido una gran y amplia cantidad de intelectuales. Esta revista impulsó la publicación de un libro llamado *La Terre et L'Évolution Humaine*, escrito por Lucien Febvre con la colaboración de Lionel Bataillon. Este trabajo amplió el universo de las fuentes que se consideran válidas para la escritura de la historia al incorporar –además de las fuentes escritas– los elementos topológicos, climáticos, biológicos, botánicos, psicológicos, caminos, mapas de ideas religiosas y políticas.

Pero la gran transformación en lo que se consideraba fuente se produjo con la aparición de la revista *Annales d'histoire économique et sociale* en 1929, que generó lo que dio en llamarse la Escuela de los Annales a partir de la década de 1930, que amplió el concepto de forma tal que el límite que había establecido el positivismo se terminó. Tanto Lucien Febvre como Marc Bloch, principales impulsores de la revista, consideraron que había que abrir las fronteras de la historia al incorporar otras ciencias humanas como algo necesario. Esto generó, si se quiere, una batalla de ideas entre ellos y aquellos positivistas que acusaban a los *Annales* de practicar una mera visión subjetiva de la historia al no regirse por las leyes objetivas que determinarían la práctica de la ciencia. Lo cierto es que los representantes de la nueva forma de encarar la reflexión histórica ampliaban las posibilidades al incorporar diferentes expresiones para comprender el pasado. Además, acusaban a los positivistas de pasar por la superficie de los acontecimientos, omitiendo considerar que las fuentes se constituían, debían ser buscadas e interpretadas, conforme la hipótesis del investigador. Por ejemplo, mientras Febvre era un admirador del famoso geógrafo Vidal de la Blache, quien consideraba que el medio no era determinante en el accionar humano,

Bloch era admirador del sociólogo Émile Durkheim. Estas perspectivas determinaron una ampliación de los elementos que se consideraban importantes para entender la historia, y asimismo una reconsideración de la validez de fuentes tomadas por otras ciencias humanas, antes consideradas inválidas.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, el concepto continuó ampliándose, por cuanto Fernand Braudel propuso el desarrollo de lo que llamó la “historia total” y, gracias a ello, la incorporación de tres tiempos históricos: el corto o del acontecimiento, el medio y el largo.¹ Estos dos últimos eran posibles con la utilización de un conjunto de fuentes no tenidas en cuenta anteriormente, como las mareas o la geología, la evolución de las diferentes producciones materiales, etcétera. El siguiente paso, si se puede decir así, corresponde a la incorporación de métodos de la economía para el análisis del pasado histórico y fue efectuado por Ernest Labrousse, quien utilizó gráficos, tablas y considerable información estadística para explicar los ciclos económicos de corta y larga duración y señaló la importancia de reflexionar sobre el concepto de crisis para la explicación de determinados acontecimientos. Labrousse incorporó un conjunto de informaciones antes desechadas: precios, salarios, movimientos bancarios, producción de objetos y alimentos, exportación e importación de bienes. Pero, asimismo, esto posibilitó el desarrollo de otro tipo de análisis, vinculado al estudio de los nacimientos, muertes, casamientos, movimientos geográficos de las personas, esto es, una historia demográfica.

El siguiente paso se puso en evidencia con el trabajo colectivo *Hacer la Historia*, de 1974, compilado por Jacques Le

1 *La historia rural francesa*, título publicado por Marc Bloch en 1931, puede considerarse un antecedente necesario.

Goff y Pierre Nora. Si bien reconocían sus afinidades con *Annales*, llamaron la atención sobre el carácter diversificado de las propuestas: estudios sobre el clima, el inconsciente, el mito, la vida privada, las mentalidades, la relación entre lingüística e historia, la lectura, los jóvenes e hijos, la salud y las dolencias, la percepción de la muerte, la opinión pública, las festividades, el cine, etcétera. Las fuentes que utilizaban los autores ponían en evidencia su amplitud, ya que se trabajó con mapas meteorológicos, procesos químicos, documentos emanados por diferentes ministerios, narraciones sobre incendios, cartas de catástrofes climáticas del pasado, estudios psicoanalíticos, psicología del arte, el mito y la elaboración de su discurso, las doctrinas religiosas, estadísticas diversas, ilustraciones, caricaturas, fotografías, recetarios, dietas, escrituras de locales de ventas al por menor, menús de restaurantes, arte culinario, utensilios del servicio de mesa, sondeos de opinión pública, letreros, programas de fiestas públicas, homenajes, músicas diversas, trajes y una infinidad de “fuentes” más. En concreto, se puso en evidencia y se aceptó que, conforme lo que se quiera pensar, *todo o cualquier cosa puede ser fuente*, sin olvidar que el carácter representacional de cada fuente está cargado de intencionalidades y parcialidades.

De lo viejo a lo nuevo

Con lo antedicho, puede aventurarse la idea de que existen fuentes muy antiguas, pero que pueden ser consideradas “no tradicionales” según el tratamiento o la óptica con la que se las encare, como cierto tipo de imágenes: desde las pinturas rupestres hasta la pintura académica, desde los primeros bosquejos que representaban el territorio a la cartografía. Aunque resulte paradójico, en tanto imagen, un

mapa no ha de ser considerado exactamente igual que una pintura o una reproducción ilustrativa.

La necesidad de expresar el espacio físico que rodeaba al ser humano –para orientarse, para ubicarse o solamente para saber– tiene su antecedente más lejano en la China del siglo IV, en donde se representaron en unas tablas de madera siete mapas del Estado de Qin. Según la Asociación Cartográfica Internacional, la cartografía es el “conjunto de estudios y de operaciones científicas, artísticas y técnicas que, a partir de los resultados de observaciones directas o de la explotación de una documentación, intervienen en la elaboración, análisis y utilización de cartas, planos, mapas, modelos en relieve y otros medios de expresión, que representan la Tierra, parte de ella o cualquier parte del Universo”.² En particular, hoy hacer un mapa es considerado el hecho de concebir, preparar, redactar y realizar mapas.

En primer término, es importante tener en cuenta que toda representación tiene un determinado grado de subjetividad. Más aún si nos remontamos hacia el pasado, donde la cuestión de la *subjetividad* no se encontraba dentro del universo de lo pensable. Con esto se quiere decir que las representaciones cartográficas del pasado tenían la intención de *representar* lo que entendían que era su *realidad*. Y esa realidad era objetiva para ellos, sin dudas. Una comprobación de ello es que el hombre, en sus distintas civilizaciones, tomó noción de las relaciones topológicas que podían encontrarse entre los distintos elementos representados en los mapas. Por eso, el concepto de distancia se contemplaba y resolvía en términos de tiempo: días recorridos, días de viaje fluvial, días de navegación, etcétera.

2 Definiciones actualizadas del mismo organismo pueden consultarse en línea: <<http://icaci.org/mission/>> (consulta: 16-09-2017).

En el mapa que se muestra precedentemente se observa con claridad la perspectiva del mundo que se tenía en el siglo xvi. Si bien era claro que la Tierra era redonda, el espacio realmente existente daba cuenta de Europa, África y Oriente, cercano y lejano. Y ello sin mencionar las dimensiones que estimaron. Sin embargo, era lo más científico posible dentro de los conocimientos de la época, aunque, desde ya, cada construcción de mapa se efectuaba en beneficio de los propios intereses (los mapas griegos y los romanos, por ejemplo, se elaboraron con diferentes perspectivas).

O sea, en primera instancia, debemos considerar que para la elaboración de los mapas existe un criterio subjetivo, determinado fundamentalmente por la *perspectiva cultural* de quien lo elabora. Esto no es un dato menor, por cuanto en su construcción influyen aspectos de la cultura del que lo efectúa, máxime si esta cultura es dominante. De ello se desprende que un mapa elaborado por Estados Unidos no necesariamente representa lo mismo que uno efectuado por Ecuador o Brasil. Son comunes las protestas, por caso, de que para los mapas de habla inglesa las Islas Malvinas se denominan Falkland, y ello no es ni inocente ni casual. Por ello, no se debe dejar de lado la visión ideológica del autor. En consecuencia, es más factible que existan mapas funcionales a las necesidades de la clase dominante que a las de las clases subordinadas. Por ejemplo, Yves Lacoste sostenía en un viejo libro³ que la geografía como *instrumento de poder* implicaba que no se enseñara correctamente la lectura de mapas a los ciudadanos comunes en la escuela para que no se sepa interpretarlos y así resultara más fácil la represión de los movimientos transformadores o revolucionarios.

3 Lacoste, Y. (1990). *La geografía, un arma para la guerra*. Barcelona, Anagrama. La primera edición en idioma original es de 1976.

Como se puede ver, es útil y necesaria para mostrar “fotos” de determinados momentos históricos, pero también para poder construir la “película” de la evolución de la ocupación espacial de las personas y los poderes.

El giro lingüístico y su incidencia en las fuentes

La década de 1980 fue de reestructuración para Estados Unidos, pero de crisis económica y anomia política en Europa. Atenta a estos problemas estructurales, parte de la intelectualidad europea –y por extensión ciertos sectores de los intelectuales de Estados Unidos– venía estableciendo como lectura “progresista” que las cuestiones y los problemas de las sociedades industriales desarrolladas (o como ellos decían, “posindustriales”) eran otros. La década de 1980 observó cómo los países desarrollados, a excepción de Japón, mostraron problemas estructurales del modelo económico y político. A contramano de ellos, la potencia asiática había logrado desarrollar una fórmula de producción floreciente en base a un sistema que tuvo el nombre de la empresa que lo diseñó: el toyotismo o, en los términos de sus creadores, *just in time*.

Esto implicó que se desarrollaran reflexiones que intentaron dar cuenta de lo que estaba sucediendo, tratando de explicar por qué tanto los modelos capitalistas como el de la Unión Soviética se encontraban en crisis. La conclusión, puesta en palabras sencillas por Jean Francois Lyotard, se llamó *posmodernidad*. En su trabajo *La condición postmoderna* (1991) sostuvo que en la etapa en que vivían las sociedades posindustriales se habían acabado “los grandes relatos de legitimación”,⁴ de forma tal que el liberalismo, el marxismo

4 “Simplificando al máximo, se tiene por ‘postmoderna’ la incredulidad con respecto a los metarelatos. Esta es, sin duda, un efecto del progreso de las ciencias; pero ese progreso, a su vez, la

o cualquier otro “ismo” no podían brindar sustento explicativo a los fenómenos sociales, económicos, culturales y políticos que venían produciéndose. Con un fuerte apoyo en la lingüística y el análisis del discurso, produjo (junto a otros pensadores de esta línea) una especie de revolución en las ciencias sociales.

En la historiografía, la convulsión estructural de dichas sociedades condujo, desde principios de la década de 1970, a lo que dio en llamarse el “giro lingüístico” para el análisis de las fuentes. A partir de ello, el análisis discursivo de todo tipo de fuente determinó dejar de lado aspectos que desde otras perspectivas teóricas eran centrales, tales como la lucha de clases o la cuestión del consenso. En verdad, esta perspectiva puede ser comparada a otras, como el funcionalismo de la década de 1960, que surgió como un intento de las usinas liberales para dar batalla al importante papel que venía teniendo el marxismo en las ciencias sociales. La diferencia es que, con lo sucedido luego de Reagan, la relevancia adquirida por el posmodernismo fue determinante.

El peso de Francis Fukuyama no es producto de su gran calidad o profundidad de pensamiento, sino consecuencia de un aparato de divulgación que lo puso como el referente ideológico de los nuevos tiempos. Desde la caída del muro de Berlín y la reacción conservadora del capital más concentrado, los principales países desarrollados trazaron una estrategia de construcción de consenso basada en

presupone. Al desuso del dispositivo metanarrativo de legitimación corresponde especialmente la crisis de la filosofía metafísica, y la de la institución universitaria que dependía de ella. La función narrativa pierde sus funciones, el gran héroe, los grandes peligros, los grandes periplos y el gran propósito. Se dispersa en nubes de elementos lingüísticos narrativos, etcétera, cada uno de ellos vehiculando consigo valencias pragmáticas *sui generis*. Cada uno de nosotros vive en la encrucijada de muchas de ellas. No formamos combinaciones lingüísticas necesariamente estables, y las propiedades de las que formamos no son necesariamente comunicables”. En Lyotard, J. F. (1991). *La condición postmoderna*, p. 42. Buenos Aires, Cátedra.

la reimplantación, como única opción posible, del pensamiento liberal más ortodoxo en lo económico y del pensamiento conservador, reaccionario e individualista en lo social y político. Una herramienta destacada de esta perspectiva se basó en la idea desarrollada por Fukuyama, quien sostenía que con el derrumbe del comunismo soviético se había alcanzado el ideal hegeliano final, la idea única, el capitalismo pleno como sistema perfecto y última fase del desarrollo de la humanidad. En este punto, el discurso posmoderno resultaba mucho más progresista que el liberalismo a ultranza que se propugnó desde las universidades más liberales, como la de Chicago.

En términos historiográficos, causó sensación el análisis efectuado por Hayden White, en el libro *Metahistoria*. Allí el autor sostiene que la escritura de la historia no es un hecho científico objetivo, sino que ha de ser interpretada como una escritura, como una particular forma de narración.⁵ Esta propuesta tuvo enormes repercusiones en la historiografía, si bien puede destacarse que la base de la mayoría de los posmodernos rechaza el conflicto de clase, relegándolo a un olvido de ribetes risueños, para hacer hincapié en cuestiones de género, orientación sexual o raza en el marco de conflictos individuales y no grupales. En Estados Unidos, como un ejemplo, podría asegurarse que dio sustento a lo que hoy se llama comúnmente lo “políticamente correcto”.

5 Valga el siguiente ejemplo: “Es obvio que el relato histórico imputa, no solo un significado ‘narrativo’ general a los eventos históricos, sino diferentes tipos de significados dependiendo la trama-tipo genérica utilizada para transformar lo que podría ser de otra manera solamente una ‘crónica’ en un tipo específico de relato. Esto es decir que las consideraciones narrativas pueden decirse que explican los eventos reales representándolos como poseyendo la coherencia de tipos genéricos de trama (épica, comedia, tragedia, romance, pastoral, farsa y demás). En otras palabras, los narradores históricos a menudo pretenden encontrar en los eventos sobre los que hablan las formas de uno u otro de los modos de argumentación típicamente encontrados en los diferentes géneros de ficciones artísticas, mitos, fábulas y leyendas”. En White, H. (2010). El fin de la historiografía narrativa. En *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*, p. 81. Buenos Aires, Prometeo.

Toda la explicación precedente tiene su justificación en la idea de que se ha producido una transformación sustancial en la conceptualización de lo que hoy denominamos *fuentes históricas*. El estructuralismo de la década de 1960 elevó el concepto *discurso* a un nivel de análisis principal. En líneas generales, puede asumirse que esta perspectiva teórica lo entendió como el proceso de interacción social gracias al cual se construyen y circulan los sentidos que se elaboran por los agregados o grupos sociales. De esta forma, se concibe el concepto de discurso como *el acto de producir sentido* y, a la vez, *su expresión comunicativa*. Por ende, desde esta perspectiva, toda elaboración humana puede entenderse como *texto* (entonces, todo tipo de fuente es un texto a analizar). La discursividad, por ello, es un proceso en el que se consideran las múltiples interacciones que se producen al circular distintos textos y lenguajes (entendidos no como lenguas de países, sino como modalidades de emisión: la literatura, el cine, la televisión, la radio, la pintura, etcétera).

Sin perjuicio de que existen no menos de tres líneas de interpretación al respecto de la producción de sentido,⁶ puede asumirse que el discurso es un acto de comunicación, de tipo social, que se basa en la articulación de diversos medios o soportes para producir textos “leíbles” o “traducibles” a elementos lingüísticos. Asimismo, toda producción de sentido es eminentemente social, y necesariamente todo fenómeno social es un proceso de construcción de sentido. Por ello, Eliseo Verón sostiene que “solo en el nivel de la discursividad el sentido manifiesta sus determinaciones sociales y los fenómenos sociales develan su dimensión significativa”. Por ello, trabajar en el análisis de los discursos sociales permite garantizar el estudio de “la construcción social de lo real”

6 Como una aproximación, pueden citarse las teorías de Hjelmslev, Peirce y Greimas, pero también hay otras, como las de Eco o Fabbri.

(1998: 126). Y esto es así porque cualquier fragmento de comportamiento social de alguna forma implica algún tipo de sentido (1995: 46).⁷

¿Ello quiere decir que entendiendo toda producción, todo acto como discurso se cierra el panorama? No. El discurso construye el sentido, necesario e imprescindible para la significación de la realidad. Pero la realidad es una cuestión cognitiva y perceptiva que se aplica sobre los cuerpos. Los muertos por un bombardeo *no son discurso*, pero la significación e interpretación de ese bombardeo y esos muertos *sí son discurso*. La explotación de un capitalista a un trabajador *no es discurso*, pero las explicaciones que garantizan la continuidad y la naturalidad de la explotación *sí lo son*.

En suma, el giro lingüístico permitió que toda fuente sea “texto”, y por ello, interpretable como construcción específica de sentido.

Las fuentes como textos

El siglo xx ha permitido la reproductibilidad técnica de las imágenes y los sonidos sin límites, tal como puntualizó en su oportunidad Walter Benjamin (2009) sobre las obras de arte. Nótese que la cuestión discursiva abarca hasta la cartografía. Tal como sostiene un autor:

Para abordar el aspecto comunicacional del mapa es preciso establecer algunas nociones previas del mapa como lenguaje, en este sentido la equivalencia del

⁷ Y es que en la producción de sentido no se trata de objetos significantes homogéneos: “En los discursos sociales, hay siempre diversas materias y por lo tanto diversos niveles de codificación que operan simultáneamente: imagen-texto; imagen-palabra-texto-sentido; palabra-comportamiento-gestualidad, etcétera. Esos ‘paquetes’ significantes complejos son los que recorren las redes sociales de sentido” (1995: 47).

mapa y del lenguaje ha sido explorada por Neytchev de forma muy interesante: una palabra o porción de una oración es el equivalente a un signo cartográfico recogido en la leyenda, una oración es el conjunto de signos localizados en la superficie del mapa, un conjunto de oraciones (una composición literaria) equivale a la comunicación cartográfica contenida en un mapa. En otras palabras, el autor de un mapa construye oraciones cartográficas, su contenido exhibe las características cualitativas y las relaciones que hacen posible reconocer el contenido semántico que hace posible reconocer, de una manera guiada, fragmentos de la realidad, objetos o los fenómenos que ocurren en la naturaleza.

Este argumento, aparte de situarnos en la pista de cómo construir bases de datos georreferenciadas, nos pone de manifiesto que la cartografía trasciende el ámbito informativo para imbuirse en el plano de la comunicación. Con los mapas podemos decir algo sobre las “cosas”. Es el resultado del proceso de concepción de una imagen mental del mundo que quiere transmitir el cartógrafo.⁸

Esto implica una consecuencia lógica: la implantación de normas de representación para confeccionar mapas descansa en el descubrimiento de la forma en la que un determinado grupo visualiza el entorno. Por ende, y siguiendo el camino lógico que se viene desarrollando, desde esta perspectiva todo acto de comunicación (hasta un mapa) puede entenderse como *texto*. En este punto ingresa

8 Del Río San José, J. ¿Son objetivos los mapas? En línea: <<http://www.orbemap.com/2007/02/son-objetivos-los-mapas.html>> (consulta: 16-09-2017).

lo que puede ser llamado el *discurso de la historia*. Según Roger Chartier, se pusieron en evidencia las dimensiones retórica y narrativa de la historia gracias al llamado de atención de tres obras relevantes, como las de Paul Veyne (1984), Michel de Certeau (1993) y Hayden White (1992). De esta forma:

El cuestionamiento de esa epistemología de la coincidencia y la toma de conciencia sobre la brecha existente entre el pasado y su representación, entre lo que fue y lo que no es más, y las construcciones narrativas que se proponen ocupar el lugar de ese pasado, permitieron el desarrollo de una reflexión sobre la historia entendida como una escritura siempre construida a partir de figuras retóricas y de estructuras narrativas que también son las de la ficción. De ahí deriva la cuestión principal en que se basó el diagnóstico de una posible ‘crisis de la historia’ en los años 1980 y 1990 del siglo pasado. (Chartier, 2007: 22)

En el fondo, todo hace suponer que existe un “culpable” de esta eventual crisis, y no es otro que Roland Barthes. Los tres historiadores mencionados hacen referencia –directa o indirectamente– a este autor, ya que es el primero que se puso a pensar no en cuestiones de método o el uso crítico de fuentes, sino en cómo los historiadores planteaban la representación del pasado. En su relevante artículo “El discurso de la historia” de 1967, trabajó aspectos de la enunciación de la historia, de cómo se construye el enunciado y, en particular lo que aquí interesa, la manera de significar. En este último apartado es donde claramente se desnuda el hecho de que el historiador, por lo menos en nuestra civilización y en el proceso de significación, “recopila menos hechos que significantes y los relaciona, es decir, los organiza con el fin

de establecer un sentido positivo y llenar así el vacío de la pura serie” (Barthes, 1987: 174). Sostiene Barthes que:

El discurso histórico es esencialmente elaboración ideológica, o, para ser más precisos, imaginario, si entendemos por imaginario el lenguaje gracias al cual el enunciante de un discurso (entidad puramente lingüística) “rellena” el sujeto de la enunciación (entidad psicológica o ideológica). Desde esta perspectiva resulta comprensible que la noción de “hecho” histórico haya suscitado a menudo una cierta desconfianza. Ya decía Nietzsche: “No hay hechos en sí. Siempre hay que empezar por introducir un sentido para que pueda haber un hecho”. A partir del momento en que interviene el lenguaje (¿y cuándo no interviene?) el hecho solo puede definirse de manera tautológica: lo anotado procede de lo observable, pero lo observable –desde Heródoto, para el que la palabra ya ha perdido su acepción mítica– no es más que lo que es digno de memoria, es decir, digno de ser anotado. (1987: 74)

Vale detenerse a analizar la relevante cantidad de problemas lanzados. En primer lugar, para Barthes lo imaginario resulta algo íntimamente vinculado a lo ideológico, en tanto el enunciador de un discurso (en nuestro caso, el historiador) se ve en la obligación de “rellenar” al sujeto de la enunciación (que sería el caso estudiado y sobre el cual escribe), que es una entidad que puede ser ideológica o psicológica. (Discutir las precisiones del concepto de ideología requeriría un trabajo de una extensión que excedería el objeto del presente trabajo, y no será tratado).

El sujeto de la enunciación, aquí, es el “hecho” histórico, y el historiador debe *rellenar* lo que las fuentes no muestran, marcan o dicen. Es notorio que haya sido Barthes quien

advirtiera que un acontecimiento o hecho se compone de tantos microhechos que suceden en el mismo instante que la narración o descripción de ese acontecimiento deba necesitar del agregado de elementos que no constan en la fuente histórica, y esa es la tarea de “relleno” que propone. Entones, se desprende de su escritura que el sujeto de la enunciación es ideológico en tanto que el que lo narra debe conceptualizar, desde su perspectiva del mundo, lo que no es otra cosa que una abstracción (el “honor” de un monarca, la “valentía” de un soldado, la “explotación” de un obrero, etcétera). Ello sin perjuicio de mencionar al paso que la labor del historiador requiere de preguntarse claramente qué y cómo es lo que se pregunta y qué elementos deben componer la “imaginación histórica”, tal como en su oportunidad mencionó Collingwood (2011).

Aquí cobra una profunda dimensión lo destacado por Nietzsche, ya que la abstracción que observa en el historiador es el sentido, lo significado. Lo “digno de ser anotado” se hace luego de que quien anota advierte que posee sentido, pero ese sentido es introducido por el que anota. Por eso Barthes insiste en que el “hecho no tiene nunca una existencia que no sea lingüística”, aunque se lo haga figurar como si esa existencia no fuera más que “la ‘copia’ pura y simple de otra existencia, situada en un campo extra-estructural, la ‘realidad’” (1987: 174). Y gracias a este tipo de operaciones, la historia se pretende objetiva porque oculta que la realidad referida no es otra cosa que “un significado informulado, protegido por la omnipotencia aparente del referente” (1987: 175), esto es, la fuente supuestamente inobjetable. El resultado es el *efecto de realidad* del discurso histórico, ya que este, para Barthes, no concuerda con la realidad, sino que solamente la *significa*. Este conjunto de elementos le permiten decir a Michel de Certeau que “toda producción de sentido da testimonio de un acontecimiento que ocurrió y que la ha permitido” (1993: 60).

De Certeau no hace más que seguir a Barthes cuando refiere al uso de la materia prima del historiador por cuanto, para él, el discurso del historiador se establece como un *saber del otro*. Esto es así porque se construiría de acuerdo a una problemática de proceso, “o de cita”, capaz de atraer un lenguaje referencial que es lo que actúa como realidad y “de juzgarlo bajo el título de un saber”. De esta forma, concluye algo similar a lo planteado por Barthes, porque aquello que es citado (el lenguaje referido de la fuente) tiene la responsabilidad de acreditar el discurso, y como es referencial “introduce cierto efecto de lo real; y por su fragmentación, nos remite discretamente a un lugar de autoridad” (1993: 110).

La música popular, las canciones y los cantos en manifestaciones

Es sabido que la antropología y las letras, en tanto campos disciplinares, han trabajado ya con las diferentes expresiones musicales mucho antes de que los historiadores asuman la posibilidad de entenderlas como fuentes. Sin perjuicio de que existen abordajes desde el mismo campo musical, en términos académicos debe asumirse la realidad de que las expresiones musicales, en particular las destinadas al gran público o “populares”, expresan cuestiones de la época de su creación. Eso les da un doble sentido, cultural e histórico, que puede ser incorporado al análisis de cualquier proceso sociohistórico.

Esto es posible porque –pese a poder realizarse una crítica interna de la expresión musical y también de las intenciones subjetivas del o los compositores en lo que hace a su sentido social, ideológico e histórico– la obra musical se constituye en convenciones culturales que, al decir de Marcos Napolitano:

[...] permiten analizar una red de escuchas sincrónicas y diacrónicas de la obra: sincrónica, porque tiene un espacio o tiempo de nacimiento y circulación original; diacrónica porque al formar parte del patrimonio cultural, permitirá su transmisión y reproducción a lo largo del tiempo, de forma tal que podrá regenerarse el sentido ideológico, social o cultural. (2011: 259)

Ello debe advertirnos sobre la importancia de la letra de la canción en sí misma o de su sentido histórico-cultural y sobre la implicancia de la música utilizada para reforzar tal sentido, sin perjuicio de tomar como referencia central las connotaciones sociales, ideológicas y políticas que pretende transmitir. Estos elementos deben ser atendidos cuidadosamente para no caer en anacronismos tales como interpretar una palabra con el sentido actual o posterior. Valga por caso el sentido de la palabra *gorila*: obtenida de un bolero popular que se transmitía por la radio, se utilizó originariamente como una forma de representar el pensamiento o a las personas antiperonistas; luego de la dictadura instalada a partir de 1976, el concepto se extendió socialmente hacia casi cualquier persona o expresión ideológica de derecha o contraria a los intereses de los sectores populares, con independencia de la expresión partidaria.

El folklore argentino y el tango tienen canciones fuertemente cuestionadoras, como “El arriero” de Atahualpa Yupanqui o “Cambalache” de Enrique Santos Discépolo. Pero también deben sumarse a la lista las provenientes del llamado *rock* nacional, que con el tiempo fue constituyéndose como un medio de expresión de la visión de los jóvenes.

Uno de los casos más evidentes y conocidos es la canción “Solo le pido a Dios”, de León Gieco, la que gracias a las fuertes sensaciones desatadas por la Guerra de Malvinas (1982) cobró tal vitalidad y tal capacidad expresiva que

logró reflejar los sentimientos de una generación de jóvenes y extenderse a amplias capas de la sociedad. Pero no es la única. “Canción de Alicia en el país” o “José Mercado”, de Serú Girán, muestran claramente el posicionamiento crítico de los integrantes del grupo hacia la política y la economía del Proceso de Reorganización Nacional. Ello sin dejar de mencionar el impresionante trabajo de Sui Géneris, *Pequeñas anécdotas sobre las instituciones* (1974), con dos canciones censuradas por el gobierno de María Isabel Martínez de Perón en 1975, “Botas locas” y “Juan Represión”, por sus letras explícitamente cuestionadoras; sin olvidar, en el mismo disco, las surrealistas “Tango en segunda” y “El show de los muertos”, donde se dice con claridad simbólica lo que estaba pasando en el país. Una canción un poco más críptica, pero que puede ser claramente leída en la clave de la represión imperante, fue “Hipercandombe” de La Máquina de Hacer Pájaros. Pero no solo la política y la economía pueden ser encontradas en las fuentes musicales. La canción “La bengala perdida”, de Luis Alberto Spinetta, es una bella y dolorosa expresión poética de la violencia en el fútbol.

Los cantos en las movilizaciones populares y en la cancha de fútbol también puede ser tomados dentro de este espacio, por cuanto, como sostiene Pozzi, “son un derivado de tradiciones, una imagen del mundo y construcciones netamente populares, e inclusive que en estas tradiciones el poder pasa por la voz” (2011: 245-261). Es cierto que para la crítica de estas particulares fuentes se hace necesario trabajarlas con un marco teórico amplio y no usual en historia, ya que debe remitirse a los análisis de Raymond Williams y E. P. Thompson en lo que hace a la “cultura ordinaria” y su visión del mundo específica. Como indica Pozzi, “la música, los ritmos, la estructura y los contenidos abrevan en el ‘sentido común’, o sea en esa ‘cultura ordinaria’ a la que se refirió Williams” (2011: 245-261). De esta forma, gracias

a los cánticos se interpela a los oyentes afirmando un “nosotros”, revelando la relación dinámica entre experiencia, conciencia y lenguaje, y poniendo en evidencia estructuras de sentimiento que conforman tradiciones para explicar las luchas populares de la Argentina.

La imagen como texto y como fuente

Como se indicó más arriba, el siglo XX se constituyó, gracias a los medios técnicos de captación y reproducción, en lo que ha dado en llamarse *el siglo de la imagen*. Mucho más allá de la pintura o la iconografía, y tal como se analizó precedentemente con el caso de los mapas, las imágenes en su sentido más amplio se han constituido en nuevas fuentes, pero entendidas como textos: la fotografía, el cine, la historieta, los videoclips y la televisión no podrán ser evitadas por parte de los historiadores del siglo XXI. Es preciso evitar el error que destaca Peter Burke cuando sostiene que los historiadores, en general, suelen tratar a las imágenes como meras ilustraciones, reproduciéndolas en sus libros casi sin comentarios al respecto (2005: 12).⁹ Como sostiene Burke:

Las imágenes son testigos mudos y resulta difícil traducir a palabras el testimonio que nos ofrecen. Pueden haber tenido por objeto comunicar su propio mensaje, pero no es raro que los historiadores hagan caso omiso de él para “leer entre líneas” las imágenes e interpretar cosas que el artista no sabía que estaba diciendo. Evidentemente semejante actitud comporta

9 El libro *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico* realiza un amplio estudio de los diferentes tipos de imágenes producidas a lo largo de la historia, y si bien no se desarrolla aquí ampliamente su valor, debe dejarse aclarado que resulta una lectura clave para quien pretenda efectuar un análisis especial de las imágenes.

graves peligros. Es preciso utilizar las imágenes con cuidado, incluso con tino –lo mismo que cualquier otro tipo de fuente– para darse cuenta de su fragilidad. (2005: 18)

En caso de hacerlo, es cierto que los investigadores encuentran problemas para trabajar con una fuente para la que todavía no se ha creado un sistema de interpretación cerrado (De las Heras, 2008: 66). Esto es así ya que, siguiendo a Martine Joly, debemos entender la imagen como algo que “se vale de ciertos rasgos visuales y depende de la producción de un sujeto. Imaginario o concreto, la imagen pasa por alguien que la produce o la reconoce” (2009: 17). Esta autora destaca que para el análisis de las imágenes es correcto efectuar un análisis semiótico, ya que han de ser concebidas como un modo de producción de sentido, gracias a lo cual producen significaciones y, por ende, interpretaciones (2009: 18). Si bien puede efectuarse el trabajo desde la perspectiva de Ferdinand de Saussure, también existe otro modelo de análisis semiótico: el de Charles S. Peirce. En cualquier caso, queda claro que la imagen es algo que se asemeja a otra cosa, y por ello, si se la percibe como *representación*, esto quiere decir que se la ha de interpretar como *signo*. Pero es un signo analógico por cuanto la semejanza es su principio de funcionamiento.

Sin embargo, en una línea similar a la de Burke, debe tenerse en cuenta que puede producirse una confusión entre percepción e interpretación, porque reconocer algún motivo no significa que se haya comprendido el mensaje de la imagen, ya que “el motivo puede tener una significación particular ligada con su contexto interno como con el de su aparición, con la expectativa y con los conocimientos del receptor” (2009: 48). Sobre este último punto, también es importante trabajar con los conceptos analizados por Jacques

Aumont (1992: 84) y Pierre Sorlin (2004), en los que se desarrollan amplias perspectivas para intentar un abordaje profundo y complejo de las imágenes. Esto nos informa que mirar y analizar una imagen no es lo mismo, y que debemos cuidarnos de un conjunto de restricciones y problemas que no son usualmente transparentes para un historiador de formación normal y tradicional. Aun en un mensaje que a primera vista aparenta ser totalmente realista (como una foto de un diario, por ejemplo), existe una cantidad importante de trasposiciones de lenguajes y sentidos.

Roland Barthes –quien también se dedicó a conceptualizar las imágenes– se planteó un método operativo que aún sigue teniendo validez. Se propuso, a partir de significados, encontrar los significantes para analizar los signos que componen la imagen. De esta forma, demostró que la imagen está compuesta de signos de distintos tipos: lingüísticos, icónicos, plásticos que convergen en la formulación de una gran significación global e implícita (1989). Pongamos por caso una fotografía. Las que podríamos llamar antiguas –desde los daguerrotipos hasta las tomadas durante la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo– tienen un conjunto de problemas que deben ser tenidos en cuenta al trabajar con ellas. En primer lugar, la construcción de la serie, ya que muchas veces no solamente no se conoce a los que aparecen retratados, sino que tampoco a los que las tomaron. Esto restringe bastante la capacidad analítica, y por ello hay que extremar la capacidad crítica de su mensaje.

Por otra parte, debemos tener en cuenta que una imagen nunca es inocente. Hay una persona que tomó la decisión de hacerla en ese momento, en ese lugar, con ese encuadre, con esa luz, etcétera. Burke nos recuerda que antes de 1890 los fotógrafos componían las escenas, diciendo dónde debían colocarse las personas y la actitud que debían adoptar (2005: 28). Por ello, hay una construcción en una foto

que muchas veces recibimos de manera acrítica, y la mayor parte de las veces “leemos” con el resultado que intencionalmente pretendía el que la efectuó. Por caso, y muy notorias, son las fotos que se colocan en las tapas de los diarios, donde hoy por hoy queda claro que la direccionalidad política es evidente.

Con todo esto se quiere decir que una fotografía de diario no es meramente informativa, como un cartel de una calle, sino que tiene un objetivo preciso y fue tomada con una intencionalidad específica. Entonces es una fuente, pero nada inocente, como podría suponerse a priori. De ello se puede concluir con Burke que las fotografías en sí mismas son algo histórico y que la interpretación crítica de las mismas debe utilizar herramientas semióticas y discursivas para su interpretación. Valga como ejemplo el hecho de que cierta perspectiva, con fuerte impronta ideológica, considera que una manera de plantear una imagen se sostiene en un sistema de representación instaurado en cierto momento histórico, por lo que no constituye una visión objetiva del mundo, sino una representación que un determinado grupo social elaboró de él, sostenido en ciertas estructuras mentales, por decirlo de alguna forma. Esto quiere decir que, por ejemplo, el código de una perspectiva –pictórica, fotográfica, etcétera– es una realidad histórica. Como sostienen los miembros del colectivo *Cinéthique*:

La perspectiva, así como el espacio, no es una realidad estable, exterior al hombre. De hecho, no existe una perspectiva, sino perspectivas cuyo valor absoluto es equivalente y que se constituyen siempre que un grupo de individuos coincide en atribuir a un sistema gráfico un valor de análisis y de representación estable, exactamente como cuando se trata de un alfabeto. (Xavier, 2008: 202)

De esta forma, y tomando algunas de las perspectivas establecidas por Beatriz de las Heras, una fotografía puede servir específicamente como fuente para el análisis de la historia, pero también, debido a las particularidades de la elaboración del registro fotográfico, puede ser un elemento para manipular la historia (algo así como un documento escrito elaborado específicamente para denostar o elevar a alguien que no lo merece). Como el caso de las sucesivas modificaciones de las fotos de la Revolución Rusa, en las que, a medida que iban cayendo en desgracia los hombres que participaron, también “desaparecían” de las mismas fotos; o como fuente para otra fuente visual, como las fotos de Frank Capra con los sobrevivientes del desembarco en el Día D. Finalmente, debe destacarse el hecho de que por sus particularidades comunicativas una foto puede decir una cosa para sus contemporáneos y otra cosa para las generaciones posteriores, ya que, como sostiene De las Heras, existe un “conjunto de informaciones que no se desprenden de la propia fotografía y que el lector añade a través de su experiencia” (2008: 73).

La misma lógica debe aplicarse con los cómics o historietas. Son elaboraciones artísticas (aquí no se entrará en la discusión de si son un arte menor o no) que surgen en una época y con un discurso específico. Con esto último se quiere decir que tienen un posicionamiento político –la antipolítica o la apoliticidad de cualquier expresión también es postura política–, social, de género, etcétera (Martini, 2003 y Angelomé, 2003). Desde la historieta *300* o las sagas de los superhéroes, todas tienen una perspectiva doble. Por un lado, el contexto de producción histórico en que surge ese texto y, por el otro, lo que hay por debajo, presentado en forma subterránea, de esa misma historia. Ambos elementos deben ser contemplados y criticados por el historiador para elaborar un análisis de la sociedad en la que se insertan.

Finalmente, los filmes y los videoclips. En este caso, y sin entrar en la discusión sobre qué tipo de escritura de la historia podría lograrse con un lenguaje no escrito, una película o un clip, deben ser también considerados como fuente. Marc Ferro ha establecido que el cine –por su capacidad tanto de reflejar como de interpretar, reproducir y representar la realidad– se constituye no solo como documento histórico, sino que también se convierte en un agente activo de la historia de la sociedad que la recibe y, a la vez, la produce. De ahí la relevancia y necesidad de poder interpelar estos textos en el doble rol que le asigna este autor y relacionarlos con la coyuntura histórica que los rodea, encuadra y moldea. Por caso, sus análisis del cine soviético parten desde estas premisas para reflexionar sobre lo que informa de la sociedad, la política o la cultura en la Unión Soviética (1995).

Esto genera algunas cuestiones de método que es necesario precisar. En primer término, un filme o clip es más que una fotografía, porque permite varios tipos de abordaje. Se puede estudiar el mensaje como una totalidad, considerando no solamente los parlamentos de los actores, sino también los encuadres, los colores, la música, la iluminación. Pero también, por cierto, se puede encarar la historia sostenida en las imágenes o los parlamentos, que en más de una ocasión son una fuente en forma autónoma. Dos casos muy interesantes de lo aquí expuesto son los clips de las canciones “Russians” (“Rusos” en español) de Sting, en una Gran Bretaña inmersa en medio de la Guerra Fría entre la Unión Soviética y los Estados Unidos de América, y “Land of Confusion” (“Tierra de confusión” en español) de Genesis, en la que cuestionan con dureza el mundo en que se encontraban. Esta última canción forma parte del disco *Invisible Touch*, editado en el año 1986, durante la segunda presidencia de Ronald

Reagan. El video fue realizado con las mismas marionetas que se utilizaban en el programa de la televisión británica *Spitting Image* –algo así como *The Muppet Show*–, la letra fue escrita por el guitarrista Mike Rutherford y la música fue compuesta por la totalidad de la banda (Collins y Banks, junto a Rutherford). En la misma se invocan las tensiones no solo de la Segunda Guerra Fría durante la década del 1980, sino también las posturas de *cowboy* de Reagan contra las personalidades mundiales consideradas parte del “Imperio del mal”, mientras se presentan figuras de la política internacional mezcladas con figuras de ficción, como Rambo.



Aquí se ve a Ronald Reagan junto a su esposa Nancy, y en el medio de ambos un gorila, que es sustancialmente el mensaje que pretendían dar sobre su política internacional; luego lo disfrazan de Superman y, finalmente, de un vaquero que cabalga sobre un animal prehistórico, como imagen de que su política exterior era manejada como lo hacían en el lejano y salvaje Oeste, con la ley de los hechos consumados.



En la imagen precedente, por dar un último ejemplo, se representa a Margaret Thatcher, comparada luego con un buitre. Es por ello que funciona como una fuente que expresa el disconformismo del mundo violento y sin límites en el que sentían vivir, mientras llamaban a los jóvenes a cambiar las cosas. Y estas palabras no acaban con su análisis, por supuesto.

Un problema mayor puede generarse cuando se toma una película de tipo documental. Rosenstone ha destacado que el documental “nunca es el reflejo directo de la realidad, es un trabajo en el que las imágenes –ya sean del pasado o del presente– conforman un discurso narrativo con un significado determinado” (1997: 35). Como aclara el autor, no se ven los hechos tal como sucedieron, sino que resultan ser imágenes seleccionadas por el autor, tomadas con cuidado para mostrar un punto de vista o elaborar un relato. Tal es el caso del trabajo de Mariana Piccinelli (2013) al analizar *Standard Operating Procedure*, dirigida por Errol Morris en el año 2008, y *Control Room*, producida por Jehane Noujaim en el 2004. Ambas películas son documentales y relatan sucesos acontecidos en la invasión y ocupación de Irak en el año 2003. Una primera y aproximativa conclusión a la que llega Piccinelli es que, si bien el abordaje es distinto, ambos

filmes evidencian constantes en torno a la retórica militar, la justificación de la presencia norteamericana en territorio iraquí y una postura del ejército con relación a la captura de la realidad en imágenes y su difusión. En consecuencia, podrían ser fuentes históricas en tanto sean tratados como tales y no como información bibliográfica al respecto.

Esto abre la discusión de que tanto los *filmes* comerciales con pretensiones de contar historia como los documentales o, asimismo, los productos emanados por la televisión portan una tensión que va de la evidencia a la representación. Como dice Napolitano:

Sin dejar de ser representación construida socialmente por un autor, por un grupo social o por una institución cualquiera, la fuente es una evidencia de un proceso o de un evento sucedido, cuyo establecimiento de lo dado en bruto es apenas un comienzo de un proceso de interpretación con muchas variables. (2011: 240)

Como bien destaca este autor citando a Alcides Ramos, una película histórica es un “espía de la cultura histórica de un país, de su patrimonio histórico”. En consecuencia, es una fuente, pero que debe ser trabajada con un adecuado marco teórico para su análisis.

Otra serie de problemas surge al tomar como fuente la programación de la televisión, aunque es cierto que cualquier producción de este tipo está indisolublemente ligada a la lógica comercial y de espectáculo inmediato que el medio impone. Es más que claro que las producciones televisivas deben ser enmarcadas conociendo previamente el contexto cultural en el que las expresiones verbales, musicales y visuales se generan. Por caso, no nos informa lo mismo una telenovela como *Rolando Rivas, taxista* que *Amo*

y *Señor*, ya que en el medio transcurrió la dictadura más salvaje y feroz de la que se tenga memoria en la Argentina.

Para finalizar, considero importante destacar algo sobre el uso de las fuentes. Si bien el universo de lo que puede considerarse fuente surge de la investigación, el método y el planteamiento teórico del historiador, no alcanza con hacer una lectura superficial y trasladar lo que se supone que son sus datos al texto narrativo. O, como decía Collingwood, “los historiadores de ‘tijeras y engrudo’ estudian períodos; recopilan todos los testimonios existentes sobre cierto grupo limitado de acontecimientos y aguardan en vano a que algo salga de aquello”. En cambio, postula –y no puedo menos que concordar con él– que los historiadores científicos, “serios” diríamos, plantean preguntas a las cuales ven la manera de responder. Hay que usar las células grises, dice, porque “no es posible recopilar pruebas antes de empezar a pensar”, porque pensar significa hacer preguntas, ya que nada es prueba como no sea en relación con alguna pregunta definida (2011: 366-367). En pocas palabras, primero, antes de buscar las fuentes, debemos tener un problema histórico y una hipótesis de trabajo. Luego, a trabajar.

Bibliografía

Angelomé, F. (2013). La cultura de masas y la crisis imperial. Un estudio de caso de los cómics, Watchmen y Batman: *Return of the Dark Knight*. Ponencia presentada en las XVI Jornadas Interescuelas, Departamento de Historia. Mendoza.

Aumont, J. (1992). *La imagen*. Barcelona, Paidós.

Barthes, R. (1987). *El susurro del lenguaje*. Barcelona, Paidós.

_____. (1989). *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*. Barcelona, Paidós.

_____. (1999). *Mitologías*. Buenos Aires, Siglo XXI.

- Benjamin, W. (2009). *Estética y política*. Buenos Aires, Las Cuarenta.
- Burke, P. (2005). *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona, Crítica.
- Chartier, R. (2007). *La historia o la lectura del tiempo*. Barcelona, Gedisa.
- Collingwood, R. G. (2011). *Idea de la historia*. México, Fondo de Cultura Económica.
- De Certeau, M. (1993). *La escritura de la historia*. México, Universidad Iberoamericana.
- De las Heras, B. (2008). Historia e imagen. La fotografía y el cine como herramientas de trabajo para el historiador. En Camarero, G., De las Heras, B. y De Cruz, V. (eds.). *Una ventana indiscreta. La historia desde el cine*. Madrid, JC y Universidad Carlos III.
- Del Río San José, J. ¿Son objetivos los mapas? En línea: <<http://www.orbemapa.com/2007/02/son-objetivos-los-mapas.html>> (consulta: 16-09-2017).
- Duby, G. (1990). *Atlas histórico mundial. La historia del mundo en 317 mapas*. Madrid, Debate.
- Ferro, M. (1995). *Historia contemporánea y cine*. Barcelona, Ariel.
- Joly, M. (2009 [1999]). *Introducción al análisis de la imagen*. Buenos Aires, La Marca.
- Lacoste, Y. (1990). *La geografía, un arma para la guerra*. Barcelona, Anagrama.
- Lyotard, J. F. (1991). *La condición postmoderna*. Buenos Aires, Cátedra.
- Mapamundi del *Atlas de Ortelius* (1527-1598) editado a partir de los conocimientos de Ptolomeo y del *Orbis Terrarum* romano, siglo XVI.
- Martini, D. (2013). Del cómic al cine. Transposición y discurso ideológico en Hollywood luego de los atentados del 11-S. Ponencia presentada en las *XIV Jornadas Interescuelas*, Departamento de Historia. Mendoza.
- Napolitano, M. (2011). A história depois do papel. En Bassanezi Pinsky, C. (org.), *Fontes Históricas*. San Pablo, Contexto.
- Piccinelli, M. (2013). Los norteamericanos en guerra: la visión fílmica sobre la guerra actual. Ponencia presentada en las *XIV Jornadas Interescuelas*, Departamento de Historia. Mendoza.

- Pozzi, P. (2011). Consignas, historia y oralidad: los cánticos en las movilizaciones argentinas. En Necochea Gracia, G. y Torres Montenegro, A., *Caminos de historia y memoria en América Latina*. Buenos Aires, Imago Mundi-RELAHO.
- Rosenstone, R. (1997). *El pasado en imágenes. El desafío del cine a nuestra idea de la historia*. Barcelona, Ariel.
- Sorlin, P. (2004). *El "siglo" de la imagen analógica. Los hijos de Nadar*. Buenos Aires, La Marca.
- Verón, E. (1995). *Semiosis de lo ideológico y del poder. La mediatización*. Buenos Aires, Secretaría de Extensión Universitaria de la Universidad de Buenos Aires.
- _____. (1998). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Buenos Aires, Gedisa.
- Veyne, P. (1984). *Cómo se escribe la Historia*. Madrid, Alianza.
- White, H. (2010). *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Buenos Aires, Prometeo.
- _____. (1992). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Xavier, I. (2008). *El discurso cinematográfico. La opacidad y la transparencia*. Buenos Aires, Manantial.

Capítulo 8

Entrevista a Miquel Izard

La historia es un instrumento del poder

Yolanda Blasco Martel

Miquel Izard es Doctor de la Universidad de Barcelona. Su historia personal y académica está muy ligada a la trayectoria de aquellos luchadores antifranquistas que vivieron en carne propia las represalias del régimen. Catalán no nacionalista, americanista y sobre todo un ser humano entrañable, es conocido aquí y allí por sus trabajos sobre todos aquellos que la historia oficial ha subestimado durante años. Prolífico en sus escritos, son de destacar *Manufactureros, industriales y revolucionarios*; *El miedo a la revolución: la lucha por la libertad en Venezuela*; *Tierra firme: historia de Venezuela y de Colombia*; y *Orejanos, cimarrones y arrojados*, entre otros. Sin embargo, lo más destacable de este hombre es su infatigable empeño por no dejar que se apague el placer de enseñar. Es, posiblemente, un ejemplo de los maestros del pasado sin la corte de acólitos de los maestros del presente.

Desde Manufactureros, industriales y revolucionarios a la Leyenda apologética y legitimadora, tu trayectoria va de la historia de Cataluña a la historia de América Latina. ¿Cómo se da esa evolución?

Cuando en 1966 el franquismo me expulsó de la Universidad de Barcelona tuve la posibilidad de irme a Venezuela, a la Universidad de los Andes, y la aproveché. Este salto oceánico contribuyó, primero, a que me dedicara más intensamente a la historia de América, y también a que me planteara con más rigor qué es la historia. Estos replanteos llevaron, por una parte, a que fuera, y perdón por decirlo así, más crítico con lo que es la historia; a que cada vez me convenciera más de que la historia es poca cosa más que un engaño, una falacia, y luego a que empezara a interesarme por aquellos por los que no se interesa la historia. Empecé trabajando alrededor de la Guerra de la Independencia de Venezuela. Ahí me di cuenta de que lo que pudo haber ocurrido (que nunca lo sabremos) no tuvo nada que ver, pero absolutamente nada que ver, con la historia oficial. Esto fue tan escamoteado como en el resto de América Latina. Aparte de esto, en la Guerra de la Independencia de Venezuela jugaron un papel relevante los llaneros, así que comencé a interesarme por ellos y de aquí vino mi inclinación hacia las sociedades cimarronas. Empecé con la llanera. Más adelante, descubrí que también había una cimarronera impresionante en la Costa Atlántica de la actual Nicaragua. Hice un acercamiento muy por encima sobre la pampa, los gauchos, y ahora, hace unos meses, estuve con un grupo de profesores en Santo Domingo. Y allí, pesquisando algo distinto (siempre se hallan sorpresas buscando otras cosas) averigüé lo que ya había demostrado Chuco Quintero Rivera para Puerto Rico, y es que República Dominicana, La Española, que fue la madre de todas las colonias, a los treinta años de ser colonizada fue prácticamente abandonada y se convirtió en una enorme cimarronera que se alimentó de los esclavos que huían de Saint-Domingue, en la misma isla al oeste. En este momento estoy pensando en buscar más información; hay que ver si la encuentro, porque es seguro que había más

islas donde se refugiaba la gente que huía. Hay un dato: la población de todas las Antillas es en su mayoría negra, y no en todas las Antillas hubo plantaciones. Por lo tanto, es de origen cimarrón; tan sencillo como esto, pero no sale en los informes oficiales. Por otra parte, un poco a raíz de 1992 y molesto con todos los fastos de ese año, comencé a trabajar en la *Leyenda apologética y legitimadora* sobre la colonización y a raíz del nuevo plan que se instauró en la Universidad, (por cierto y entre paréntesis, un plan tan restrictivo como el que estudié yo en los años cincuenta, con casi todas las asignaturas obligatorias y bien pocas optativas) debía decidir una nueva materia optativa. Y pensé que, dado que la historia de América es la narración del paseo triunfal de España, Inglaterra u Holanda por el Nuevo Continente, deberíamos empezar a preguntarnos si todos recibieron con arcos triunfales a los conquistadores. Programé una asignatura –es el segundo año que la dicto– sobre los que rechazaron la colonización en un sentido muy amplio: desde las naciones autosuficientes de cazadores/recolectores que resistieron hasta finales del siglo xix en la Argentina o en Estados Unidos, las sociedades cimarronas o los inmigrantes europeos que no fueron alegremente a América y que allí también resistieron, pasando por las insurgencias, las revueltas, las guerrillas y los motines, que son muchos y sobre los que hay información muy dispersa. En este momento, lo de la *Leyenda apologética y legitimadora* lo tengo un poco apartado. Estoy trabajando sobre sociedades cimarronas de islas –precisamente sobre las islas de las Antillas–, y sigo recopilando material para esta asignatura. De ello, creo que a lo largo de este curso, saldrá un librito.

Acabas de decir algo que ya te he escuchado varias veces sobre la calidad de la carrera de Historia. ¿Qué opinión tienes acerca de para qué sirve estudiar historia, para qué se les prepara a los futuros historiadores?

Es una cosa que sigo preguntándome. Ya dije que el plan de estudios actual es muy parecido al que yo padecí en los años cincuenta, un plan de estudios franquista. Muchas obligatorias, pocas optativas, con la única diferencia de que entonces estudiábamos también Religión y Formación del Espíritu Nacional, y ahora, de momento, no se imparten, pero si siguen los del Partido Popular... ya veremos. Precisamente en las últimas Jornadas-Debate que tuvimos en la Universidad sobre historia de América Latina, participé como ponente en una de las mesas sobre enseñanza media e historia con un grupo de estudiantes que, a raíz del trabajo que hicieron para mi materia, están empezando tesis doctorales sobre lo que dicen de América los libros de texto de enseñanza media. Ellos son muy críticos y a mí se me ocurrió en este coloquio –ya que no quería hablar de América pues lo hacían ellos– ver qué decían libros de texto secundarios y universitarios sobre los Reyes Católicos, que para el Estado español son la base de su implantación. Encontré un montón de falacias. En este caso concreto, he podido ver que ellos encargaron unas crónicas, que pagaron y controlaron y desde entonces la historia va a repetir lo que estas crónicas recogieron. Realmente se escamotearon todas las atrocidades, se maquillaron las brutalidades que se hicieron. De todas formas, me vuelvo a preguntar para qué sirve y sobre todo a quién sirve la historia y qué hará con la historia toda esta gente que la estudia. Evidentemente una de las salidas es la enseñanza media, pero aquí cada vez se le dedica menos horas a la historia, y conversando con amigas profesoras, nos preguntábamos si las muchachas y muchachos que hacen bachillerato aprenden el discurso. Yo tengo la impresión de que los estudiantes de secundaria, por fortuna, se dan cuenta de que lo que les están contando no tiene ningún interés y entonces memorizan, vomitan en el examen y se olvidan. Hay un paquete mínimo sobre el pasado

que lo saben todos. ¿Esto dónde se aprende? Pienso que en la escuela no, supongo que ahora a través de la televisión, pero antes, ¿cómo? Me refiero a aprender en los dos sentidos de la palabra. Creo que algunos de los vehículos eran el teatro y la zarzuela. Ambos tenían mucho trasfondo histórico. Hay zarzuelas que relatan las guerras napoleónicas o de la independencia. Respecto al teatro, si bien los liberales fracasaron en su intento de inculcar su paquete a la masa popular, sí tuvieron éxito en las obritas de teatro que iban representando y que se decía eran para divertir. Pero de una manera muy subliminal iban inculcando estas cuatro pinceladas en torno a quiénes fueron los Reyes Católicos, lo que representó la Ilustración y estas cosas. Entonces considero que así se va formando este imaginario, mini imaginario. Ahora, tú me preguntabas para qué sirve la historia. Uno de los alumnos del doctorado que participó en las jornadas de las que te hablaba dijo en un momento determinado que hasta tercer año de carrera –y la carrera tiene cuatro– nadie les había planteado qué era la historia o para qué servía. Yo sospecho que muchos compañeros míos explican partes de la historia oficial sin preguntarse en ningún momento si tiene algo que ver con la realidad, si sirve para algo, si tiene un mínimo de lógica interna... Un caso concreto lo encontré en uno de estos manuales que revisé. Es de un profesor que se llama Terrero y es un libro reeditado muchas veces, un clásico de la editorial Sopena. Hablando de los Reyes Católicos, empieza con el *botafumeiro*: un reinado excepcional, se consigue la unidad, se termina con la anarquía, se acaba con los enemigos externos, se descubre América, y a renglón seguido dice y te cito textualmente: “falta un estudio serio sobre este reinado”. ¿Cómo se atreve alguien a describir un reinado de esa forma y luego añadir que falta un estudio serio? Entonces me sigo preguntando qué explican los libros de historia y qué van a aprender los alumnos. Es una pregunta

retórica. Creo que esto pasa en todas las “ciencias”. En este café que tomamos después de ver una película maravillosa de Huston, *El paseo por el amor y la muerte*, sobre la Guerra de los Cien Años, muy didáctica (cosa que no son los libros de historia), estuvimos hablando y una de las profesoras nos contó algo que nos dejó patidifusos. En una reunión con la gente de la *Conselleria de Ensenyament de la Generalitat de Catalunya* –encargada de preparar los exámenes de selectividad, los exámenes de ingreso en la universidad–, se dan cuenta de que quienes escogen las preguntas de los exámenes de selectividad no saben lo que se enseña en los institutos. En el caso que nos ocupaba, la literatura catalana, como es muy extensa, los profesores del instituto han decidido dedicarse solo a doce temas, y es muy posible que luego en las pruebas de selectividad les hagan a los estudiantes una pregunta sobre un tema que no hayan visto jamás. Me parece emblemático. Y esto depende de la misma *Conselleria*, la que lleva educación secundaria y la llamada superior.

Hablemos de tus maestros, de Pierre Vilar y Vicens Vives. En la historiografía actual, ¿reconoces algún maestro, tanto de historia latinoamericana como catalana?

A mí me impactó mucho Vicens, pero impactó a todo el mundo que lo conoció. Ahora sabemos otras cosas de Vicens. Por ejemplo, cuando escribió *Industriales y políticos* sobre el siglo xix, lo escribió por encargo y era un libro dirigido a la burguesía catalana de la época franquista para que aprendiera de la experiencia. Él mintió de forma bellaca pensando que hacía una tarea patriótica. Pero, esto al margen, era una persona que deslumbraba, muy entera, con carisma y encantadora. Yo lo recordaré toda la vida. Cuando él murió, en 1960, yo me quedé bastante desamparado en todos los sentidos de la palabra. Fui a París y allí

entré en contacto con Pierre Vilar, y para mí también fue un impacto impresionante. No se me borrará. Nos hemos ido distanciando, él sigue siendo marxista y yo no lo soy, pero no se me borrará. Al regresar, una persona de aquí que tiene más o menos mi edad también me impactó. Es Josep Fontana. Y en América he entrado en contacto con una cantidad de americanistas. La lista sería interminable y seguro que me olvido de alguien, pero quisiera recordar expresamente a Sergio Bagú, que es también un hombre de una tremenda calidad humana. Quisiera recordar a Colmenares de Colombia, muy íntegro, falleció hace poco, un cáncer se lo llevó muy joven. A Heraclio Bonilla, peruano, que está o estaba en Ecuador, a Carlos Sempat Assadourian, argentino que ahora vive en México. Los Stein de Estados Unidos también me impactaron. Nicolás Sánchez Albornoz, que ya no sabes si es español, argentino o norteamericano, y una lista mucho más larga. Y no quisiera olvidarme de los impactos que he recibido de muchos profesores, la mayoría más jóvenes que yo, y que los he visto con unas ganas de hacer cosas que me han dejado boquiabierto y que además me han animado. Si hay tanta gente joven, incluso alumnos latinoamericanos de doctorado que pasan por la Universidad de Barcelona con afán de romper tabúes, de intentar hacer una historia distinta... Eso da ánimos. En el caso de América Latina supongo que la dureza de lo vivido, desde Argentina y Chile, pasando por el fiasco de Venezuela, ha significado que la gente se replantee muchas cosas.

En Argentina, y en general en toda América Latina, en los ochenta estuvo muy de moda el posmodernismo, ¿dónde te parece que quedó el posmodernismo a fines del milenio?

Afortunadamente se están cayendo muchos embelecos. Se cayó el muro de Berlín pero se han caído muchos muros

más. Y hay como una oleada que llega de todas partes de gente que está olvidando una serie de tonterías que han estado de moda. A mí me llama la atención que estas cosas se manifiesten antes entre los creadores que entre los científicos. Yo leo cada día el diario *El País*, como tantos españoles, y allí hay una serie de personas que no son científicos. Pienso en Eduardo Haro Tecglen, pienso en algunos de los novelistas que allí escriben, en Maruja Torres y Rosa Montero, sobre todo la primera, pero pienso también en Millás y en Félix de Azúa. Ellos en sus columnas, siempre muy breves, son muy radicales en el mejor sentido de la palabra. Se lo replantean todo, lo critican todo y ponen en la picota desde la parafernalia que se organizó con la muerte de Lady Di hasta la corrupción imperante. Denuncian esta democracia entre comillas, de chirigota, o lo que se está mostrando gracias a los juicios que Garzón abrió contra las dictaduras de Pinochet o la Argentina. Y me llama la atención que en el mismo diario existan estas columnas que son muy rupturistas, pero a la vez escriben cinco o seis historiadores que lo hacen periódicamente y siguen vinculados a versiones del pasado que me parecen ya muy superadas. Tengo la impresión de que las ciencias humanas siempre bajan del burro cuando el burro ya está más que muerto. Insisto mucho en todos los ámbitos, y sobre todo en la universidad: para conocer el pasado son más útiles los creadores.

Sí, justamente yo quería preguntarte acerca de esto porque es bien sabido por tus alumnos y por quienes de alguna manera seguimos tus pasos que en tus clases y en tus escritos se entremezclan películas, pinturas, canciones... ¿Son más de verdad que la historia?

Yo creo que sí. Mira, hace unos días al salir del cine (yo voy mucho al cine y creo que debe ser útil para recuperar

el pasado), de ver una película extraordinaria, *La tierra prometida*, de Wajda, me metí en una librería y había un libro que me llamó la atención. Era de un catalán, Víctor Mora, que es conocido como autor de un cómic famoso, *El Capitán Trueno*, que leíamos cuando éramos chavales y no sé por qué me llamó la atención. Eran cuentos cortos y allí de pasada recordaba los campos de concentración nazis, recordaba la corrupción, la violencia, recordaba los campos de concentración donde los franceses metían a los republicanos españoles, pero todo de una forma sutil. Luego me prestaron una novela negra suya que leí de un tirón porque como novela negra me pareció excitante, pero que está ambientada en la Barcelona de los años noventa, después de las Olimpiadas. Y sale la corrupción, la chirigota esta que llaman democracia, la violencia de las fuerzas represivas, la violencia del sistema en la propaganda televisiva. Sale todo pero todo dentro de una ficción que a mí me atrapó.

O sea que esa novela como fuente histórica dentro de cien años sería excelente.

Sí. Explica cosas de la realidad española y catalana de los noventa que no se encontrarán en ninguna otra parte. Si alguien quiere saber cómo era el Caribe en el siglo xviii, mejor lea novelas de Alejo Carpentier, sobre todo *El siglo de las luces*. Si alguien quiere tener una idea de la Colombia del siglo xx, es mejor que lea las novelas de Gabriel García Márquez. Si alguien quiere saber algo del Paraguay, es mejor que lea las novelas de Augusto Roa Bastos. Algo parecido ocurre con el cine. Insisto: *El paseo por el amor y la muerte*, de Huston, es una descripción maravillosa de Francia durante la Guerra de los Cien Años. Y la dirigió un norteamericano. Pasa igual con las canciones. Si quieres saber cómo era la España franquista, son más útiles las

canciones de Serrat o del Raimon que los libros de historia o los de texto que no contarán más que embelecocos. El otro día, en un programa de radio al que asistía como invitado, me sucedió algo que resulta paradigmático. El productor del programa nos comentaba que le había llegado la noticia de que Antonio López y López, el marqués de Comillas, había sido un negrero. Esto lo saben todos pero, naturalmente, como se dedicaba a la trata de negros con Cuba, que era ilegal (Madrid había firmado con Londres una serie de tratados), como era ilegal digo, no es posible demostrarlo. Uno de los profesores invitados dijo que un alumno de doctorado estaba trabajando sobre este personaje y cuando terminara la tesis sabríamos toda la verdad sobre el marqués de Comillas. Lo que yo supongo es que una vez escrita la tesis y sin documentación sobre algo que es reconocido pero no demostrado por su imposibilidad, la actividad esclavista del marqués de Comillas quedará minimizada. Otro ejemplo de lo mismo: ¿dónde vivían los emigrantes del resto del estado que a fines del siglo pasado llegaron a trabajar a Barcelona? No es posible encontrar en ningún documento registrado dónde vivían. Yo me tropecé en una novela de Eduardo Mendoza, *La ciudad de los prodigios*, con que vivían en barracas sobre la playa. Si un día había un temporal, adiós, barracas. Y me preguntaba, ¿cómo lo sabe Mendoza y no lo sabemos los historiadores? Estuve en una exposición que se abrió en Barcelona del pintor catalán Santiago Rusiñol, una exposición que ha montado la hermana de Eduardo, Cristina. Los cuadros son de colecciones privadas. Es muy probable que Mendoza tuviera acceso a este dato a través de su hermana, y lo reflejó en el libro. Es un ejemplo, pero realmente Santiago Rusiñol pintó las barracas en la playa. Los historiadores no lo sabíamos y fue un creador quien nos aportó el dato.

De todas formas, en el mundo en el que nos movemos, los historiadores tenemos quizás demasiado prurito a considerar este tipo de fuentes. Siempre pensamos que horas y horas de archivo son más fecundas que estos análisis que tú acostumbras a hacer y que ahora describes. Además, no es una asignatura tenida en cuenta en la carrera.

Sí. Yo estoy dando un curso de doctorado que he empezado este año y que se llama “Reservado el derecho de admisión”, pero esto es una broma. Aparte de empezar recordando que la historia oficial no es nada más que un cúmulo de mentiras, escogí para comenzar un ejemplo que también me parece paradigmático. En República Dominicana, aproximadamente el noventa por ciento de la población es negra o mulata, y el discurso oficial es que son españoles. Es grotesco. Ellos se consideran étnica y culturalmente españoles, no tengo nada contra la negritud y regalaría muy a gusto el pasaporte español y cualquier pasaporte, pero me sorprende que un grupo humano negro o mulato se reivindique español. En este curso me pregunto qué herramientas puede utilizar el historiador además de los archivos para explicarse este tipo de paradojas. Hemos olvidado la arqueología, y para muchas cosas –para mí, por ejemplo, que me interesa la vida de los boscanos hasta mediados de este siglo–, la arqueología es muy útil. También habría que recuperar lo que yo llamo la literatura ágrafa, o sea la literatura que se transmitía de viva voz y que no es lo mismo que la historia oral, que son entrevistas. Por literatura ágrafa me refiero a los cuentos, refranes, la literatura que no se imprimía. El descubrimiento de Gutenberg es una historia de hace quinientos años, y ya se terminó además. Un alumno de doctorado estudia la cartografía como fuente de información; mucha cartografía miente, y preguntándote por qué miente puedes saber otras cosas. Hay mapas

de América increíbles con caníbales o musulmanes. Otra fuente son los geógrafos, que al no ser historiadores si quieren, además de describir las montañas y demás, hablan de la gente, dicen cosas que los historiadores no decimos. Caso excepcional es el del geógrafo ácrata del siglo xix, Reclus. Otra fuente que resulta útil son los libros de viajeros. Hubo miles recorriendo el mundo y lo que les parecía sorprendente lo anotaban. Por último, dedico un apartado a lo que yo llamo los creadores: pienso en el cine, la fotografía –ambos recientes–, el teatro, la novela y el cuento, la pintura, la escultura, la arquitectura. También tienen importancia las canciones. Yo creo que todas estas herramientas que los historiadores despreciamos son muy útiles.

Bueno, me he olvidado del guion. Hay un par de temas más que me gustaría charlar contigo. Uno se refiere al compromiso del historiador. El historiador que se ocupa del pasado pero que vive en presente.

Yo creo que el pasado llega hasta ahora, hasta este momento. Por tanto, el historiador está comprometido. Como historiador, yo creo que el compromiso pasa por desenmascarar la historia oficial. En nuestro caso no podemos denunciar la violencia actual en el país vasco, en la ex Yugoslavia y escamotear la violencia del pasado, y no solo escamotearla sino glorificar crueldades que cometieron los conquistadores en el pasado en cualquier continente. Luego, como cualquier persona, la capacidad que da el análisis histórico debe utilizarla para denunciar las cosas que están ocurriendo en estos momentos. Entonces creo que a poco que pueda no debe callar ante situaciones de corrupción, de violencia, con mujeres, con niños, con quien sea o cuando ve que el Estado sigue mintiendo. En esta novela que te contaba de Víctor Mora, el protagonista es un facineroso que viene de

un partido político, en este caso de izquierdas, y que se dedica al contrabando de armas, y si la gente anda contrabandeando armas es porque todos los estados fabrican armas. No podemos denunciar la violencia del Estado argentino y del chileno y callarnos sobre la violencia del Estado español actual. Los profesores universitarios tenemos la suerte de que hay un público que nos oye y de vez en cuando te llaman de la tele o de la radio o te dejan publicar una carta en el periódico. Pero creo que tenemos la obligación moral de denunciar.

No sé si en medio de la globalización y del fin de milenio ves alguna salida para los que venimos detrás.

Siento lo que voy a decir, pero creo que si algún día construimos una sociedad justa, libre y sin violencia –lo último que hay que perder es la esperanza– la historia no tendrá ningún sentido. La historia es un instrumento del poder. Un director de cine español que me gusta mucho, Martín Patiño –director de una película para mí extraordinaria, *Canciones para después de una guerra*, película que montó en su casa con cuatro perras–, en una entrevista que le hicieron ya hace años en *El País* semanal decía que nuestro sistema se basa en la mentira y la violencia y que si el poder tiene poder es porque miente y porque mata. Yo pienso que la gran expresión de la mentira es la historia. Si algún día construimos una sociedad que no sea violenta, tendrá que ser sin Estado, de esto no te quepa ninguna duda. La historia no ha tenido ningún sentido durante el 99,5% de la presencia de la humanidad sobre el planeta. La historia es un invento del siglo xviii que tiene 200 años, por lo tanto no tiene ningún pedigrí en ningún sentido. Creo que el sistema actual no solo es violento e injusto, sino que además no tiene futuro. Tengo un amigo, que no tiene nada que ver

con la historia ni con la ciencia, que dice que lo primero que se terminará será el agua, y si se termina el agua, se termina todo. En todo caso se están terminando los bosques, se está terminando el oxígeno. Entonces, o construimos una sociedad distinta o nos suicidamos todos. Y en esta sociedad distinta la historia no tendrá ningún sentido. La gente a la que le gustan estas cosas, que te gustan a ti y a mí, nos podríamos dedicar a escribir o a contar leyendas. Convertirnos en los narradores del futuro.

Capítulo 9

Entrevista a Sandra McGee Deutsch

Sobre nacionalismo y género*

Daniel Mazzei

Sandra McGee Deutsch es una docente e investigadora norteamericana especializada en historia latinoamericana contemporánea, cuyos principales trabajos se refieren a la derecha argentina.¹ La profesora McGee estuvo en Buenos Aires durante el segundo semestre del año 2000 por una beca de la Comisión Fulbright recogiendo información, realizando entrevistas para su nueva investigación y dictando un curso de doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En circunstancia de esta visita a nuestro país, Taller pudo conversar con ella acerca de sus trabajos sobre la derecha argentina, su preocupación por las cuestiones de género y su actual investigación sobre las mujeres judías en Argentina. Este es el resultado de esa charla.

* Entrevista publicada en *Taller, Revista de Sociedad, Cultura y Política*, vol. 6, núm. 16, pp. 119-129, 2001.

1 *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932: The Argentine Patriotic League* (1986); y *Las derechas: The Extreme Right in Argentina, Brazil and Chile, 1890-1939* (1999).

¿Cuándo surge tu interés por América Latina?

Cuando tenía nueve años. A esa edad tuve la suerte de poder ir a Chile con mi madre a visitar a unos tíos abuelos, y pasamos también por Perú, donde vivía un primo. Desde ese momento yo quería estudiar castellano y volver a América Latina. Luego hice el *Bachelor of Arts* en el Belloy College, una universidad muy chica en el estado de Wisconsin, muy cerca de mi hogar en Chicago. Fui a estudiar allí porque su especialización era mandar estudiantes al extranjero. Tenía un programa en Latinoamérica y yo quería ir a Costa Rica. Después de esos primeros cuatro años hice una maestría de Asuntos Latinoamericanos en la Universidad de Florida, en Gainesville, y luego decidí hacer el doctorado en Historia, y me recibí en 1979.

En la actualidad sos profesora en la Universidad de El Paso, Texas. ¿Cuál es tu actividad allí?

Llegué allí en 1984. Anteriormente había estado dos años en una pequeña universidad de Indiana y tres años en DePaul University. En el nivel de grado dicto un curso de un cuatrimestre de Historia Norteamericana desde la Guerra Civil para todos los estudiantes del primer año; y para los estudiantes del tercer y cuarto año, Historia de Argentina, Brasil y Chile después de la Independencia, Historia de Mujeres en América Latina e Historia del Caribe y Centroamérica, además de seminarios de posgrado. Cada vez que doy un seminario cambio el tema porque me gusta aprender, cambio las lecturas. Nos falta mucho tiempo para leer, para desenvolvernos, ¿no? Así que cada vez que veo que hay un tema que me interesa y muchas lecturas que yo quiero hacer, dedico un seminario a eso. Y yo les explico a los estudiantes que no soy especialista en el

tema. No es así con la derecha y con el nacionalismo, pero igual cambio las lecturas.

¿Cómo surge tu preocupación por los temas de la derecha y el fascismo en América Latina?

Tiene que ver con mi origen. Cuando empecé mis estudios de posgrado, por pura casualidad escogí un libro que tenía que ver con historia argentina de un estante de la biblioteca de la Universidad de Florida. Eran las memorias de Carlos Ibarguren.² Y me fascinó. Me fascinó porque a lo mejor era muy ingenua –tenía veintiún años o algo así– y cuando lo leía pensaba: “Qué notable que un señor tan, tan de derecha escriba tan bien y sea un tipo tan inteligente y con un estilo tan lindo para escribir. ¿Cómo puede ser?”. Porque los profesores que había tenido cuando estudié Historia Europea siempre hablaban del fascismo, de la extrema derecha como si fueran cosas de locos; que Hitler era un loco. Y este señor evidentemente no era un loco, era un tipo muy inteligente y muy interesante. Eso me enganchó. Y después tomé un seminario sobre fascismo europeo que me interesó muchísimo. Y escogí Argentina porque era el tema del libro de Ibarguren. Porque había empezado con ese libro y fue ese libro que me interesó. Yo quería estudiar Argentina por ese motivo.

Poco después, en el año 1977, llegué acá y empecé mis estudios, mis investigaciones. Un momento muy difícil, muy feo. Yo pensaba que iba a poder encontrar los materiales que necesitaba para mis estudios en bibliotecas y archivos públicos, y vi que no era posible. Justamente *La Nueva República*, que necesitaba para mis investigaciones, se decía que estaba en la Biblioteca Nacional, pero yo no la pude encontrar.

2 Ibarguren, C. (1955). *La historia que he vivido*. Buenos Aires, Peuser.

Entonces tuve que ponerme en contacto con nacionalistas, cosa que nunca pensé que iba a tener que hacer. Me puse en contacto con unos nacionalistas y especialmente con Julio Irazusta, y él me facilitó una copia de ese periódico. Entré en contacto con él y sus amigos, colegas de su ala del nacionalismo. Me invitaron a sus reuniones, e incluso fui al casco de estancia de Irazusta a usar su archivo. Era muy simpático conmigo, me ayudó mucho, pero yo noté (cosa que no había sabido de mi lectura de las fuentes secundarias ni de los libros del círculo de Irazusta) que muchos de ellos eran antisemitas. Un amigo de Julio Irazusta me empezó a hablar de cómo los campos de concentración no habían existido, que eran un mito inventado por los propios judíos para poder ganar un subsidio del gobierno alemán. Cuando escuché eso me dio escalofrío y entendí bien por qué había elegido el fascismo y ese tema. Porque mis padres son sobrevivientes de campos de concentración.

¿Dónde estuvieron tus padres?

Mi padre estuvo primero en un gueto en Lituania. Me dijo que era peor que cualquier campo porque los guardias lituanos eran sádicos, peor que los alemanes. Y después estuvo en Dachau, y me dijo que Dachau era un pícnic después del gueto en Lituania. Lo liberaron ahí. Mi madre, que es alemana, estuvo en Auschwitz por pocos días y después pasó por una serie de campos. Y parece que eso fue una experiencia muy común, que la gente iba de un lugar a otro. Terminó la guerra en Bergen-Belsen, en Alemania. Ellos se conocieron en Múnich. Porque Dachau queda en las afueras de Múnich, y mi madre decidió irse a Múnich después de la guerra. Estaban en la lista de espera para ir a los Estados Unidos. Se casaron en 1946, y en el año 1950 ya estaban en los Estados Unidos.

Volviendo a aquella primera visita a Buenos Aires, ¿cómo fue la experiencia de venir a la Argentina en 1977, en plena dictadura?

Fuerte, muy fuerte. Y vi las cosas que seguramente otra gente también vio. Militares deteniendo a personas que quizás no aparecieron nunca más. Tenía mucho miedo. Pero no me pasó nada. Una cosa que sí me pasó fue que me preguntaba: “¿Fue así en la Alemania nazi, que toda la gente tuvo miedo y que a lo mejor no ayudaron a los judíos, a los gitanos, a la gente de izquierda, a los testigos de Jehová porque no querían ser torturados ellos mismos?”, Entendí mejor lo que había pasado en Alemania, porque yo también tenía miedo.

¿Por qué decidís dedicar tu investigación a la Liga Patriótica?

La tesis doctoral que hice era sobre la Liga Patriótica y el nacionalismo que surge después con los Irazusta, con Carulla y se termina en el año 1932. Ese fue mi propósito para la tesis, y eso fue lo que hice. Pero después, cuando estaba cambiando la tesis para convertirla en libro, hablé con otra gente y decidí que sería mejor concentrarme en la Liga porque hasta ese momento no se había escrito nada más que algunas páginas en el libro de David Rock sobre el radicalismo.³ Él escribió sobre la Liga Patriótica y un artículo sobre la Semana Trágica, y algunos otros escribieron algunas cosas, pero en artículos dedicados al tema de la Semana Trágica. Pero no mucho. En cambio, los inicios del nacionalismo ya habían sido tocados en varias fuentes. Por eso yo pensé que era más interesante tener la Liga como tema

3 Rock, D. (1977). *El radicalismo argentino, 1890-1930*. Buenos Aires, Amorrortu.

Una parte de tu trabajo sobre la Liga Patriótica está dedicado a las mujeres. ¿No crees que existe una contradicción entre las mujeres en la Liga Patriótica y el papel de las mujeres en la sociedad de aquel tiempo?

Hay una contradicción en el discurso de Manuel Carlés y otros liguistas, o de la derecha en general, porque habla del papel de la mujer en el hogar. Sin embargo, estaban convocando a las mujeres que salieran de sus hogares para meterse en una organización política. Esa es la contradicción. Yo creo que en la Liga, tanto como en otros grupos de derecha en general, la mujer cumple un papel semejante al que tiene en la sociedad: de ayudar a los pobres, de hacer cosas que tienen que ver con la Iglesia o la religiosidad, cuidar de otra gente, de niños, de hacer trabajos sociales.

Hacías referencia a la religiosidad, ¿cómo ves las relaciones entre estos sectores de la derecha con la Iglesia Católica?

Creo que hubo un cambio a lo largo de los años, desde el año 1919 al año 1939. La Liga Patriótica se dedica más bien a reprimir a los obreros. Y tiene relación con la Iglesia en la parte pacífica de su estrategia de represión, especialmente a través de las mujeres que deben hacer trabajos sociales para la gente pobre, que deben enseñar a los trabajadores que dentro del sistema capitalista hay una salida para ellos, que no tienen que tratar de hacer una revolución y destruir el sistema social. Muchas de estas mujeres ya estaban activas en organizaciones de la Iglesia. De allí viene esa predilección, digamos, por ese trabajo social. Hay ciertos curas que también tienen relaciones muy cordiales con la Liga Patriótica y aparecen en los congresos de la Liga. Manuel Carlés en sus discursos también hace referencia a la Iglesia, al Catolicismo Social, y la Iglesia deja a Carlés

hacer discursos muchas veces los domingos en las iglesias. Esa es la relación.

Después del año 1927, se nota una corriente de nacionalismo clerical mucho más fuerte. La gente de la Iglesia que tenía que ver con la Liga era más bien liberal (como monseñor De Andrea). Con los cursos de Cultura Católica comienza otra corriente nacionalista, o digamos integrista, dentro de la Iglesia. Es esa corriente que después tiene muchos vínculos con el nacionalismo que nace después del año 1927.

A partir de tus estudios sobre los nacionalistas en los años treinta, ¿a cuáles grupos definirías como fascistas, con el sentido que comúnmente le damos a esa categoría?

La Legión Cívica Argentina y los grupos que vienen después en esa línea, como la Alianza de la Juventud Nacionalista y UNES (Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios). Después, la Alianza Libertadora Nacionalista. También la gente vinculada con Osés, en *Crisol*, y la gente vinculada con *Clarínada*, Carlos Silveyra. También hay algunos grupos, especialmente en las provincias, que tenían orgullo de ser fascistas y se nombraron *fascistas*, especialmente en Córdoba. Había una Unión de Fuerzas Fascistas, también hay algunos grupitos que hablan de la necesidad de que los trabajadores se inserten en el nacionalismo y que hagan una revolución nacional, nacionalsocialista. Estos grupos también se pueden definir como fascistas.

¿Eran realmente fascistas o tenían actitudes extremas que se asimilaban con los fascistas?

Los que yo he nombrado eran fascistas. Hay otros grupos que a veces se vestían como fascistas y que a lo mejor no eran. Pero hicieron una alianza entre ellos, que es el

nacionalismo. Que es dividido en distintos grupos, pero al mismo tiempo una unidad doctrinaria y una unidad de acción. Porque muchas veces grupos distintos salen a la calle y hacen cosas violentas en común (atacan sinagogas o lo que sea). Hay ejemplos parecidos en Europa; por ejemplo, en Italia algunas personas clericales o conservadoras tienen una alianza con el partido de Mussolini y después se hacen fascistas. Muchas veces existen ese tipo de alianzas entre fuerzas de derecha, algunas más extremas que otras. Es un problema teórico e histórico. ¿Definimos a todos ellos como fascistas o solo a los más extremistas? Porque incluso dentro del mismo nazismo alemán hay grupos de industriales, de empresarios que se hacen fascistas pero no son tan radicales como los SS. ¿Son fascistas o no? Es un problema que debemos pensar para resolverlo.

Tu estudio sobre el nacionalismo argentino finaliza en 1939. ¿Por qué realizaste ese corte cronológico?

No quería entrar en el asunto de la Segunda Guerra Mundial, porque mi enfoque es el contexto local. Yo no trabajo con influencias extranjeras, que son muy importantes pero hay otros autores que se han dedicado a ese tema. Entonces yo me dedico a hablar de las condiciones en la Argentina. Por eso no voy más allá del año 1939.

¿Tenés alguna referencia sobre cómo tomaron los nacionalistas tus trabajos?

No, no tengo, quizá porque mis trabajos no han sido publicados en español. A lo mejor no son bien conocidos entre ellos. Enrique Zuleta Álvarez, que sí conoce mis trabajos, me ha hablado muy bien de lo que yo he hecho, pero también me preguntó por qué tantos norteamericanos tienen

interés en el tema. Él dijo en una conferencia que dio hace unos meses en el Archivo General de la Nación que pensaba que no era un tema tan importante para la Argentina (después de haber escrito unas obras muy importantes sobre el tema). Dijo que le llamó la atención la presencia de tantos norteamericanos en estas investigaciones.

¿Pensás que la Liga Patriótica o Carlés influyeron sobre el pensamiento de Perón?

Yo creo que sí, que tienen una influencia. Perón lo dijo en varias entrevistas. Habló en una entrevista sobre la influencia de la Liga, porque había militares en la Liga y él los conoció. Y había muchos vínculos entre Carlés y los militares, porque Carlés era profesor en la Escuela de Guerra y el Colegio Militar. Él mismo habló de eso. Pero, bueno, se nota una posible influencia en el intento de nacionalizar al trabajador. Porque la Liga ya estaba hablando de eso en los años veinte, y tenía ceremonias alternativas para fiestas del trabajo, como el Primero de Mayo. Tenía un Primero de Mayo argentino. Como para quitar el sentido revolucionario o internacional de esa fiesta. Y después se nota algo semejante con Manuel Fresco y Perón, y también el intento de mostrar al trabajador que se podía vivir bien y tener una vida digna dentro del sistema capitalista, que no era necesario hacer la revolución. El sentido de ayuda a los trabajadores era muy distinto para la Liga, era una cosa mucho más paternalista que lo que iba a ser bajo Perón. Otros grupos nacionalistas de los años treinta también tenían una influencia. Mario Amadeo lo dijo años después, que pensaba que Perón les había robado a los nacionalistas su programa, pero en el proceso de robarlo también cambió cosas. No es la única influencia, pero es una influencia fuerte. El mismo grupo FORJA tiene mucho en común con el nacionalismo,

comparte muchas cosas con el nacionalismo, no es uriburista ni estaba de acuerdo con la Revolución del '30, ni mucho menos, pero en otras cosas compartía muchas cosas con el nacionalismo, y que tenía mucha influencia sobre Perón.

Relacionar a Perón con el fascismo provoca cierta reacción en alguna gente.

Hay mucha gente que no quiere considerar que en Perón había influencia fascista o derechista en el Peronismo. O que hay historiadores u observadores (y no solamente algunos norteamericanos en el año 1945 y 1956) que podían tomarlo como fascista. A mucha gente le cae mal eso.

Supongo que has revisado muchos archivos. ¿Qué dificultades has encontrado?

La verdad es que hay mucho material para el estudio. Una dificultad, que creo que es una dificultad para todos los historiadores acá, es que el material está disperso en muchos lugares. Es un problema pero no grave.

¿Se te ha vedado el acceso a algún archivo?

No, en general he podido acceder... Bueno, hay una excepción. El archivo de la Policía Federal. Yo quería entrar ahí, a lo mejor hubiera podido, pero iba a llevar mucho tiempo el trámite, y decidí que no tenía suficiente tiempo. Creo que es el único lugar...

También hay un problema con fuentes sobre el Partido Socialista, ya que en general las bibliotecas y los archivos no están en muy buenas condiciones en este momento. No me impidieron el acceso, pero es un problema para los historiadores que quieren buscar en ese material.

¿Creés que en algún momento tu condición de extranjera te abrió algunas puertas?

Probablemente, pero creo que más para el estudio anterior, sobre el nacionalismo. Especialmente tomando en cuenta el momento en que yo empecé los estudios, en el año 1977, creo que en ese momento era más fácil para una persona del exterior poder tener acceso a ciertas cosas. Pero creo que a lo largo de los años eso ya no se veía tanto.

¿Cuál es tu opinión acerca del estado de los estudios sobre el nacionalismo en la Argentina hoy? ¿Cómo lo ves?

Creo que hay personas que ahora están trabajando muy bien sobre el tema, que están investigando cosas nuevas. Creo que lo que hace falta es estudios sobre el nacionalismo en las provincias; sería muy interesante. De lo que yo he visto no se ha hecho mucho. Es un tema del que realmente me interesaría ver más trabajos.

De los trabajos que has visto, ¿cuáles te han llamado la atención?

Uno es la tesis que Daniel Lvovich está terminando sobre antisemitismo, las prácticas y los discursos. No se trata solamente del nacionalismo, pero hay mucho sobre nacionalismo. Él está trabajando desde principios de siglo hasta 1945. También la tesis de licenciatura de Federico Finchelstein sobre el mito Uruburu. Interesante porque habla de ceremonias, de prácticas, y son cosas que no se han estudiado. También está trabajando el tema de la memoria como una manera de unificar a las fuerzas nacionalistas. Sería interesante hacer más sobre ceremonias y rituales del nacionalismo.

¿Creés que la historiografía argentina dejó de lado el tema y recién ahora se está ocupando?

Hay muchos trabajos sobre el tema. Y hay muchos trabajos buenos. No sé si se ha dejado de lado. Recién ahora se están empezando a emplear nuevas formas de encarar el tema. Como, por ejemplo, el uso de la memoria, las ceremonias, etcétera.

Me llamó la atención que en tus trabajos hay una preocupación por cuestiones de género. ¿En qué momento de tus investigaciones te orientaste hacia las cuestiones de género?

No empecé así, con ese interés. Yo fui formada en universidades antes del surgimiento del feminismo como movimiento masivo en los años setenta. O mejor dicho, el feminismo surgió en el momento en que yo ya estaba terminando los seminarios y cursos que tenía que hacer para el doctorado. No estudié historia de mujeres, ni tampoco tuve profesoras de Historia mujeres. Nunca tuve. Bueno, vine acá en 1977, hice mis investigaciones y cuando estaba leyendo *La Fronda* y otros periódicos y estaba tomando notas de actividades de la Liga Patriótica noté que había mucho sobre mujeres. Pero sin pensar, yo tomé nota de todo lo que encontré, pero no pensé en eso. Volví a los Estados Unidos, escribí mi tesis y allí casi no hay nada sobre las mujeres, o muy poco. Después, en un cierto momento, en el año 1979, estaba enseñando en una universidad y allí había un congreso de estudios sobre la mujer; y una historiadora muy conocida, Asunción Lavrin –quien ha escrito mucho sobre mujeres, especialmente en México, y también escribió un libro sobre feminismo en Argentina, Chile y Uruguay–,⁴ me invitó

4 Lavrin, A. (1995). *Women, Feminism, and Social Change in Argentina, Chile and Uruguay, 1890-1940*. Lincoln, University of Nebraska Press.

y me convocó a ese congreso. Me dijo: “Ya que estás aquí, ¿por qué no das una ponencia sobre mujeres? Seguramente encontraste algo sobre mujeres en tus investigaciones”. Le dije que no me acordaba, que iba a fijarme. Miré mis apuntes y descubrí otro mundo, muchas cosas sobre mujeres. Entonces decidí que valía la pena y escribí mi primer artículo sobre mujeres en la Liga Patriótica. Después pensaba: “Bueno, vale la pena, tendría que estudiar ese asunto mucho más a fondo”. En ese momento, 1979, no había casi nada sobre mujeres de derecha en ningún país del mundo. Creo que solo un libro sobre mujeres nazis en Alemania. No había otras fuentes para usar como referencia, como puntos de partida teóricos. Seguí escribiendo algo sobre el tema, y cuando tuve mi primer puesto permanente, después de ganar un concurso para una universidad chica en el estado de Indiana, tenía que dictar un poco de todo. El director del departamento de Historia me dijo: “Vos sos mujer. Podés dictar unas clases sobre historia de mujeres”. Al principio me ofendí, pero después pensé: “Bueno, voy a utilizar eso para enriquecer lo que estoy haciendo”. Así empecé.

Tu nuevo tema de investigación, las mujeres judías en la Argentina, profundiza esa línea de estudios sobre la mujer. ¿El tema del nacionalismo quedó superado definitivamente?

Yo dejé el tema del nacionalismo por el momento. Pensaba que ya había dicho todo lo que podía decir sobre el tema. Tenía que descansar y hacer otra cosa. Es posible que vuelva al tema en el futuro, pero decidí cambiar. Me habían invitado hace como cinco años a un congreso de estudios judaicos latinoamericanos, y yo quería presentar un trabajo. Estaba cansada de trabajar sobre antisemitismo. Quería hacer una cosa más positiva, no negativa. Y estaba fijándome en la inmensa variedad de libros que hay sobre la historia

de los judíos en la Argentina. Hay mucho publicado sobre el tema, pero noté que no había casi nada sobre la mujer en estos libros. Y pensé que sería interesante. Por eso elegí el tema de la historia de mujeres judías en la Argentina entre 1880 y 1955.

¿Por qué ese período en particular?

La inmigración, primero de sefaradíes, de marroquíes especialmente, comienza a principios de la década de 1880. Después llega la inmigración masiva de Europa oriental. Empiezo ahí, con la inmigración, y terminó con el fin de la presidencia de Perón, quien tuvo una influencia muy interesante sobre la colectividad judía.

¿Con qué elementos te has encontrado hasta ahora que te hayan llamado la atención?

Hay tantas cosas... Y me falta analizar, porque tengo muchísimos datos. Los temas que yo escogí para mirar son las mujeres en las colonias agrícolas, en la educación y las profesiones, en la vida comunitaria, en la vida cotidiana, en la vida política, y al final sus identidades. Creo que hay un número infinito de identidades judías argentinas. Va ser un poco difícil escribir sobre eso. Para cada mujer hay otra identidad.

¿Tenés pensado hacer entrevistas?

Yo hice muchas entrevistas y utilicé otras entrevistas ya hechas. Hay una cantidad de entrevistas con judíos argentinos de distintos orígenes y profesiones en el Centro Marc Turkow de la AMIA. Ellos tienen muchas entrevistas. Una cosa que descubrí es que cada persona tiene su forma de

combinar el hecho de ser judía, argentina y mujer. Hay muchas formas de combinar estas identidades o facetas de una identidad. Y las identidades se van cambiando también. La misma persona puede empezar con una idea de cómo combinar estas cosas y después ir cambiando hacia otra manera. También descubrí la gran importancia (presencia) en la izquierda, especialmente en el Partido Comunista. Mucha presencia ahí. Y otro tema es la mujer en los sindicatos. En general son sindicatos comunistas, o tienen algún vínculo. Porque están precisamente en sindicatos donde hay mayor influencia comunista. Descubrí que para muchas mujeres judías su inserción en la docencia era una manera de subir en la sociedad, y creo que esa es una característica de las mujeres en general en la Argentina. Eso quiere decir que probablemente muchas de las cosas que he descubierto de mujeres judías también son ciertas para mujeres argentinas en general. Es un microcosmos. Mi estudio es como otra mirada a la historia de mujeres en el país.

Capítulo 10

La investigación y la ética del historiador*

Pablo Pozzi

Hace ya un poco más de un año que el Servicio Policial de Irlanda del Norte (PSNI), a través del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, ganó un juicio por el cual lo-graba acceso a las entrevistas del Proyecto Belfast del Boston College, en Estados Unidos. El proyecto es uno de los archivos orales más grandes que existen en el mundo sobre el Ejército Republicano Irlandés (IRA), y contiene entre cuarenta y cincuenta¹ entrevistas en profundidad con militantes del IRA y de los grupos paramilitares protestantes. En diciembre de 2011, un juez federal norteamericano ordenó que las entre-vistas fueran entregadas al PSNI, y tomó dos años hasta que

* Una primera versión fue publicada como: Pozzi, P. (2014). La ética, la historia oral y sus conse-cuencias. En *Revista de la Associação Brasileira de História Oral*, vol. 17, núm. 2. Río de Janeiro, Associação Brasileira de História Oral.

1 Inicialmente, el proyecto contenía cuarenta entrevistas: treinta y cuatro a republicanos y seis a protestantes. Más tarde fue ampliada a más de cincuenta, hasta que McIntyre puso fin al pro-yecto. Véase: *SAA Oral History Section. (2013). Archives, Oral History and The Belfast Case: A Re-fo-cused Discussion. Background*. En línea: <<http://www2.archivists.org/groups/oral-history-section/the-belfast-case-information-for-saa-members>> (consulta: 18-08-2017). También: McMurtrie, B. (2014). Secrets from Belfast. How Boston College's oral history of the Troubles fell victim to an international murder investigation. En *The Chronicle of Higher Education*, 26 de enero. Washington.

se resolvieron las distintas apelaciones. Desde ese momento, existe un profundo y virulento debate en torno a la ética, la moralidad y los derechos legales de la historia oral. Este debate ilustra los distintos mundos académicos (¿y por qué no militantes?) en los que vivimos los argentinos y los norteamericanos. Pero, asimismo, nos enfrenta al problema de la ética y de las consecuencias de nuestra labor como investigadores.

Una de las consecuencias de que el PSNI accediera al archivo oral del Proyecto Belfast es que a partir de varias entrevistas fue detenido e interrogado el principal dirigente del Sinn Féin y gran arquitecto de los acuerdos de paz, Gerry Adams. Adams está acusado de ser responsable de la muerte de Jean McConville, en 1972. Según la Royal Ulster Constabulary (RUC), fuerza policial de Belfast controlada por protestantes, a McConville la asesinó el IRA, junto con una serie de otras personas, acusada de ser informante policial. Dos de los antiguos militantes del IRA que fueron entrevistados, Brendan Hughes y Dolours Price, dijeron que Adams había ordenado la muerte de McConville. Hughes murió en 2008, y Price en 2013.

El Proyecto Belfast fue ideado por el periodista irlandés Ed Moloney, quien se lo propuso al bibliotecario del Boston College, Robert O'Neill. Moloney recomendó al historiador Anthony McIntyre para que llevase a cabo el proyecto. McIntyre fue miembro del IRA y cumplió una condena de diecisiete años de prisión por matar a un paramilitar protestante. Tanto Moloney como O'Neill acordaron que McIntyre era el "hombre ideal", puesto que sus antiguos compañeros "le tendrían confianza".² Thomas Hachey,

2 Es interesante considerar que en el proyecto inicial, evidentemente, no se consideraba hacer entrevistas a paramilitares protestantes. O por lo menos se buscaba que el entrevistador fuera alguien a quien los miembros del IRA le revelaran cosas fuera de lo ordinario y mucho más allá de temas de subjetividad y política de la organización. De otra manera, ¿para qué buscar un militante del IRA y no un protestante?

el director del Centro de Estudios Irlandeses del Boston College, gestionó cerca de un millón de dólares para la realización del proyecto. Entre 2001 y 2006, se realizaron las primeras cuarenta entrevistas; más adelante, se hicieron cerca de diez más. Es notable que treinta y cuatro de esas primeras entrevistas fueran a miembros del IRA y solo seis a los paramilitares protestantes. Los audios y sus transcripciones fueron alojados en la Burns Library del Boston College, con la suposición de que estarían selladas hasta la muerte de los testimoniados. Y he aquí uno de los problemas: este compromiso institucional ¿se refería a la muerte de cada testimoniado, con lo cual su entrevista podría ser dada a luz, o a la muerte de todos los entrevistados? ¿Y el compromiso contraído por los entrevistadores y el bibliotecario equivale a un compromiso de la institución? La respuesta a ambas preguntas es que los entrevistadores y entrevistados no compartían los mismos criterios que el Boston College y sus autoridades, como se verá más adelante.

En marzo 2010, el diario *The Sunday Times*, de Londres, publicó un extracto del nuevo libro de Ed Moloney, *Voices from the Grave (2010)*,³ donde hacía referencia a las entrevistas y a la muerte de Jean McConville. El libro presentaba la entrevista con un conspicuo cuadro del IRA que se había dedicado a contrainteligencia, el comandante Brendan Hughes, y con el actual diputado protestante David Ervine, un experto en explosivos del *Ulster Volunteer Force (UVF)*, la organización paramilitar protestante. El mismo citaba que las entrevistas eran parte del Proyecto Belfast del Boston College. A partir de este, en 2011, el PSNI, haciendo uso del Tratado de Asistencia Legal Mutua (MLAT) entre Gran

3 Moloney, E. (2010). *Voices from the Grave: Two Men's War in Ireland*. Belfast, Faber & Faber. Entre otras, véase la reseña en el *Belfast Telegraph* del 17-04-2010, donde se hace referencia al proyecto y a las entrevistas, si bien no al caso McConville. Y también la reseña en el *Irish Independent* de idéntica fecha.

Bretaña y Estados Unidos, solicitó acceso a las entrevistas con Hughes y Price del Proyecto Belfast. El Boston College entregó inmediatamente la entrevista con Hughes, puesto que ya había muerto, pero no la entrevista con Price, que murió recién en 2013. En agosto de 2011, el PSNI solicitó una orden judicial para que se entregaran “todas y cada una de las entrevistas que tuvieran información o hicieran referencia al caso McConville”. En diciembre de 2011, la corte federal norteamericana le ordenó al Boston College que entregara siete entrevistas, además de las de Hughes y Price. A partir de ese momento, se desató una batalla legal que se extendió hasta mediados de 2013, cuando la sentencia a favor del PSNI quedó en firme.⁴ En cada instancia judicial, tanto Moloney como McIntyre se opusieron a que las entrevistas fueran entregadas al PSNI. El juez descartó las demandas de ambos, puesto que consideró que estaban adecuadamente representados por el Boston College, si bien quedaba en claro que la institución sostenía criterios diferentes a los sostenidos por los dos irlandeses.

Evidentemente, el problema para el historiador oral es múltiple y abarca desde cuestiones éticas hasta profesionales y legales. Por ejemplo, en cuanto a lo profesional, Hughes fue una leyenda en el IRA y perteneció a una de las alas más duras. Su oposición a las negociaciones de paz que encabezó Gerry Adams es muy conocida. Su acusación ¿es un ajuste de cuentas, su experiencia tal como la recuerda o ambas cosas? O sea, ¿es o no verdad? Pero aun si lo fuera, hay un problema mayor: el historiador oral ¿debería haber preservado material cuyas consecuencias personales y políticas pueden ser por lo menos complicadas? ¿Cuál es la

4 Si el libro de Moloney citaba algunas de las declaraciones de Hughes, ¿por qué el PSNI pidió también la entrevista con Dolours Price? Asimismo, si en el archivo había más de cincuenta entrevistas, ¿quién le informó al juez que solo siete tenían que ver con el caso McConville? Evidentemente, el Boston College, el PSNI o el juzgado accedieron a poder consultarlas.

responsabilidad del historiador oral y del entrevistador? En cuanto a lo legal, ¿una entrevista oral equivale a una declaración jurada, o sea, a un testimonio judicial? ¿Es una prueba fehaciente? Asimismo, abogados, periodistas y médicos se amparan en la confidencialidad de sus “clientes”. ¿Existe, o debería existir, una relación de confidencialidad entre el entrevistador y el entrevistado? En este caso, los entrevistados otorgaron la entrevista con el compromiso de que se la mantendría “sellada” hasta después de su muerte. Esto se cumplió en el caso de Hughes, pero no así en el de Price y otros. El acuerdo con el proyecto claramente no fue considerado como algo legalmente válido para preservar el testimonio, y el Boston College no lo consideró lo suficiente para violar la orden judicial. Sin embargo, y esto es lo importante, más allá de lo que quisiera el entrevistado, ¿cuál debería ser el comportamiento del historiador?

En toda esta discusión (y reflexión), existe una tensión subyacente entre el bien colectivo (social) y el derecho individual, entre lo profesional y lo legal, entre lo político y lo histórico. Los antiguos miembros del IRA hablaron “en confianza” con un compañero; el Boston College financió un proyecto “que preservara la historia reciente de Irlanda”; McIntyre grabó las entrevistas convencido que su seguridad y la de sus testimoniados sería preservada (al fin de cuentas, el IRA también podía tomar el proyecto como una delación y un problema para su seguridad, como efectivamente lo fue); mientras que los Gobiernos de Irlanda del Norte y de Gran Bretaña lo toman como un problema de que “sin justicia, no hay reconciliación posible”. ¿Cuál colectivo es el que debe ser preservado? ¿El que plantea el Gobierno, el del IRA, el de los entrevistados? A eso agreguemos otra cosa: muchos integrantes del cuerpo de profesores del Boston College han planteado que ellos no fueron consultados y, de haberlo sido, se hubieran opuesto a un archivo sobre “terrorismo”

en su universidad con las consecuencias legales a la vista. Por ahí, habría que haberlos preservado a ellos. Y aun más complejo: ¿y la historia?, ¿y el conocimiento?, ¿y el derecho de las generaciones futuras de saber qué pasó? Supongamos que la respuesta a todo esto es que los testimonios deben ser públicos, ¿hasta dónde es una contribución al conocimiento histórico saber quién ordenó la muerte de Jean McConville hace ya treinta años? La familia de McConville ha insistido durante tres décadas en que ella fue secuestrada, golpeada y luego liberada. Los registros policiales demuestran que el Ejército británico encontró a una mujer en la calle que dijo llamarse Mary McConville. Al día siguiente, fue secuestrada y desaparecida hasta 2003, cuando se encontró su cadáver.⁵ La policía nunca investigó el caso. ¿La mató el IRA, la policía, el Ejército? Ni hablar de que una vez que un juzgado puede requerir un acervo oral y utilizarlo como prueba en un juicio, ¿qué significa eso para la realización de futuras entrevistas o para el análisis histórico?

Todo lo anterior deja de lado también el problema metodológico: por lo menos en el caso argentino, son pocos los antiguos guerrilleros que otorgan respuestas que puedan significar procesamientos legales. Es raro que se mencionen nombres reales de compañeros aún vivos o que se permita grabar datos sobre cuestiones que pueden ser punibles ante la ley. De hecho, esto también es cierto en el caso de los irlandeses: la entrevista con David Ervine, del UVF, evita cuidadosamente mencionar algo que pueda ser legalmente punible. ¿Por qué Hughes y Price decidieron mencionar a Adams y acusarlo de ordenar la muerte de McConville? ¿McIntyre realizó chequeos que permitieron controlar las

5 El informe oficial se encuentra en: Police Ombudsman for Northern Ireland. *Investigation Reports. Army thought McConville disappearance a hoax: Police Ombudsman*, 13-08-2006. En línea: <<http://bostoncollegesubpoena.wordpress.com/supporting-documents/jean-mcconville-investigation/>> (consulta: 18-08-2017).

respuestas? Y ¿por qué preservó esa parte de la grabación? El PSNI solicitó acceso a las entrevistas con los miembros del IRA y solo más tarde expandió su pedido al conjunto del archivo. ¿Por qué el IRA sí y los paramilitares protestantes no? De hecho, el periodista irlandés Martin Dillon publicó en 1999 su libro *The Dirty War*.⁶ Dillon recurrió a numerosas entrevistas con miembros del IRA (se piensa que Brendan Hughes fue una de sus fuentes), con paramilitares protestantes y con miembros del escuadrón británico *Special Reconnaissance Unit*. Estos últimos mencionan cómo se infiltraban en el IRA y cómo asesinaban a sus militantes. El PSNI no comenzó ningún proceso judicial a partir de esa obra. ¿No lo hizo porque no era el momento para comenzar los juicios, porque recién se acababa de firmar el acuerdo de paz, o porque implicaba al “Gobierno de su Majestad Británica”? El dirigente del IRA y del Sinn Féin y compañero de Adams, Martin McGuinness, ha insistido repetidas veces en que el tema es absolutamente político: desde lo que dijeron los entrevistados hasta el momento en el cual el Gobierno decidió acusar a Adams. ¿Y el historiador McIntyre? ¿Actuó correctamente o fue utilizado en su profesionalismo? ¿Y qué podría haber hecho al respecto?

Por otro lado, ni historiadores orales, ni el Boston College, ni académicos ni periodistas parecen tomar en cuenta el contexto histórico y los protagonistas del caso. Suponiendo que McConville hubiera sido un informante policial, ¿qué se esperaba que hiciera el IRA y su conducción? Recordemos que las delaciones y los informantes significaban que las fuerzas represivas británicas detenían y/o asesinaban a los militantes del IRA. Asimismo, ¿qué esperaban que hicieran el Gobierno de Irlanda del Norte y el de Gran Bretaña?

6 Para una reseña del libro véase en línea: <<https://www.kirkusreviews.com/book-reviews/martin-dillon/the-dirty-war/>> (consulta: 18-08-2017).

La suposición de que un Estado (el Poder Judicial es parte del Estado) respetara un acuerdo por el cual testimonios “subversivos” no fueran requeridos y utilizados para procesar y perseguir a sus “enemigos” es, por lo menos, de una ingenuidad sorprendente. Ningún investigador argentino podría suponer lo mismo, o por lo menos no aquellos que nos dedicamos a estos temas. Más aún, antes de depositar una de estas entrevistas en un archivo, en general, las revisamos y cuidamos lo que dicen ante la posibilidad de que un cambio en política o en gobierno lleve a consecuencias imprevistas.

Aquí debemos considerar dos aspectos interrelacionados. El primero es la diferencia en las culturas académicas. Y el segundo es el problema de la ética en la historia oral y cómo podemos avanzar en cuanto a forjar un comportamiento “correcto” entre los investigadores que deberán tener en cuenta los “peligros” de la creación de fuentes orales.

El tema del Proyecto Belfast es útil para ambas reflexiones. Buena parte de nuestros colegas historiadores orales norteamericanos parecen considerar esto como un problema legal. La discusión tiende a centrarse en que los historiadores orales deben estar amparados por privilegios de confidencialidad similares a los que tiene un abogado con su cliente. De hecho, el historiador John Neuenschwander, ex presidente de la *Oral History Association* de Estados Unidos y juez en la ciudad de Kenosha, Wisconsin, publicó un largo ensayo en torno a los vericuetos legales del caso Belfast (2014). El artículo es fascinante por la absoluta convicción del autor de que el problema es legal y no político o académico. Esto es aun más notable ya que el artículo comienza rememorando el caso *Hebrew Academy of San Francisco v. Goldman*, 42 Cal. 4th 883 (2007), por el cual un archivo oral fue acusado de difamación y condenado por la Corte Suprema del Estado de California: los jueces

consideraron que, en la era de la información digital, una entrevista constituía una declaración pública y por ende podía constituir difamación.

Queda claro que las tradiciones legales son diferentes en Estados Unidos y en Argentina. Pero aun así sería muy difícil que un juez argentino considerara como algo público una entrevista hecha para un archivo, y, de considerarlo, el culpable no sería ni el archivo ni el entrevistador sino el testimoniante que hizo las declaraciones. Más allá de esto, pocos de mis colegas que entrevistan a militantes, ya sean de izquierda o de derecha, considerarían que la ley los puede proteger. En general, y por el contrario, muchos pensamos en la posibilidad de que algún juez utilice nuestras entrevistas más allá de los deseos de nuestros entrevistados. Es más, aun cuando la situación política legal se preste para la creación de extensos archivos “comprometidos”, estamos conscientes de que esta puede cambiar rápida e inexorablemente. Por ejemplo en 1985, a dos años del fin de la dictadura y bajo el gobierno de Raúl Alfonsín, Luis Mattini, el antiguo secretario general del Partido Revolucionario de los Trabajadores y del Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), le presentó una historia (1989) de su organización a Eduardo Duhalde, en ese entonces director de la editorial Contrapunto y más tarde secretario de Derechos Humanos de la Nación. La situación política era favorable, ya que los integrantes de las Juntas Militares estaban siendo juzgados y, en apariencia, el aparato represivo estaba en retirada. Duhalde revisó el libro detalladamente y luego pasó a censurarlo, quitando partes enteras que podían significar que Mattini terminara preso. Duhalde era abogado y defensor de presos políticos, con una larga experiencia política, y sintió (o por lo menos eso me dijo a mí) que debía “cuidar” a su autor. Poco después, Alfonsín decidió iniciar acciones penales contra destacados jefes de la guerrilla. La propuesta

oficial incluyó también una modificación del código penal por el cual se equipara el delito de torturas y sus consecuencias sanciones al de homicidio y se establece una nueva figura delictiva de “atentado al orden constitucional”.⁷ Unos años más tarde, el gobierno de Carlos Menem primero decretó un indulto a los presos bajo Alfonsín, y luego dictó orden de detención contra varios antiguos guerrilleros argentinos del ERP. Y en 2003, el gobierno de Néstor Kirchner hizo lo mismo con tres dirigentes de la guerrilla Montoneros.⁸

En esto también hay una diferencia en cuanto a la visión del trabajo del historiador. Para algunos, la tarea es identificar y explicar procesos humanos y sociales. Para otros, se trata de descubrir hechos hasta ese momento desconocidos. Entre estos últimos es más importante saber quién mató a Jean McConville que explicar y comprender la historia de la violencia en Irlanda. La tendencia es a “descubrir” una fuente que revele algún dato impactante, y por ende se la tiende a aceptar como “verídica”, sea esta escrita u oral. Para los otros, cada fuente es parte de un rompecabezas a ser cuestionado e interpretado. De hecho, ninguna fuente es totalmente “verdad”, sino que es más bien una *pista* que permite *interpretar* un proceso histórico. Para esta última postura, lo que hizo Duhalde con el libro de Mattini es perfectamente aceptable, ya que se trata de comprender la historia de la guerrilla y no de saber los nombres de quienes ejecutaron a tal empresario y cual militar.

Lo anterior tiene que ver en la construcción e identificación de la fuente oral que construimos. Para un colega norteamericano, cada entrevista debe ir encabezada con el nombre real del entrevistado, el lugar y las circunstancias. Para mí, el entrevistado puede ser identificado con su

7 Véase en línea: <<http://www.semana.com/mundo/articulo/alfonsin-entro-pisando-duro/4684-3>>.

8 Véase la noticia publicada por el diario *El País* (España) el 15-08-2003.

nombre real cuando lo que dice ya no lo puede afectar, ya sea porque murió o porque su actuación ha sido tan pública que lo que testimonia no lo puede afectar o por lo menos no modifica sustancialmente el conocimiento sobre su acción. Mis colegas me plantean que si no pongo el nombre entonces la entrevista no es confiable y puede ser una invención. En realidad, a menos que uno esté entrevistando a una figura muy pública, la diferencia entre poner un seudónimo como “Lobito” y José Antonio Gómez es mínima; de hecho, entre los viejos militantes es más probable que el entrevistado sea conocido por su seudónimo y no por su nombre legal.⁹ Ni los colegas ni otras personas pueden saber si la entrevista es real o es una invención. Lo que en realidad determina la veracidad de la misma, como en el caso de cualquier documento escrito, es su coherencia y que se vea corroborada. Un aspecto central de la historia oral es su entrecruzamiento con otras fuentes para elaborar un criterio de *veracidad*. En esto, el tratamiento de las fuentes orales debería ser similar al de las fuentes escritas: estas pocas veces son tomadas como una verdad absoluta, ya que pueden ser falsas o parciales. Asimismo, lo que avala una fuente oral es la propia reputación del académico: todos sabemos que esa persona se dedica a ese tema así como estamos al tanto de su calidad científica y profesional, que hace improbable que sea una invención. Es por eso que las veces que un fiscal ha intentado utilizar mis entrevistas en algún juicio, lo que hace es solicitar al juez que me cite a declarar, no que cite a mis entrevistados.

Al mismo tiempo, los investigadores argentinos tenemos conciencia de que vivimos en un mundo relativamente pequeño. Si traicionamos la confianza de uno de nuestros

9 De hecho, puedo mencionar que “Lobito” es José Antonio Gómez porque murió de cáncer a mediados de 2013.

entrevistados, lo más probable es que nos resulte increíblemente difícil obtener nuevas entrevistas. Esto hace también a si depositamos las entrevistas en un acervo o no. Mi postura es que los archivos deben ser públicos, de libre acceso a los investigadores, obviamente con los recaudos pertinentes para preservar la documentación (escrita y oral) que contienen. Los creamos no solo para resguardar las fuentes, sino también para que puedan ser utilizadas en la investigación histórica. Es por esto que aquellas entrevistas que he depositado, por ejemplo en el Archivo de Historia Oral de la Universidad de Buenos Aires, han sido aquellas que, más allá de la autorización de los entrevistados, puedo yo garantizar que no generarán un riesgo para ellos. Aun así, me aseguro de que la institución acepte las condiciones, y los condicionantes, que impuso el entrevistado en la donación. Pero, al igual que en el caso del Proyecto Belfast, como no puedo asegurar que estas últimas se cumplan, tomo mis propios recaudos, incluyendo la censura y el no depositar todas y cada una de las entrevistas hechas.

En todo lo anterior es evidente que existen una cultura y una realidad académica específicas a la Argentina, si bien no me queda del todo claro hasta dónde lo distinto es producto de una realidad o simplemente que mis colegas norteamericanos realmente creen que la ley existe más allá de la política. Me queda claro que esto no es así en todos los casos. Un interesante ensayo de Virginia Raymond (2012) sobre el Proyecto Belfast parece indicar que no todos comparten la visión de John Neuenschwander. Raymond hace referencia a los problemas que puede implicar en Estados Unidos entrevistar a *gays* o inmigrantes indocumentados en una sociedad donde ambas cosas pueden ser punibles. Cuando ella deposita sus entrevistas lo hace tomando esto en cuenta.

Estas tensiones, en gran parte irresueltas, sirven para pensar (y hacer aun más preguntas) sobre la práctica y ética

de la historia oral en el contexto latinoamericano. La *Oral History Association* de Estados Unidos tiene una guía profesional que lleva por título “*Principles for Oral History and Best Practices for Oral History*”.¹⁰ Aprobado por la OHA en octubre de 2009, los *principles* intentan servir como guía tanto a la realización y preservación de las entrevistas como al comportamiento del entrevistador. Mucho de lo que plantea podría ser discutido y, quizás, mejorado. Pero lo importante aquí es que todo el documento se basa en la presunción última de que las entrevistas serán depositadas en un acervo institucional que “deberían honrar los términos de la entrevista”. El tiempo gramatical es interesante: *deberían*. O sea, la OHA considera que hay casos donde se puede no honrar el acuerdo con el entrevistado. ¿Cuándo? No se dice nada al respecto.

Esto último se debe a que la cantidad de casos a considerar, la variedad de situaciones y la inmensidad de problemas son tan grandes que es casi imposible legislar al respecto. Y una guía es precisamente eso: lo que se debería considerar como buenas prácticas. He aquí que la cuestión se vuelve sobre el historiador. Es el practicante el que carga con la responsabilidad ética, moral y de las consecuencias posibles. Cuando realice sus entrevistas y cuando decida preservarlas, deberá tomar eso en cuenta. Las guías, los reglamentos, las comisiones de ética son útiles, pero la decisión siempre será, en última instancia, personal. Lo que se puede hacer es promover la discusión en función de generar conciencia en torno a los problemas y la ética del historiador. A partir de esa discusión se pueden establecer criterios y una guía que deberán ser lo suficientemente flexibles como para abarcar la extensión y la complejidad de la historia oral.

10 Véase en línea: <<http://www.oralhistory.org/about/principles-and-practices/>> (consulta: 18-08-2017).

El tema de la ética es algo central e ineludible en la práctica del historiador oral y es algo a considerar en el contexto histórico y cultural de cada realidad nacional.¹¹ Hacer historia oral en la Argentina implica enfrentarse a muchos problemas concretos y puntuales. El primero es que, en el caso argentino, los problemas de hacer historia oral están fuertemente ligados al tema represión y regímenes dictatoriales. El pedido de autorización al entrevistado automáticamente implica entrar en el cono de dudas sobre qué se va a hacer con la entrevista. La autocensura de ambas partes, como técnica de supervivencia frente a una represión salvaje, marca fuertemente los testimonios, la memoria y la subjetividad. Las técnicas para evocar la memoria o para lograr respuestas no son (y tampoco pueden ser) las mismas que en sociedades con niveles represivos más bajos. Asimismo, la posibilidad de que lo que se declara en una entrevista tenga usos no imaginados por el historiador es un problema ético y práctico que debe ser contemplado y que no figura en ningún manual hecho por europeos o norteamericanos. En mi caso, el 24 de marzo de 2012, en un aniversario del golpe militar de 1976, el diputado Ricardo Bussi –hijo del general Antonio Bussi, represor acusado de numerosos delitos– en su discurso de reivindicación del golpe de estado en la Legislatura de la provincia de Tucumán citó mis investigaciones y antecedentes políticos como prueba de los delitos de lesa humanidad por parte de antiguos guerrilleros.¹² ¿Qué hacer en estos casos? ¿Qué hacer frente a la posibilidad de que el entrevistado haya otorgado información

11 Este apartado se basa en la conferencia de cierre de la 17ª Conferencia Internacional de Historia Oral “Los retos de la historia oral en el siglo XXI. Diversidades, desigualdades y la construcción de identidades”, 6 de septiembre de 2012, Ciudad de Buenos Aires.

12 Véase “Brillante y valiente exposición del diputado Ricardo Bussi este 24 de marzo del 2012”. En línea: <<http://pacificacionacionaldefinitiva.blogspot.com.ar/2012/04/el-dia-que-le-sacaron-la-careta-la.html>> (consulta: 18-08-2007).

en confianza sin considerar las posibles consecuencias? Si el entrevistado le cuenta cómo ejecutó a alguien, ¿qué hace el historiador? ¿Modifica el testimonio borrando esa parte o lo preserva, exponiendo al entrevistado a las consecuencias? En mi caso, como lo que me interesa en particular es la subjetividad que revelan mis fuentes orales, tiendo a eliminar esta parte del testimonio. Determinar quién mató a alguien no contribuye, necesariamente, a comprender el fenómeno histórico, si bien puede ser de importancia para los familiares de la víctima. Esto último, de hecho, puede ser resuelto por otras vías. Por ejemplo, la hija de un empresario argentino muerto durante el período de la guerrilla quería saber si el ERP lo había ejecutado. Lo que yo hice fue conectarla con aquellos de mis testimoniados que estuvieran en posición de poder responderle y arreglar una reunión en la cual serví de intermediario y garante de ambos. Ella pudo obtener una respuesta y los antiguos guerrilleros pudieron darla sin temer a las consecuencias judiciales. Luego, si ella decidía que una demanda podía satisfacer su necesidad de “justicia”, podía ser hecha, pero sin la complicidad del historiador.

Luego, ¿el testimonio se preserva, se publica, se esconde? La respuesta depende de cada caso específico, y de publicarlo siempre trato de ratificar cualquier autorización que me haya sido otorgada en el momento inicial de la entrevista. También, los nombres de los entrevistados ¿son públicos o debemos utilizar seudónimos? Ya señalé mi tendencia a guiarme por la situación del entrevistado en el momento de uso (si es una figura cuya actuación pasada es conocida, o si ha muerto); aun así, tiendo a preferir el uso de seudónimos para evitar complicaciones imprevistas.

Más allá de los problemas legales, el uso que hacemos de la entrevista se guía por ¿qué criterios? ¿Cómo inciden cuestiones socioculturales de género, raza y clase en la

construcción de los testimonios? ¿Cómo incide la subjetividad propia del entrevistador, por ejemplo, cuando se entrevista a una persona perteneciente a los pueblos originarios? Esto no es solamente en términos de problemas o antecedentes represivos. También ocurre en el caso de prejuicios, percepciones o relaciones de deferencia. El uso del testimonio, y no solo el cómo se genera y se constituye, necesita el día de hoy de pautas y guías lo más claras y flexibles posibles. En este sentido, lo que sería útil es una guía de prácticas, como generó la OHA, pero que parta de las necesidades y realidades latinoamericanas.

Por otro lado, ¿a quién pertenece la fuente oral construida en una entrevista? En distintos momentos he planteado que el mero hecho de otorgar una entrevista no implica resignar la propiedad sobre la misma, y eso más allá de que se firmen contratos o autorizaciones. El problema es ético, y no solo legal o de *copyright*. Pero el hecho de que no resigne la propiedad sobre la entrevista otorgada no implica que el testificante sea el único propietario. Si la entrevista es una construcción de a dos (entrevistador y entrevistado), entonces pertenece a ambos. Así la publicación, o colocación de una entrevista en un archivo, debe tener registrado el nombre (o seudónimo) de ambas personas y el acuerdo establecido para su uso. El colocarla en un archivo no implica que pase a manos de los administradores de dicho archivo. Claramente, el Boston College dispuso de un millón de dólares para la realización del Proyecto Belfast y, por ende, había “comprado” las entrevistas. ¿O no? Esto es algo a discutir y aclarar. En este sentido, y tomando en cuenta que hace falta una instancia que resuelva los evidentes diferendos profesionales sobre el tema, es que hace falta un organismo o institución al cual se pueda apelar para resolver estos problemas. Pero como son problemas éticos y no legales y como la solución también debe ser acorde a la

realidad profesional, histórica y cultural, estas instituciones no pueden (o no deberían) ser los tribunales judiciales. Más bien, debería ser una comisión de ética profesional cuyas decisiones sean orientativas y no taxativas, sugerencias y no penales. Para penalización y puniciones, ambas partes pueden recurrir a los tribunales civiles.

Estas “comisiones de ética” deberían establecer una guía de usos y prácticas éticas en historia oral. Pero ¿qué constituye un uso correcto y ético de una entrevista? Para ejemplificar el problema, debo hacer referencia a mi propia experiencia. Hace veinte años hice una entrevista. Tanto el audio como la transcripción fueron entregados a la entrevistada, quien declinó hacer un comentario señalando que “no la puedo leer”. Un año más tarde, regresé para preguntar si había cambios, y la hija, que la había leído, manifestó su acuerdo. Pasaron los años y un buen día la publiqué con seudónimos y lo que consideraba la autorización de dos décadas atrás. Pasados dos años, un día suena el teléfono de mi casa y era la entrevistada, furiosa e indignada: que por qué no le había preguntado, que esto le podía generar problemas de seguridad, pero sobre todo que no era la imagen que ahora quería dar. Claramente, no había un problema legal, ya que aún tenía la autorización. Lo que había era un problema histórico y ético. Yo considero que tendría que haberla ubicado antes de dar a conocer la entrevista, dijera lo que hubiera dicho y autorizado veinte años antes. Ella no había resignado, éticamente hablando, los derechos sobre su vida. Pero al mismo tiempo, la entrevista es mía. O por lo menos, es mía también. La misma no es solamente lo que ella dice, sino que es lo que ella responde a lo que yo le pregunto. Pero, además, el concepto de la “imagen” que ahora quiere dar genera todo tipo de problemas para el historiador. Este problema dista mucho de poder resolverse en una instancia judicial o en una comisión de ética. En realidad, lo

que debería haber ocurrido es una discusión y una negociación entre ambas partes hasta que se llegara a un acuerdo en torno a las nuevas condiciones de uso de la fuente oral que, indudablemente, pertenece a ambos.

En otro ejemplo, hice una larga entrevista con un viejo activista. En el momento de explicar su politización, allá por 1960, me contaba de la importancia de la novela *Espartaco* (1951) del escritor norteamericano Howard Fast. Como siempre que he podido, en este caso transcribí y entregué la entrevista al entrevistado. Al mes me la devolvió con correcciones. Algunas eran buenas: corregía nombres, agregaba datos e impresiones. Pero en la parte sobre su politización había cambiado todo, incluyendo las preguntas. Fast había desaparecido, y en su lugar aparecía citada la obra del Che Guevara *El socialismo y el hombre en Cuba* (1965). A continuación, el entrevistador le preguntaba si podía recordar alguna parte de esa obra y él citaba una página y media. Yo estaba indignado. Nunca había hecho esa pregunta; el Che había escrito ese ensayo años después del período sobre el que él estaba hablando. Me respondió: “Sí, pero esto es lo que quiero decir”. En otras palabras, es “la imagen” que quiere proyectar. ¿Qué hace con eso el historiador oral? ¿Suprime el testimonio? ¿Acepta los cambios? ¿Los descarta? El problema es que el testimonio es una construcción de ambos, o sea, de dos autores. Es como escribir un libro con otra persona: todo es una negociación permanente. Con una complicación: si la fuente construida pierde su espontaneidad, ¿sigue siendo fuente? Otro problema es que no hay guía para la ética a seguir en este tipo de situaciones, que son más comunes de lo que parece.

Esto se complica aún más si consideramos que la difusión de la historia oral, la constitución de archivos y el hecho de que la misma persona pueda haber sido entrevistada más de una vez ha cambiado todo. En Argentina, en 1990

un testimoniante típico era entrevistado por primera vez y tenía conciencia de que, posiblemente, era su única oportunidad para contribuir a la comprensión de un momento histórico. O sea, se constituía en un protagonista de la historia. Dos décadas más tarde, más que contribuir a construir una fuente histórica, muchos testimoniantes quieren contribuir a la construcción de una fuente que abone a su interpretación de la historia. En esto se mezcla ego, identidad, autopercepción, imagen. Además de los problemas metodológicos que esto implica, emerge un problema de ética: ¿qué uso se puede hacer de estas fuentes?, ¿a quién pertenecen? En un desacuerdo entre ambas partes, ¿a dónde acudir para zanjar el diferendo?

En este sentido un comité de ética profesional tiene una indudable utilidad, pero también encierra peligros. Por un lado, puede establecer pautas concretas que definan una orientación en torno a un “buen uso” de la historia oral. Por otro, puede constituirse en una instancia autoritaria que imponga criterios que terminen destruyendo la riqueza y la originalidad de las fuentes orales. Asimismo, ¿quién elegiría a los integrantes de la comisión? De hecho, el comité de ética debería ser electo por las asociaciones profesionales involucradas e integrado por aquellos colegas de antigüedad y reconocida trayectoria. Esto último, no por ningún valor intrínseco a la senectud, sino más bien porque para juzgar la ética profesional con suficiente flexibilidad y empatía, el “juez” debe haber experimentado la mayor variedad de problemas posibles. El comité debería asimismo registrar acuerdos y compromisos entre las partes involucradas en la creación y preservación de las fuentes orales para luego poder opinar con fundamentos. Esto es parte de la experiencia en torno al dilema del Proyecto Belfast: las asociaciones profesionales de historiadores orales y de archivistas se han visto limitadas a debatir el caso, cuando

en realidad deberían haber tomado una parte activa, como testigos técnicos de parte, y haber generado una presión política que avalara su decisión.

Según algunos colegas, el caso del Proyecto Belfast es un peligro para la práctica de la historia oral y de la preservación de la memoria, puesto que si son “testimonios públicos” esto va a condicionar (o desvirtuar) seriamente la construcción de la fuente. Para otros, el caso implica un posible fortalecimiento, ya que obliga a enfrentarse a “los problemas de la historia oral en la era digital”, al decir de Neuenschwander (2014). En realidad es ambas cosas, ya que es una amenaza que sin una resolución correcta podría limitar seriamente la existencia de la historia oral y su preservación. El Estado ha establecido criterios por los cuales sus fuentes escritas pueden mantenerse selladas hasta cincuenta y cien años. Quizás deberíamos tener criterios similares para nuestras entrevistas.

Bibliografía

Dillon, M. (1999). *The Dirty War*. London, Routledge.

Mattini, L. (1989). *Hombres y mujeres del PRT-ERP*. Buenos Aires, Contrapunto.

McMurtrie, B. (2014). Secrets from Belfast. How Boston College's oral history of the Troubles fell victim to an international murder investigation. En *The Chronicle of Higher Education*, 26 de enero. Washington.

Moloney, E. (2010). *Voices from the Grave. Two Men's War in Ireland*. Belfast, Faber & Faber.

Neuenschwander, J. (2014). Major Legal challenges Facing Oral History in the Digital Age. En Boyd, D., Cohen, S., Rakerd, B. y Rehberger, D. (eds.). *Oral History in the Digital Age*. Washington, Institute of Museum and Library Services.

- Oral History Association. (2009). *Principles for Oral History and Best Practices for Oral History*. En línea: <<http://www.oralhistory.org/about/principles-and-practices/>> (consulta: 18-08-2017).
- Raymond, V. (2012). Oral History and the Troubles. En *Wire Cutter*. En línea: <<http://wirecuttertexas.org/2012/04/14/oral-history-and-the-troubles/>> (consulta: 18-08-2017).
- SAA Oral History Section. (2013). *Archives, Oral History and The Belfast Case: A Refocused Discussion. Background*. En línea: <<http://www2.archivists.org/groups/oral-history-section/the-belfast-case-information-for-saa-members>> (consulta: 18-08-2017).

Capítulo 11

Continuidad, ruptura y ciclo en la historia oral

Mario Camarena Ocampo y Gerardo Necochea Gracia

La historia oral debe rescatar la historicidad de los testimonios. El tiempo es la clave de ese sentido histórico. Corresponde al historiador rescatar el tiempo, introducirlo en la entrevista, y esto es precisamente lo que distingue su labor de otras disciplinas.

El análisis del tiempo no se propone únicamente reconstruir el pasado, aunque esto sea esencial; intenta estudiar cómo se transforma la vida de la gente y cómo esta narra tales transformaciones. Detrás de esa narración hay siempre una concepción del tiempo. ¿Cómo sabe una persona que el tiempo ha pasado y qué responsabilidad le atribuye a ese transcurso? La mayoría de los individuos perciben el tiempo a través de los cambios en las cosas y en las personas que los rodean, más que a través de los cambios propios; de esta forma, se trata de una noción basada en acontecimientos externos a ellos.

Aunque el tiempo siempre está presente en el acontecer cotidiano, no es un elemento consciente en el curso de la entrevista, ni para el estudioso ni para el que cuenta su vida. Sin embargo, la forma en que se maneja el tiempo revela

la concepción que de este tienen ambos protagonistas. La más común es la que lo presenta como una mera evolución, como una acumulación de hechos, personajes y circunstancias. Los cambios están dados en función del paso de los días, los meses y los años. En cierto modo, esta es una concepción lineal, donde el relato se dirige hacia el momento actual para tratar de explicarlo. La historia se cuenta como la predestinación del presente; es una atemporalidad evolutiva que deja fuera la experiencia directa del que la narra.

Existe otra idea del tiempo donde el presente aparece contrastado con el pasado. El relato se dirige a presentar un punto de cambio y está estructurado en función de un antes y un después. Si bien en esta concepción el cambio es fundamental, se define por hechos externos a la persona. De esta manera, vuelve a quedar fuera la experiencia individual del narrador.

Una tercera concepción del tiempo se basa en aquellos cambios que han afectado de manera tan directa la vida del individuo que determinan diferencias muy marcadas en el pasado con respecto al presente: una enfermedad o un accidente que lo hayan puesto al borde de la muerte, una conversión religiosa, un matrimonio o un rompimiento conyugal, etcétera. En esta versión del tiempo también existe un antes y un después, pero el individuo ha sido agente o protagonista activo y no mero receptor, y, por lo tanto, no siente que sean transformaciones ajenas a él.

Otra idea concerniente al tiempo tiene que ver con la que denominaremos *el tiempo largo*. Dentro de esta concepción, la vida del individuo no muestra momentos de ruptura sino que se presenta como un continuo en apariencia interminable. Los cambios se observan cuando se relaciona una generación con otra, son cambios generacionales: la forma de transmitir el oficio, el proceso de trabajo, etcétera.

La concepción del tiempo no debe considerarse como algo establecido o inmutable, sino que se va creando en el transcurso de la vida de la gente y en el momento mismo de la entrevista. Siempre habrá un pasado y un presente, un antes y un después, que corresponden a las distintas etapas por las que ha pasado el entrevistado, etapas mediadas por grandes transformaciones de índole individual y social.

¿Cómo analizar el tiempo y el cambio en la entrevista? ¿Cómo lograr que estos se expresen en el relato que la persona hace de su vida en ese momento? El reto es entender el tiempo como un proceso en marcha. Cambios y continuidades son, pues, los elementos que nos dan la posibilidad de introducir en la entrevista un sentido histórico.

Los testimonios que aquí utilizamos son los que recabamos en el taller de historia oral en el que participaron un grupo de artesanos, promotores de distintos municipios de Oaxaca.¹ La finalidad de este taller fue capacitar a los integrantes de las comunidades para investigar sobre la artesanía y sus cambios, y posteriormente presentar los cambios en un museo comunitario. Tratemos de ver cómo operan las diferentes dimensiones temporales en los relatos que artesanos-campesinos hacen sobre el aprendizaje y el desempeño de su oficio.

Tiempo cronológico

La entrevista biográfica se desarrolla bajo un tema central, que en el caso que estamos analizando es la artesanía. Es una narración de acontecimientos individuales que se

1 Este proyecto se inició en 1985, conjuntamente con Lief Adleson y los promotores bilingües de varios pueblos de Oaxaca. En la actualidad se continúa trabajando con ellos y con gente de las diversas comunidades.

enlazan unos a otros en un sentido evolutivo en forma lineal. Generalmente empieza con la fecha de nacimiento del entrevistado, rápidamente pasa a su vida durante los primeros años en la escuela, después el trabajo, el matrimonio, los hijos, etcétera. La descripción del proceso de trabajo se inicia con su aprendizaje del oficio. Relatan a qué edad empezaron y cómo aprendieron. A continuación explican los diferentes pasos del proceso: el hilado, el tejido y la venta de los productos. El mundo de estos artesanos tiene como eje central su situación actual, y es en estos términos como nos describen el proceso de trabajo. Bajo tal concepción, no es extraño que indiquen reiteradamente que son artesanos porque en su familia se dedicaban a la artesanía y lo seguirán haciendo. Es común que salga a relucir la situación de pobreza en la que se encuentran, lo mucho que tienen que trabajar para mantenerse y el hecho de que su única opción de trabajo era aprender el oficio de artesanos.² Dan a entender que viven una situación predestinada y que ha sido siempre así: estaban esperando ser artesanos desde que nacieron. Con esta actitud se busca justificar los roles que se han desarrollado bajo estructuras mentales lógicamente encadenadas que dan valor a los momentos vividos, a los logros y frustraciones tanto del pasado como del presente.

Las dos descripciones siguientes nos hablan de diferentes momentos del diseño, pero lo hacen como si todo siguiera una cierta línea evolutiva, como si ya el primer diseño prefigurara el último:

[...] de los diseños que realizamos por decir algo, los diseños son este, que era hace poco águila, o sea, el diseño más antiguo. Porque había antes diseños, pero

2 Entrevista realizada por Araceli Santiago Bautista a Maximiliana Pérez López en Huamelulpan, Oaxaca, en 1992.

el que conocí desde que crecí es el águila y... primero el águila y después las grecas y ahora vienen siendo... hay otras dimensiones, relámpagos, navajos, son los diseños que se usan en cuanto nombre...

[...] Cuando se empezó a hilar era un estampado o un diseño que se le puede denominar águila en banda y posteriormente en grecas, diferentes grecas; actualmente tenemos grecas, pues cada vez son más complicadas... las grecas, pero se pueden estampar en el sarape.³

Las narraciones son de esta manera historias de hechos únicos, grandiosos y relevantes porque conducen al resultado final. Lo que cuenta el individuo son acontecimientos que, si bien le suceden a él, constituyen lo que podría denominarse su vida pública, pues tiene que ver con el discurso grandilocuente que maneja la comunidad. La nota característica de estos testimonios es que se platican siempre en primera persona. Son hechos individualizados, en los que las relaciones personales aparecen en forma totalmente secundaria, de paso. Los hechos le suceden únicamente al que los está recordando. El individuo se enfrenta a un destino que le es irremediamente antagónico. Tras una ardua lucha, solo ante la adversidad, logró alcanzar su actual situación. Una de las limitaciones de esta narrativa es que el entrevistado pierde de vista que estaba inmerso en una red de relaciones familiares, de amigos, de trabajo, etcétera, que no aparecen en su discurso.

En esta concepción desaparecen el tiempo social y el cambio. Todo se reduce a una sucesión de hechos. De tal

3 Entrevista realizada por Rogelio Sánchez Aquino a Víctor Morales Bautista en Santa Ana del Valle, Oaxaca, en 1992.

modo, el tiempo pasa porque se van acumulando los eventos sociales, los años, siempre contemplados de manera lineal. Es, pues, una temporalidad evolutiva. Aparentemente no hay cambios en la persona, sino solo en las situaciones que la rodean. La única variación que percibe es la acumulación de días y años. De esta manera, el cambio aparece como algo externo, impuesto por las circunstancias. Aquí cabría preguntarse: ¿qué importancia tuvo el cambio en la vida del entrevistado?, ¿qué relación guardaba con las personas que lo rodeaban? Con esto podremos determinar los cambios que se dieron y el contexto en el que surgieron. Así la vida no sería representada como una acumulación de hechos, sino más bien como una serie de relaciones entre los hombres. Esto es lo que nos permitirá otorgarle un sentido histórico a la entrevista.

Donde hay un antes y un después

El testimonio siguiente hace un marcado énfasis en los momentos de ruptura en la vida del entrevistado, un tejedor de Santa Ana del Valle:

[...] cuando empecé a trabajar como por 1920, por ahí, empecé muy joven a trabajar la artesanía, pero entonces se acostumbraba más sencillo el trabajo; digo yo sencillo porque ahorita según veo la artesanía ya está más avanzada, ya veo muchos dibujos que hacen en la orillita, pero antes era de otro modo, desde más antes, más joven, más niño se puede decir, me platicaban mi papá, mis abuelos, que usaban mantas morada, roja, verde que se llamaban así como acabo de decir: rojo, verde y colorado... así se llamaban. Bueno, pero ya últimamente de allí nació que empezaron a trabajar...

las cobijitas rayadas... esas cobijas se hacían de lana legitima. Todo aquí se trabajaba, empezando a tranquilizar los borreguitos acá mismo en la población o en otros pueblos o, en fin, conseguían la lana y luego de allí llegaban. A veces traía espinas, traía muchas cosas, basura y todo, pues se limpiaba y luego de allí lo llevaban al río a lavarlo y cuando venía muy grasosa... la lana, entonces se utilizaba lejía de ceriza y con eso quitaban toda la grasa y entonces ya la llevaban al río a lavar y por allí lo secaban y ya seco ya lo traían a la casa, lo extendían en un petate y lo vareaban para que se aflojara donde quedaba medio anudado. Ya que estaba preparado, listo, entonces se seleccionaba lo negro aparte y lo que salía... como de otro color pardo, y luego lo blanco y lo que les tocaba pintar, bueno, también lo pintaban y así, pero antes de eso para que llegara a ser hilo se tenía que escardar, así lo llamaban antes, “escardar”, una cosa que se llamaba “diogar” antiguamente en dialecto, diogar que es cardar, ahí se hacía y luego viene un banquito adonde se hacía el hilo y ya escardar y ese hilo se hacía con un malacate... Allí lo hacían el hilo y de ese hilo ya sabían cuál hilo servía para la tela y cuál servía para el tramo de hacer cobija, y entonces ya entraba en el telar. El telar es un aparato cuadrado, ya lo conocemos, y de allí se pone para trabajar y de allí ya entra la “viadura”, así se va haciendo todo, pero entonces ya la cobija ya vino con más diseños, otros más complicados, vino una temporada como por 1923, por ahí, entonces era pura cobijada de greca y tubú, águila, algún otro pájaro, en fin, ahorita en la actualidad hacen toda clase de monitos, no sé.⁴

4 *Ibíd.*

Este artesano construyó su relato en términos de un antes y un después, donde el punto de ruptura es el momento en que comienzan a aparecer diseños más complicados; esto significa un cambio en la mentalidad de la gente, porque el producto no está únicamente en función de cubrir sus necesidades cotidianas, sino de un mercado. Otro artesano que se fue de su pueblo, cuando regresó encontró que más gente estaba dedicada al tejido, pero ya lo hacían de otra forma: “El trabajo es muy diferente a lo que trabajaba yo”.⁵ La diferencia principal la notaba en que en su tiempo “la mayoría trabajaban cobijas comunes y corrientes, era sencillita, y al último cuando [regresó], greca y dibujos de los que acabo de decir”.⁶ Este es otro claro ejemplo de énfasis en la ruptura. De hecho, es un artesano que aprendió a principios de siglo el proceso de trabajo en su conjunto: trasquilar los borregos, limpiar la lana, cardar, hilar, tejer, teñir y vender; él no lo hacía todo, pero su familia trabajaba en conjunto y tenía el conocimiento global. Con el tiempo, el proceso de trabajo se fue dividiendo o separando. Tal es el caso de la preparación de la lana o la fabricación de los telares, que se hacen en determinados pueblos. Algunas tareas han quedado en manos de las fábricas, como sucede con el teñido de los hilos. Antes, los tintes los elaboraban las mismas familias de manera natural y ahora ya casi nadie lo hace. Los hilos de lana han sido sustituidos poco a poco por los hilos de nailon y otras fibras sintéticas. Como resultado de estos cambios en el proceso de producción, los artesanos se concentran casi exclusivamente en la labor del tejido, que se hace cada vez más complejo y sigue los patrones impuestos por los comerciantes del exterior de la comunidad.

5 Entrevista realizada por Angélica Bautista Gutiérrez a Cruz Bautista en Santa Ana del Valle, Oaxaca, en 1992.

6 *Ibid.*

El cambio en la vida de los artesanos está causado por elementos externos a ellos o a la comunidad. Ellos así lo sienten. La señora Auria Bautista Martínez nos platica su experiencia en el momento en que tuvo que irse de la comunidad:

Antes de que yo saliera no se compraban las tortillas, ni el atole sino que aquí todo hay que prepararlo por la gente... al gusto, pero después de que las mujeres salen de este pueblo y que regresan, ya no les gusta hacer nada, les gusta comprar solo lo hecho, bueno, casi todo.⁷

Esto nos muestra que también empiezan a dejar a un lado ciertas costumbres. Las necesidades económicas, o simplemente la sed de aventuras o de conocer otros lugares, llevan a la gente a salir de sus comunidades. Esto les permite observar otras costumbres y compararlas con las suyas. La forma como ellos asimilan sus experiencias la muestran en el testimonio; para ellos, hablar sobre ese tema significa señalar los cambios que ven en la vida de las personas y de la comunidad.

La continuidad en el tiempo

Los relatos nos hablan también de la continuidad en la vida de la gente. Los individuos describen quizás el proceso de trabajo que aprendieron, pero es más probable que se refieran al que han practicado varias generaciones anteriores. Este énfasis en la continuidad tiene mucho que ver con la percepción de la artesanía. Para ellos la artesanía significa

7 Entrevista realizada por Angélica Bautista Gutiérrez a Auria Bautista Martínez, Santa Ana del Valle, Oaxaca, en 1992.

una conexión con el pasado, con la generación que los antecedió. Por lo mismo, el desempeño del oficio es una manera de conservar las costumbres y la identidad de los pueblos. De esta manera, las continuidades tienen que ver con la concepción misma de la vida.

Una característica central del oficio artesanal es la repetición, la cual se ve favorecida por encima de la innovación. Para poder repetir las cosas hay que saber imitar bien la manera en que se hacían antes; el dominio del oficio estriba en conocer todos los secretos que permitan reproducir un mismo producto y la relación familiar. El orgullo del maestro artesano se sustenta en el conocimiento. La innovación, en cambio, no se valora igual, e inclusive significa un ataque a la concepción del ser artesano.

El oficio mantiene una estrecha relación con el pasado, que se conoce a través del relato, los mitos y las leyendas transmitidas por la tradición oral y reproducidas a través de las artesanías. Cuentan que los dioses les dieron el don del conocimiento de los oficios como una forma de sobrevivencia. De esta manera se mezcla lo religioso con lo profano. “En Santa Ana –pueblo de origen zapoteco– [...] la virgen de Santa Ana les enseñó a tejer su ropa, por lo que es la santa patrona del pueblo”.⁸ En Tepelmeme “[la palma] sin duda durante muchos años se ha considerado como un regalo de los dioses prehispánicos y aun del dios cristiano, por lo que hay que vivir con ellos”.⁹ Algunos tejedores de Santa Ana del Valle elaboraron un diseño muy complicado que, según cuentan en el pueblo, varias personas habían soñado. Pocos tenían el don para hacer este tejido con un boceto muy especial, por lo que “en el momento de morir estos,

8 Conversación con los tejedores de Santa Ana del Valle durante un curso impartido en marzo de 1992.

9 Guion del Museo de Tepelmeme, Oaxaca.

desaparecieron esas formas de realizar los tejidos”.¹⁰ En San Miguel el Progreso, las tejedoras copiaron del agua su diseño;¹¹ era un designio de la naturaleza para los habitantes del pueblo. Así, los hombres piensan que sus manos son solamente un instrumento de los dioses. En este sentido, afirman que su trabajo no es original; los dioses son los únicos creadores y el indígena es el intermediario entre ellos y los objetos que crean.

El oficio es, pues, una conexión con el mundo religioso porque en cierto modo pertenece a la divinidad. En Santa Ana se cuenta que la virgen trajo el oficio al pueblo: se apareció junto a un pozo y llevaba con ella las herramientas y el hilo del tejedor. Estas imágenes no solo acercan el oficio a la religión católica sino también a ciertos elementos de la religión prehispánica, como son el agua y el interior de la Tierra, ambos poblados por seres divinos.

La artesanía es la herencia de ese legado de religiones que se expresa en la fiesta de la santa patrona de Santa Ana del Valle. Los jóvenes del lugar van a solicitarle a la virgen que les permita iniciarse en el conocimiento del oficio. Multitudinarias peregrinaciones llegan ante el Señor de Esquipulas durante todo el año para pedirle su protección.¹² Año tras año se repiten con gran entusiasmo estas celebraciones. Las fiestas patronales se organizan a través de las mayordomías; se preparan las danzas, los fuegos artificiales, la comida. Los artesanos se esmeran en esas fechas para hacer sus mejores piezas. Por ejemplo, en la fiesta de muertos de Suchilquitongo se hacen canastas nuevas porque, según la creencia, “los muertos buscan estrenar su cargador ‘pa guardarles el pan’”.¹³

10 Conversación con Tino en Santa Ana del Valle durante un curso impartido en marzo de 1992.

11 Conversación con una señora de San Miguel el Progreso, Oaxaca, en mayo de 1992.

12 Conversación con Ricardo Gutiérrez S. en Santa Ana del Valle en abril de 1992.

13 Entrevista realizada a Eulalio Pinelo Sosa en 1992.

La religiosidad se expresa no solo en las fiestas sino también en la vida cotidiana. En las casas hay imágenes de santos, de la virgen, crucifijos, veladoras y palmas. A ellos se encomienda la gente con un sentido mágicoreligioso para pedirles que les conceda un buen día y que alejen lo malo de su camino.

Se mantiene una relación cotidiana con los dioses a través del oficio, cuyos productos se utilizan en el transcurso de la vida. “Por muchos siglos [la palma] ha estado presente cuando un hombre nace, en sus juegos infantiles, en su trabajo, en el techo de sus casa y en el petate con que los envolvían al morir y ser depositados para siempre en el seno de la madre tierra, y qué decir de la ‘la palma bendita’ del Domingo de Ramos o de los huaraches de los difuntos que van a transportarlos a la eternidad”.¹⁴

Hablar del trabajo de los artesanos nos ubica en el pasado y a la vez en el presente, porque la artesanía encaja dentro de una concepción muy antigua del mundo. Pertenece a un pasado con mucha actualidad.

¿Cómo manejar la entrevista?

El manejo del tiempo durante la entrevista va de la mano con la concepción que el entrevistador tenga de él. Por ello, el entrevistador debe ser consciente de su idea del tiempo. Pero la concepción del entrevistado en este sentido no es menos importante para determinar el resultado final. El entrevistador con sus preguntas y el entrevistado con su información construyen conjuntamente un documento oral que recrea una forma de pensar el tiempo. Por lo general, el entrevistador maneja una concepción lineal del tiempo.

14 Folleto del Museo de Tepelmeme, Oaxaca.

Desde esta perspectiva, todo se reduce a un principio que avanza sin desvío hacia un final; el cambio pierde importancia como forma de análisis. Por lo mismo, se dejan de lado los efectos truncados y potenciales, olvidando que los fracasos y cauces alternos contribuyeron al desenlace particular. No se concibe el tiempo cíclico o multilineal, que avance con rupturas o que retroceda; cuando el flujo de la entrevista introduce esta perspectiva, el historiador no siempre se encuentra preparado para afrontarla.

La concepción lineal es evidente en los investigadores que comienzan preguntando sobre la fecha de nacimiento, la infancia, la escuela, el ingreso al trabajo, los tipos de trabajo y así sucesivamente hacia delante hasta llegar al presente. En las entrevistas a los artesanos, se construye la siguiente secuencia cronológica: *a) ¿es usted artesano?; b) ¿cómo aprendió a tejer?; c) ¿quién le enseñó a tejer?; d) ¿cuántos años tenía cuando empezó a tejer?; e) ¿cómo realiza su trabajo?* Esta secuencia parte de la situación actual, ser artesano, y se basa en varios supuestos importantes: que el entrevistado no tuvo más opción que ser artesano, que el oficio se reduce a tejer y que la edad es determinante para empezar a hacerlo. Pero si cambiáramos las preguntas e inquiriéramos acerca de los intereses que el individuo ha tenido y las cosas que ha aprendido a lo largo de su vida, sobre por qué decidió aprender a tejer y qué sucedía en su vida cuando empezó a hacerlo, seguramente veríamos no solo una vida más compleja, sino tiempos que se enciman, principios que se repiten, eventos que se interrumpen, finales que no llegan. El entrevistador que no es consciente de su concepción del tiempo tampoco cuestionará esos supuestos. Proponemos dos formas de observar el tiempo: la primera, atender a los cambios en la vida de la gente que entrevistamos; la segunda, analizar las transformaciones de una generación así como sus formas de expresión.

El primer problema al que el entrevistador se enfrenta es cómo romper con esa explicación actual que tiene el entrevistado acerca de su vida y lograr darle un sentido histórico. Un punto de partida puede ser trabajar con el entrevistado el momento de su vida que recuerde mejor, con la finalidad de conocer sus valores e irlos comparando poco a poco con su pasado. Un ejemplo de este manejo es la entrevista que se hizo a Víctor Morales Bautista, que nos narra cómo se inició en el tejido cuando tenía catorce años, en la década de los veinte, y nos describe el proceso de trabajo y el diseño que se utilizaban en esa época. Esto da pie a una comparación con la forma de trabajo y los diseños que se hacen hoy día.¹⁵

Sin embargo, no hay recetas ni guías a seguir. El entrevistador debe buscar el momento apropiado sobre el cual profundizar y construir la entrevista, no de forma lineal sino siguiendo las rupturas, las continuidades, los irs y venires que ese momento le permita ir conociendo. Con preguntas acerca de la vida actual del entrevistado y el entrevistador y que favorezcan la continuación de las entrevistas. Por ejemplo, a Ricardo, tejedor del pueblo de Santa Ana del Valle, se comenzó por preguntarle a qué estaba dedicado actualmente. Él respondió describiendo su labor en el campo, luego habló de la forma como trabaja el tejido. Nos contó sobre la época en que fue albañil, el tipo de familia que formó y lo que representaba para él su trabajo.¹⁶

La descripción del momento actual es particularmente útil porque nos muestra los diversos significados y contextos en los que el entrevistado vive: “Como un restaurador de cuadros que va descubriendo una a una las distintas capas de la pintura, el historiador reconoce el final de la

15 Entrevista realizada por Rogelio Sánchez Aquino a Víctor Morales Bautista en Santa Ana del Valle, Oaxaca, en 1992.

16 Entrevista realizada por Mario Camarena Ocampo a Ricardo Gutiérrez en Santa Ana del Valle, Oaxaca, en 1992.

estructura fundamental de la acción actual” (Joutard, 1986: 345). A partir de aquí, se dirige la vista hacia el pasado o presente del entrevistado para reconstruir la secuencia de los hechos y para conocer su manera de pensar, los valores, las normas y los significados con los que explica su pasado. Una persona puede intentar explicar su actuación en el pasado en términos del momento actual, lo cual debe poner al historiador a la expectativa. La finalidad es encontrar los momentos de cambio y ruptura, es decir, introducir la historicidad en la narración para continuar profundizando en los diversos momentos o etapas de la vida del individuo. Si bien la forma de abordar al entrevistado es a partir de preguntas acerca de su presente, se pondrá más cuidado en la estructura del relato que en los detalles, en la interpretación de las actitudes más que en establecer cuáles fueron. El problema principal consistirá en cómo remontarse al pasado a través del presente. Ese rastreo en el pasado es importante en términos históricos; lo que se quiere es mostrar los cambios en la vida del entrevistado, buscando sus causas y explicándolas en función del momento en el que ocurrieron y no del presente solamente. Otro aspecto que las entrevistas nos pueden mostrar es el de los cambios y rupturas de una generación a otra. Esto lo posibilita el hecho de trabajar con personas de diferentes edades. Los artesanos a los que entrevistamos pertenecen a tres generaciones y esto nos ha permitido apreciar transformaciones y entender la estructura del presente y del pasado; el paso del tiempo es un elemento importante para establecer comparaciones. Pero no necesariamente se requiere entrevistar a generaciones diferentes, de abuelos a padres e hijos; se pueden hacer comparaciones a partir de una misma entrevista. A modo de ejemplo, retomando parte de las entrevistas a Ricardo Gutiérrez,¹⁷ se par-

17 *Ibíd.*

tió de la forma como enseña a sus hijos el oficio de tejedor y después se le preguntó cómo le enseñaron a él. Así pudimos precisar los cambios y las continuidades en las formas de transmitir el conocimiento. Con este mismo fin, le preguntamos cómo trabaja ahora, a lo que indicó que su familia ya solamente se dedica al tejido de los tapetes para la venta y que el hilo lo compran. Señaló que antes los niños y las mujeres eran los encargados de preparar el hilo en casa y no se adquiriría en el comercio.

Conocer con detalle la circunstancia actual del entrevistado nos permitirá indagar y comparar con otras épocas de su vida. La entrevista anterior hace referencia a tres momentos del aprendizaje. El entrevistado habla primero de cómo aprendieron sus hijos, después explica cómo enseñaría a un extraño a tejer hoy día y, por último, habla de cómo aprendió él a tejer. Se puede hacer una comparación entre estos tres momentos. Identificaríamos así un fenómeno de tipo cíclico que viene a sumarse a las continuidades –tal como la relación entre maestro y aprendiz– y a las rupturas, como la desaparición del proceso de hilado y de unidad familiar productiva.

Bibliografía

Bautista, Cruz (1992). Entrevista realizada en Santa Ana del Valle, Oaxaca, por Angélica Bautista Gutiérrez.

Bautista Martínez, Auria (1992). Entrevista realizada en Santa Ana del Valle, Oaxaca, por Angélica Bautista Gutiérrez.

Folleto del Museo de Tepelmeme, Oaxaca.

Guion del Museo de Tepelmeme, Oaxaca.

Gutiérrez, Ricardo (1992, abril). Entrevista realizada en Santa Ana del Valle, Oaxaca, por Mario Camarena Ocampo.

Joutard, P. (1986). *Esas voces que nos llegan del pasado*. México, Fondo de Cultura Económica.

Morales Bautista, Víctor (1992). Entrevista realizada en Santa Ana del Valle, Oaxaca, por Rogelio Sánchez Aquino.

Pérez López, Maximiliana (1992). Entrevista realizada en Huamelulpan, Oaxaca, por Araceli Santiago Bautista.

Pinelo Sosa, Eulalio (1992). Entrevista.

Señora de San Miguel el Progreso, Oaxaca (1992, mayo). Conversación.

Tejedores de Santa Ana del Valle (1992, marzo). Conversación durante un curso impartido.

Tino (1992, marzo). Conversación en Santa Ana del Valle durante un curso impartido.

Capítulo 12

¡Absalón, Absalón! La historia oral y la literatura*

Alessandro Portelli

Este capítulo es la historia de un seminario sobre literatura de los Estados Unidos para graduados en idioma inglés que coordiné en la Universidad de Roma entre 1980 y 1981.

Hace tiempo que me di cuenta de que los estudiantes encuentran difícil relacionarse con la literatura. La perciben como algo bastante separado de sus vidas y experiencias y han tenido que soportarla como un peso en el viaje hacia la graduación. La crítica actual es parte del problema, ya que toma la literatura como un tipo realmente diferente de lenguaje y experiencia, algo que debe someterse a un análisis estrictamente técnico.

Además, en Italia, la mayoría de los estudiantes de carreras en idiomas extranjeros van a la universidad con la idea de estudiar lenguajes, y cuando entran descubren que los lenguajes son solamente instrumentos para el estudio de lo que realmente cuenta en la institución: la *literatura*. La

* Traducido por Mária Averbach.

La primera versión del texto, "Il discorso quotidiano e il discorso letterario", apareció en Mariani, F. (ed.). (1983). *Letteratura, percorsi possibili*, pp. 100-115. Rávena, Longo.

sensación de que les están dando algo diferente de lo que realmente querían aumenta la separación que sienten entre ellos y la literatura.

Al principio, traté de tender un puente para atravesar este abismo eligiendo textos fáciles de leer, socialmente relevantes: *Viñas de ira*, *The Iron Heel*, etcétera. Pero no conseguí más que un éxito indiferente. Así que resolví probar con otra estrategia: elegir un libro difícil, casi abstruso, que no tuviera relación visible con los intereses y experiencias de los estudiantes, y ver si podía hacer que ese libro fuera relevante. Elegí la novela de William Faulkner, *Absalón, Absalón!*, publicada en 1936.

La novela cuenta la historia del ascenso y la caída de Thomas Sutpen, que pasa de “basura blanca” (hombre blanco sin posesiones en el Sur) a dueño rico de una plantación y luego vuelve al principio. La historia está reconstruida a partir de los recuerdos, las conjeturas y las inferencias del joven Quentin Compson cuarenta y tres años después de los hechos. La estratificación de la narración, los cambios en los planos temporales, la dificultad que existe para diferenciar entre hechos y conjeturas, y el estilo muy forjado y trabajado de Faulkner hacen que sea de lectura muy difícil, especialmente para estudiantes extranjeros.

Sin embargo, yo esperaba demostrarles que sus dificultades no estaban causadas por la enorme distancia entre el texto y el habla y la experiencia comunes, sino por su enorme parecido con ellos. Los estudiantes esperaban la secuencia ordenada de la ficción convencional y se vieron frente al desafío de un caos aparente que se parece a la fragmentación y la superposición de voces de la conversación cotidiana, y que, sin embargo, está distanciado de ellas porque lo han colocado en un contexto y un medio nuevos. Así, podría captar la atención de los estudiantes hacia el medio y el contexto y ayudarlos a redescubrir la especificidad de la

literatura como resultado de una experiencia de aprendizaje más que como un dogma *a priori*.

El paso siguiente era la identificación de un corpus de narraciones no literarias, hechas por gente cotidiana en un lenguaje cotidiano, para usarlo en una comparación. En ese momento, yo estaba involucrado en un proyecto de historia oral en la ciudad vecina e industrial de Terni, así que decidí usar algunas de las entrevistas que había recogido allí.

Empezamos con el tiempo. La idea era verificar si los cambios en los planos temporales que dejaban tan perplejos a los estudiantes estaban pensados con espíritu maligno por Faulkner para confundir a los lectores o si la gente contaba historias naturalmente de esa forma. Por lo tanto, investigamos la siguiente narración, recogida en una entrevista con Alberto Petrini, un obrero industrial.

¿Le contaba su padre cómo era el trabajo en la planta química [en la década del treinta]?

Bueno, él tuvo un accidente serio y tuvo que dejarlo. Estuvo en coma y pasó más de un año en el hospital.

¿Cuándo fue eso?

Bueno, yo era chico. Muy chico.

¿Y cómo pasó?

Bueno, uno de los hornos le sopló encima. Más tarde, yo también trabajé en ese mismo puesto, el mismo lugar incluso. Yo había estado trabajando en la acería, y era el representante [representante comunista], ya sabe, así que me sacaron de ahí y me llevaron a la planta de fertilizantes, como castigo. Para sacarme de mis

cosas, hacerme perder contacto con mis camaradas, con los otros miembros de mi partido *rank and file*. Así que me mandaron ahí por un tiempo. Y yo trabajé ahí –tenía unos treinta años entonces– y ahí vi, ya sabe, el mismo lugar en el que pasó el accidente de mi padre. Me acuerdo muy bien de eso; yo estaba aprendiendo a caminar, y después de eso, él tuvo que mantener a la familia como pudiera...

¿Cómo pudo pasar eso? ¿Cómo puede un horno soplarle a uno?

Eran los hornos donde se hacía el carburo de calcio. Traían la piedra sílice de la montaña, después la enriquecían con otros minerales y la quemaban. A veces, había explosiones, ráfagas de fuego [sigue una larga descripción técnica que aquí se omite]. Había *algo* de protección, pero no lo suficiente para que fuera un lugar seguro para los obreros. Yo vi a gente que se quemó como una antorcha, lo vi con mis propios ojos. Una mañana, estaba entrando con el turno de las 6 a. m. Me habían transferido ahí, y era cerca del Primero de Mayo, y estábamos recogiendo el dinero del sindicato; había que ir y pedirselo a los obreros. Así que me quedé junto a las escaleras de los armarios, debajo del lugar donde yo trabajaba, esperando a los camaradas y pidiéndoles dinero cuando bajaban por las escaleras uno por uno. Y me quedé ahí y hubo esa inmensa explosión arriba: ya sabe, tenían ropa de lana, pero cuando esa onda incandescente lo golpea a uno, se quema todo... todo se consume. Y estaban todos rodando por el suelo tratando de apagar el fuego. Aúllan, piden ayuda, pero cuando el fuego golpea uno no puede acercarse, es como un horno. Uno espera

que baje un poco, pero mientras tanto, ellos se están quemando. Y había gente muerta, gente que quedó inválida para toda la vida... gente que no había sufrido tanto, a ellos la masa incandescente no los había golpeado tanto y esa gente pasó seis, ocho meses en el hospital. Les quedaron las quemaduras pero no murieron. El caso de mi padre... no fue mortal pero pasó un año, un año...

¿Realmente se incendió?

Sí, después lo llevaron al hospital y él tenía el hueso de una pierna astillado... No, quebrado. Así que lo llevaron al hospital y los médicos pensaron que se iba a morir, así que no hicieron nada con la pierna. Dijeron: "Se va a morir, no tiene sentido hacer nada con la pierna". Pero él no se murió. Cuando vieron que él, un tipo pobre, había sobrevivido a ese momento crítico y viviría, volvieron y le iban a quebrar la pierna de nuevo para poder arreglarla otra vez. Pero con la otra pierna, la buena que le quedaba, él pateó la puerta y se fue hasta el vestíbulo. No quiso dejarlos quebrarle la pierna de nuevo. Quedó inválido por el resto de su vida pero había sufrido tanto dolor que no podía soportar que le quebraran otra vez la pierna, así, en frío, y después se la arreglaran... pasar por todo eso otra vez. Usted sabe, él había mirado a la muerte a la cara.

Era fácil darse cuenta de que la historia estaba articulada en tres niveles cronológicos cambiantes que se cruzaban unos con otros: la década del treinta (cuando ocurre el accidente del padre de Petrini), la década del cincuenta (cuando Petrini trabaja en el mismo lugar) y el presente (evocado por la comparación implícita entre los días en que no había

descuento por planilla y el sindicato respondía directamente a sus miembros, y la burocratización de hoy).

Los cambios en el tiempo ocurren entre una o dos cláusulas: “Yo vi [...] el mismo lugar en el que pasó el accidente con mi padre [...]; yo estaba aprendiendo a caminar”. El tiempo de la narración oscila entre formas pasadas e iterativas. “Y estaban todos rodando por el suelo [...]. Aúllan, piden ayuda”. Esto aumenta la fluidez de la distinción entre planos temporales.

Con este ejemplo, lo que yo quería era señalar que los narradores usan la manipulación del tiempo no solo para reconstruir el pasado sino para evaluarlo. Esta historia no es un “testimonio” sino una construcción narrativa con todas las de la ley. Como Quentin Compson a través de Sutpen, Alberto Petrini da significado a su propia experiencia a través de su padre y su accidente.

Para hacerlo, empieza todo a partir de secuencias cronológicas y va y viene como un hilo en un telar, adelante y atrás en el tiempo. Con alguna ayuda de Tzvetan Todorov (1971: 53-65) y de William Labov (1976: 12-44), llegamos a la conclusión de que una historia se cuenta “naturalmente” no cuando se adhiere a una cronología “objetiva”, sino cuando se aparta de ella para incorporar sentido y conceptos o juicios subjetivos. Solo un esfuerzo muy cuidadoso, artificial, puede mantener “hechos” y “opiniones” separados; en el habla común en general se mezclan, como se mezclan los géneros literarios en la mayoría de los actos de habla.

En este caso, Petrini quería indicar tanto una continuidad como una ruptura: la continuidad de las condiciones de trabajo entre la década del treinta y la del cincuenta, y el deterioro de la democracia en los sindicatos entre la década del cincuenta y el presente. La filosofía implícita era una crítica al mito del progreso, lo cual contradice el concepto de historia del partido al que pertenece Petrini y se parece más bien al de Faulkner.

Después de esto, fijé mi atención en el intercambio inicial de preguntas y respuestas. Mi pregunta implicaba la creencia inocente de que el padre de Petrini le había *contado* a su hijo cosas sobre su vida, que Petrini había recibido su herencia a través de medios verbales. Como sugiere la respuesta de Petrini, no es esa la forma en que aprenden los hijos sobre los padres. Recogen conocimiento a partir de fragmentos de conversaciones de adultos que logran escuchar, a partir de lo que ven cuando su padre vuelve del trabajo, a partir de la forma en que respiran la experiencia en la fábrica dentro de la atmósfera que los rodea. Lo cual nos lleva de vuelta a nuestro libro.

De eso se trata, en general, *¡Absalón, Absalón!* Así es como aprende Quentin su primera versión de la historia de Sutpen:

Era parte de su herencia de veinte años de respirar el mismo aire y oír a su padre hablar del hombre Sutpen; parte de la herencia de ochenta años del pueblo –de Jefferson– del mismo aire que el hombre mismo había respirado entre esa tarde de septiembre de 1909 y la mañana de domingo de junio de 1833 cuando entró por primera vez en el pueblo procedente de un pasado que no se podía discernir y adquirió su tierra nadie sabía cómo y construyó su casa, su mansión, aparentemente con nada y se casó con Ellen Coldfield y tuvo sus dos hijos –el hijo que hizo enviudar a su hermana que todavía no había sido novia– y así cumplió con su curso asignado hasta su violento (la señorita Coldfield habría dicho justo también) final. Quentin había crecido con eso; los nombres mismos eran intercambiables y casi una miríada. Su infancia estaba llena de ellos; su cuerpo era un vestíbulo vacío con ecos de nombres sonoros, vencidos; él no era un ser, una entidad, era una comunidad. (Faulkner, 1986: 9)

Faulkner insiste en este proceso de aprendizaje a través de olores, sonidos y la constante repetición de historias contadas, *porque* el público ya sabe:

Era un día de escuchar, también escuchar, oír en 1909 eso que él ya sabía, porque había nacido allí y seguía respirando el mismo aire en el que las campanas de la iglesia habían sonado esa mañana de domingo de 1833 y, en los domingos, oía siempre una de las tres campanas originales en el mismo campanario...". (1986: 34)

Este “respirar el mismo aire” es exactamente lo que queremos decir cuando decimos “tradición”.

Aquí, el factor clave es la repetición, que es una de las cosas que los chicos aprenden a evitar como la plaga en la escuela primaria cuando escriben una composición y que, sin embargo, todo el mundo usa en la conversación normal. Así que ahí estaba este trabajo literario, que pertenece enfáticamente a la lengua *escrita*, repitiendo palabras, cláusulas, oraciones, párrafos y episodios enteros en todas las páginas.

El uso que hace Faulkner de la repetición revela un proyecto muy ambicioso: no está tratando de imitar la tradición, sino de reproducirla. *iAbsalón, Absalón!* no es *sobre* la tradición, sino que se *transforma* en una tradición en sí misma porque su estructura interna funciona de la misma manera en que funciona la tradición. Los lectores están colocados en la misma condición que el chico que nace en una cultura o el forastero que trata de entrar en ella. Ambos aprenden por información que se recoge y que, como los lectores del libro de Faulkner, al principio solo entienden vagamente. En un primer momento, reúnen fragmentos de discurso que no están dirigidos a ellos, edifican hipótesis y las descartan.

Les pedí a los estudiantes que reconstruyeran la forma en que habían aprendido sus propias historias familiares. Resultó que el proceso era muy parecido a la forma en que Quentin aprende la historia de Sutpen y a la forma en que ellos, como lectores, aprenden la de Quentin: “entrando” en la historia como un viajero entra en una ciudad desconocida, como un chico entra en el mundo, todos ellos empiezan en el desconcierto total y llegan hasta la inmersión total. Nadie les habla a los chicos, y en este libro, nadie les habla a los lectores. La señorita Coldfield le habla a Quentin, Quentin a Shreve, y así, los demás. En cada conversación, el que escucha sabe algo que nosotros, que estamos espiando, ignoramos; cada historia está incompleta para nosotros, los lectores, y tenemos que reconstruirla escuchando entre líneas.

El pasaje que citamos antes ya es una versión completa, total, de la historia de Sutpen. Aunque aparece bastante al principio en el libro, la historia ya se contó una vez, casi en las mismas palabras:

Parece que este demonio –su nombre era Sutpen—(Coronel Sutpen)—coronel Sutpen. Que vino de ninguna parte y sin aviso a la región con una banda de negros raros y construyó una plantación –(Arrancó violentamente una plantación, dice la señorita Coldfield)—arrancó violentamente. Y se casó con la hermana de la señorita Coldfield, Ellen, y tuvo un hijo y una hija que –(Tuvo sin dulzura, dice la señorita Coldfield)—sin dulzura. Que deberían haber sido las dos joyas del orgullo de Sutpen y el escudo y el consuelo de su vejez, solo que –(Solo que lo destruyeron a él o algo, o él los destruyó a ellos o algo. Y murieron)— y murieron. Sin arrepentirse, dice la señorita Coldfield –(Excepto ella). Sí, excepto ella. (Y Quentin Compson). Sí. Y Quentin Compson. [Las bastardillas son del original]. (1986: 5-6)

Hay diferencias importantes entre las dos versiones. La que acabo de citar (pero que se cuenta *antes* que la anterior en el libro) representa la narración de la historia como un proceso colectivo, casi de antagonistas, en el que el sentido se negocia a través de una discusión de varias voces contrapuestas, voces colectivas con ecos, ritmos y refranes y repeticiones como elementos. La segunda versión es más impersonal, pero contiene al menos una información que no aparecía en la primera: empieza a explicar, aunque de manera críptica, *cómo* fue que los hijos de Sutpen lo “detruyeron” a él y (o) a sí mismos.

La inserción de un nuevo detalle en un esquema de repetición se conoce en el estudio del folklore como *incremental repetition* (en castellano, *repetición incrementada o con agregados*)¹ y es lo suficientemente característica como para estar identificada como un aspecto distintivo del llamado “estilo de la balada”.² Después de familiarizarnos con ese recurso examinándolo en distintas baladas, empezamos a trabajar e hicimos un índice de varios cientos de repeticiones incrementadas en *iAbsalón, Absalón!* El ejemplo más completo y sin embargo más independiente es la historia de la fuga y el casamiento no aceptable de la tía de la señorita Coldfield.

La primera vez que oímos algo sobre esta historia, diez años después del casamiento de Ellen con Sutpen, ella “estaba hablando de venganza” contra la gente del pueblo por no ir a la ceremonia. Más tarde, nos enteramos por casualidad de que una noche “la tía salió por la ventana y desapareció”.

1 En el estudio de la literatura popular española no existe un equivalente a la *incremental repetition* de la balada inglesa. Por lo tanto, la traducción es literal más que técnica, ya que no hay término técnico en el idioma español. (N. de la T.)

2 La introducción más concisa y accesible al “estilo de la balada” (que se usó en el seminario) es la de Albert B. Friedman. (1956). *Folk Ballads of the English Speaking World* (en castellano, *Baladas folclóricas del mundo de habla inglesa*). Nueva York, Viking Press.

Unas doce páginas más adelante, descubrimos por qué: “se fugó con el vendedor de mulas” (*el* vendedor: la expresión supone que cualquiera que esté escuchando la historia ya la sabe). En la página siguiente, los dos detalles se unen y se repiten: ella se fugó “cuando salió por la ventana una noche”. Finalmente, unas veinte páginas después de la primera mención, lo último que nosotros y Jefferson sabemos sobre ella es que la vieron dos años antes tratando de cruzar las líneas yanquis para reunirse con su esposo. Toda la historia se menciona siempre al pasar, en otros contextos; y sin embargo, entre las variantes, las digresiones y las repeticiones, llegamos a saber algo sobre el asunto, como Quentin (y como muchos de nosotros llegamos a saber cosas sobre nuestras tías).

Para comprender las funciones y consecuencias de la repetición incrementada como forma de contar historias, tomamos otra entrevista de mi proyecto de historia oral.

Esta entrevista fue para contar una historia muy parecida a la de Rosa Coldfield: tanto mi informante como el personaje de Faulkner repiten obsesivamente la historia de un compromiso roto que sucedió hace muchos años (cuarenta y tres para la señorita Coldfield, cuarenta y cuatro para la señorita Maggiorina Mattioli). Las dos viven solas; las dos son costureras. Las dos toman la iniciativa de contar la historia. La señorita Rosa llama a Quentin para contarle cómo fueron las cosas en realidad, para aclararlas; Maggiorina Mattioli pone la historia sobre la mesa y la introduce a la fuerza en una entrevista que, según se suponía, iba a ser sobre otra cosa completamente distinta.

Yo la había ido a buscar porque quería oír la historia de su hermano muerto, que era una figura importante en la resistencia antifascista en las décadas del veinte y del treinta. En lugar de contarme eso, ella quería contar la historia de su compromiso roto, y la introdujo tentativa y gradualmente

mediante digresiones que me tentaban y me atormentaban con repeticiones incrementadas:

Bueno, a los diecinueve años, me comprometí. Con un hombre que me dio mucho dolor. Dios sabe que es así, solo Dios. Me tuvo en agonía durante diecisiete años. Piense en eso: diecisiete años. Toda una vida. Yo era una nena antes, y cuando terminó me había convertido en vieja.

Traté de llevar la conversación de vuelta hacia el hermano pero ella pronto volvió a su verdadero tema:

Mi hermano era un chico, había traído papeles antifascistas a casa, ese tipo de cosas. Y yo... icortejando a un fascista! Mire: yo, la hija de un antifascista, que no toleraba a esa gente... pero me enamoré de un fascista. Lo amaba tanto. Diecisiete años. Diecisiete años. Toda una vida. Yo era una nena y después, me convertí en vieja. A los treinta y seis, nos separamos.

Para entonces, ya me había ganado. La historia que ella quería contar era mucho más importante que la que yo buscaba (un suceso muy común en historia oral). En el curso de una entrevista que pareció interminable, me la contó dos veces más, cada vez con más detalle y con repeticiones tipo fórmula: “Toda una vida. Yo era una nena y después, me convertí en vieja”. Pero las primeras dos versiones ya contenían un caso clásico de repetición incrementada: un detalle esencial –la contradicción política entre ella y su novio– se me había negado en la primera versión y se introducía en la segunda.

Mattioli muestra una narración notable y una habilidad para la conversación que es muy interesante. Ella sabe que

esta información va a dejar a su oyente clavado en su lugar, sacar la charla de la política pura y llevarla hacia la política de la vida privada y los sentimientos. Con estas maniobras, ella saca la conversación del tema de su hermano y la lleva hacia ella misma. En realidad, en repeticiones posteriores, lo que se descubre es que la política fue solo un factor; hubo otras razones por las que el compromiso fracasó, y estas razones se introducen gradualmente, cada vez con más fuerza.

Ahora, el descubrimiento de analogías entre “textos” que pertenecen a géneros, tradiciones y medios tan diferentes como las entrevistas de Mattioli y Petrini por un lado y la novela de Faulkner por otro no es una solución sino el corazón del problema. Con este ejercicio, mi intención no era probar que todos los *récits* son iguales: mi objetivo era la *différance*, la diferencia que es la literatura.

Supuse que recursos formales comparables y resultados textuales comparables tendrían distintas funciones en géneros, culturas y medios diferentes. Por lo tanto, decidimos analizar las funciones de la repetición incrementada en la historia de Maggiorina Mattioli y compararlas con las que tiene *¡Absalón, Absalón!*

La función principal está claramente relacionada con el *control*. Por un lado, Maggiorina Mattioli quiere controlar a su oyente probando su atención. También, como narradora, quiere el control del tema y la conversación.

Por otro lado, ella está obligada a repetirse muchas veces porque no está segura de tener todo el control de la historia (“¿Ya dije esto?”). La repetición es su única forma de llenar las grietas y agujeros y corregir los errores, controlar la memoria, tanto de los hechos como de las partes anteriores del “texto”. Mediante el uso de la repetición, como parte de su habilidad como narradora y también por compulsión, Maggiorina Mattioli conquistó el derecho importantísimo de hablar de sí misma, y conquistó el *tiempo*, porque la

repetición le permitió expandir la conversación y posponer el temible momento en el que esta terminaría y ella se quedaría sola de nuevo.

Por lo tanto, en este caso, la repetición incrementada tiene dos tipos de funciones: el contacto y la memoria. Ambos grupos pueden dividirse a su vez en funciones orientadas al narrador o a la narradora y funciones orientadas al oyente o a la oyente de la narración:

a. Contacto

1. Orientada al narrador o a la narradora: expandir la narración
2. Orientada al oyente o a la oyente: controlar la recepción

b. Memoria

1. Orientada al narrador o a la narradora: llenar las grietas, corregir errores
2. Orientada al oyente o a la oyente: asegurar la percepción y retención

La repetición es el vehículo de estas funciones porque el medio es la oralidad. El discurso oral es una pérdida y una recuperación constantes del control. En su forma, determinada por el tiempo, la palabra oral desaparece apenas se la pronuncia, y puede volver a aparecer otra vez y lograr algún tipo de permanencia solo si se la dice una y otra y otra vez. Por lo tanto, la repetición se convierte en una necesidad técnica de la comunicación oral.

Por otro lado, se supone convencionalmente que, en el caso de la literatura escrita, la persona que escribe y la que lee (o, para decirlo de mejor manera, el narrador y el receptor) tienen siempre todo el control. Desde el punto de vista de la memoria (función b), el escritor puede corregir los agujeros y grietas y errores antes de enviar el texto a la

impresión (o incluso después, en las pruebas), y los lectores pueden volver a releer las secciones del texto que no hayan entendido o hayan olvidado. Ambos pueden variar la duración del texto y de la función o sesión de narración cambiando el ritmo de la lectura o de la escritura.

En cuanto al contacto (función a), en lugar de probarlo y comprobar que sigue ahí, en la escritura la repetición corre el riesgo de cortar el contacto que se estableció supuestamente en el momento de la compra, por aburrimiento. La repetición –tan necesaria en la sesión de narración oral– se convierte en algo técnicamente redundante en el texto escrito.

Podríamos decir que el hecho oral es *irrepetible* y que, por lo tanto, solo puede sobrevivir si se incorpora la repetición en el hecho mismo. El texto escrito, en cambio, incluye la repetición en su tecnología. Un libro puede imprimirse en miles de copias absolutamente iguales, puede preservarse para volver a hojearse y mirarse un número indefinido de veces. Es cierto, cada lector o lectora y cada lectura saca algo diferente del texto; pero el texto mismo permanece igual. Una vez que ese grado relativo de estabilidad queda asegurado por “la tecnología de la palabra”,³ el texto mismo ya no tiene necesidad interna de incorporar la repetición. Por lo tanto, la repetición, que aparece por *necesidad* en la oralidad, aparece en la escritura por *elección* (suponiendo, por supuesto, que el escritor o la escritora sean competentes para manejar el medio).

Esta génesis diferente señala finalidades diferentes. La oralidad y la escritura están frente a peligros opuestos: la palabra hablada está amenazada por la falta de permanencia

3 El subtítulo del libro *Orality and Literacy* (en castellano, *Oralidad y escritura*) de Walter J. Ong (Londres, Methuen, 1982) es “The Technologizing of the Word” (en castellano, “La tecnologización de la palabra”).

y la escritura está amenazada por la permanencia. El discurso oral “corre como la arena a través de nuestros dedos”, para decirlo de alguna forma, y, si queremos retenerlo, debe “solidificarse”, “congelarse” aunque fuera de una forma precaria. La escritura, en cambio, nos llena literalmente las manos con palabras sólidas, ya congeladas. Nada se pierde, no, pero nada parece en movimiento.

La consecuencia es un oxímoron doble: cada medio sostiene como valor lo que el otro teme como amenaza; y, de acuerdo con un principio económico de escasez, cada medio valora lo opuesto de lo que normalmente hace, lo opuesto de lo que normalmente es. La oralidad no es permanente y, por lo tanto, valora la memoria, la tradición, la conservación y la repetición, ya que su práctica está determinada por la dificultad de conservar, recordar y duplicar cualquier cosa con exactitud. La escritura es estable y permanente y, por lo tanto, sus valores son la innovación, el cambio y la experimentación, ya que su práctica consiste en imprentas, bibliotecas, archivos y hace difícil que una cultura tipográfica se olvide o tire algo alguna vez.⁴ No es sorprendente que estos dos medios, acosados por peligros diferentes, recurran a la estrategia de intercambiar sus armas.

La repetición (incluyendo todos los tipos de habla formalizada) puede considerarse la forma implícita en que la oralidad logra algo de la autoridad y la permanencia de la escritura. Los artistas de la expresión oral crean una estética basada en las mismas limitaciones de su medio, en el juego interrelacionado de la repetición necesaria y el cambio inevitable y convierten en virtud una necesidad. Históricamente, a medida que se crean nuevos modos de

4 En cuanto a la imposibilidad de olvidar que tienen las culturas escritas, véase Goody, J. y Watt, I. (1968). *The Consequences of Literacy* (en castellano, “Las consecuencias de la alfabetización”). En Goody, J., *Literacy in Traditional Societies* (en castellano, *La alfabetización en las sociedades tradicionales*), pp. 28-68. Cambridge, Cambridge University Press.

preservar palabras, las funciones estéticas de estos recursos se independizan de sus funciones técnicas. La literatura escrita adopta recursos que la oralidad creó para asegurar la estabilidad y la permanencia y lo hace para connotar fluidez y espontaneidad.

En realidad, una de las funciones de la literatura es fundir la rigidez de la escritura material. Los conceptos de innovación, vanguardia y experimentación están determinados por el tiempo: no tienen permanencia, son temporarios. Por lo tanto, un tipo de discurso como el oral, cuyas características inherentes son la fluidez y la falta de permanencia, era demasiado bueno como recurso. La literatura no lo ignoró. Irónicamente, la escritura copia la oralidad adoptando precisamente los recursos que la oralidad desarrolló para “escribirse” a sí misma –de los cuales la repetición es uno de los esenciales– y así crea la impresión de un discurso escrito que está luchando con el tiempo como si fuera oral.

Examinemos ahora el tipo de repetición que lleva el nombre de “corrección paratáctica” y compáremosla en Faulkner y en Alberto Petrini.

Al principio del relato, el narrador dice que la historia de Sutpen era “parte de la herencia de ochenta años del pueblo –de Jefferson–”. Se nos está invitando a imaginar que después de decir “pueblo”, el narrador se ha dado cuenta de que sus lectores tal vez no sepan de qué pueblo está hablando y que por eso agrega el nombre. En la entrevista de Petrini, hay un momento en que él dice que su padre “tenía el hueso de una pierna astillado... no, quebrado”.

Y nuevamente, aunque los dos “textos” parecen similares en la superficie, las historias diferentes que cuentan producen dinámicas internas diferentes. Petrini está buscando control: quiere que su historia sea exacta y confiable, así que cuando descubre que está equivocado agrega la información correcta. Faulkner, en cambio, tiene todo el control.

Podría haber tachado “pueblo” en el manuscrito y reemplazarlo por el más específico “Jefferson”. Pero la impresión que quiere dar es una en la que hay un borramiento del control. Petrini está luchando contra el tiempo: quiere recuperar el hecho tal como fue en la realidad. Faulkner está luchando a favor del tiempo: quiere que su texto se infecte con la falta de permanencia orientada al tiempo, que es tan propia de la oralidad.

Claro está que ni la literatura ni la oralidad desean o pueden abolir sus naturalezas e identidades originales. Lo único que hacen es integrarlas, explorar sus límites y posibilidades y experimentar con alternativas. Los resultados son formas intermedias, en las cuales la oralidad y la literatura podrán parecerse pero siguen siendo muy diferentes por dentro. Mirar esas formas es como mirar una foto de una laguna parcialmente cubierta de hielo: tal vez sea un retrato de la helada temprana del invierno, pero también puede ser el de los últimos rastros del deshielo de primavera. En realidad, esa duplicidad está implícita en el texto de Faulkner. Mientras inyecta tiempo en su texto a través de la *dinámica* de la oralidad, sustrae a su texto del tiempo a través de la oralidad como *mito*. Por las razones de autodefensa que ya describí brevemente, la oralidad lucha por la atemporalidad y está imaginada como atemporal en las culturas escritas que colocan los orígenes de la historia en el momento de la invención de la “escritura”.⁵ A Faulkner le preocupa especialmente la recuperación de este “tiempo antes del tiempo”, y esto se aplica a *El oso* todavía más que a *iAbsalón, Absalón!* En *El oso*, Faulkner hace un uso todavía más consciente de la repetición y las fórmulas

5 La referencia obvia y la razón para colocar comillas en “escritura” es la obra de Jacques Derrida (1976). *Of Grammatology* (en castellano, *De la gramatología*), traducida por G. L. Spivak. Baltimore, John Hopkins University Press.

(Martino, 1987-1988). La repetición tiene dos funciones: evoca la fluidez intrínseca del medio oral y usa la oralidad para mantener su fluidez bajo control. Este uso de recursos repetitivos y de fórmulas permite a Faulkner inyectar y sustraer tiempo a la vez.

Ahora, volvamos al hecho de que todo esto fue, en origen, un experimento didáctico. Como tal, fue básicamente un fracaso. No es que los estudiantes no sacaran nada de él: estaban interesados, participaron activamente y escribieron trabajos excelentes. Pero mi meta era más ambiciosa: yo no estaba tratando de sugerir otro método crítico que ellos pudieran archivar con los otros. Estaba tratando de influenciar todo el enfoque que ellos tenían de la literatura y el lenguaje. Y ahí fue donde fracasé.

En primer lugar, hay que tomar en cuenta las condiciones materiales de la enseñanza de la literatura. Yo había esperado que al concentrarnos en un libro solamente, ellos lo leyeran con rapidez y después pudiéramos discutirlo juntos. Resultó que, aunque *¡Absalón, Absalón!* está en Penguin, no había ninguna librería de Italia central que tuviera copias de la edición. La biblioteca del departamento estaba fuera de servicio por cuarto año consecutivo a causa de la mudanza de un campus a otro. Para cuando pasamos mi propia copia y la fotocopiámos (y pedimos más copias del extranjero), había pasado la mitad del semestre. Mientras tanto, había clases todas las semanas, así que yo hablaba solo la mayor parte del tiempo. Este tipo de organización dio a los estudiantes una combinación de lo peor de dos discursos académicos: el monólogo de un curso de conferencias y el enfoque inconcluso, abierto, de un seminario. Terminé dándoles mis propios descubrimientos e hipótesis, que yo esperaba que descubrieran por sí mismos.

Finalmente, escribieron hermosos trabajos, sí, y en ellos confirmaron lo que yo les había dicho, lo cual no los curó de

su adicción a depender de la autoridad académica. Yo había subestimado el hecho de que estos estudiantes no eran *tabula rasa*. Tenían años de educación. Yo quería que se dieran cuenta de que todos hablamos prosa, y ellos se quedaron escondidos detrás de las paredes infranqueables que habían erigido la escuela, la universidad y la crítica alrededor de los conceptos de prosa y poesía. Esas cosas son para gente especial, y la gente común como nosotros solo puede aproximarse a ellas con miedo y reverencia y tocarlas apenas con una vara de diez metros. Tal vez así es como son las cosas actualmente; tal vez todo ese edificio de paredes ha logrado finalmente aislar a la poesía y a la prosa de nuestra habla común y nuestro mundo cotidiano.

Así que los estudiantes siempre quieren aprender cosas nuevas *sobre* la literatura, pero nunca tratan de hacer algo *con* ella. Para fin de año, sabían todo lo que había que saber sobre la repetición incrementada en Faulkner y en las baladas, pero no estaban preparados para reconocerla en la conversación de todos los días. Seguían sin superar la jerarquía entre las ideas generales y los objetos específicos –incluyendo el libro que tenían entre manos–, y el obrero y la vieja dama eran, como mucho, una linda novedad, o incluso otra locura de un profesor.

El punto de impacto llegó cuando les pedí que compararan su propia forma de hablar con la de Faulkner. Toda su educación los había entrenado para creer que el lenguaje, la historia, la literatura y la cultura no son algo que creamos nosotros, sino entidades que existen fuera de nosotros, ya construidas y terminadas, y que solo están esperando que nosotros las estudiemos, las aprendamos, las traguemos enteras. Así que cualquier analogía que pudieran haber descubierto entre la forma en que hablaban ellos y la forma en que escribe Faulkner puede haberlos llevado a un sentimiento despectivo con respecto

a Faulkner en lugar de a una nueva comprensión de ellos mismos.

Tal vez tengan razón –van a tener razón– mientras la dignidad de la cultura, la literatura y el arte se mida por la distancia que hay entre ellos y nuestras vidas.

Bibliografía

- Derrida, J. (1976). *Of Grammatology*. Baltimore, John Hopkins University Press.
- Faulkner, W. (1986). *Absalom, Absalom!* Nueva York, Vintage Books.
- Friedman, A. B. (1956). *Folk Ballads of the English Speaking World*. Nueva York, Viking Press.
- Goody, J. y Watt, I. (1968). The Consequences of Literacy. En Goody, J. *Literacy in Traditional Societies*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Labov, W. y Waletzky, J. (1967). Narrative Analysis: Oral Versions of Personal Experience. En Helm, J. (ed.), *Essays on the Verbal and Visual Arts*, actas del Encuentro Anual de Primavera de 1966 de la Sociedad Etnológica de los Estados Unidos. Seattle y Londres, American Ethnological Society y University of Washington Press.
- Martino, M. (1987-1988). *Oralidad e tempo in The Bear de Faulkner*. Tesis inédita del Departamento de Inglés de la Universidad de Roma La Sapienza.
- Todorov, T. (1971). Primitive Narrative. En *The Poetics of Prose*. Ithaca, Nueva York, Cornell University Press - *Poétique de la Prose*. París, Seuil.

Capítulo 13

Detrás de la cortina

Prólogo al libro *Oposición obrera a la dictadura**

Pablo Pozzi

Todo buen estudio histórico comienza por la conclusión. Esa conclusión siempre es el resultado de una posición política e ideológica. No importa cuánto lo disfracemos o cuán inconscientemente lo hagamos, nuestra opinión sobre el desenlace de la historia siempre está al principio. En general, la profesión tiende a tratar de silenciar este aspecto central del trabajo del historiador centrándose, en cambio, en una aparente objetividad positivista que hace eje en la precisión y el cúmulo de la investigación. Lo que se deja de lado es la discusión sobre los significados de la experiencia humana y el cómo nosotros la interpretamos. La obligación moral y política que todos tenemos de interpretar la totalidad de un hecho histórico no debe confundirse con la tarea de asignar responsabilidades políticas y morales por crímenes específicos. El comprender un hecho histórico es en sí mismo un acto moral y político, y la capacidad de

* Tomado de Pozzi, P. (2008). *La oposición obrera a la dictadura (1976-1982)*. Segunda edición revisada y ampliada. Buenos Aires, Imago Mundi. Se publica con autorización del autor, como ejemplo de la construcción de una investigación.

comunicar esa interpretación histórica es algo que puede, en principio, brindar instrumentos para tomar mejores decisiones políticas y morales en el futuro. En este sentido, la discusión sobre la clase obrera argentina bajo la dictadura de 1976-1983 no ha sido una mera disputa académica. De hecho, la conformación de una perspectiva particular que postula la derrota histórica de la clase obrera argentina se ha convertido en la base material para renunciamentos políticos e ideológicos de todo tipo. Sin embargo, la realidad de la clase obrera siempre reabre el debate. En esta discusión, los desacuerdos continuarán sin resolución definitiva a largo plazo. Por un lado, porque los procesos de la investigación y su interpretación son siempre abiertos, planteando conclusiones tentativas hasta que los modifica una mejor investigación. Pero más aún, porque los desacuerdos, como casi todos los debates históricos importantes, contienen un componente ideológico esencial que hace a la visión del historiador en cuanto al papel histórico de la clase obrera.

Hacer un nuevo prólogo a una obra siempre es un problema, sobre todo porque había transcurrido poco tiempo desde que terminé la primera versión de este trabajo y ya quería cambiarla toda. Como expresé antes: toda obra es esencialmente inacabada. Habría que agregar que también es un testimonio personal y profesional de época. He optado por no corregir errores, ni reescribir el trabajo, ni siquiera agregué la investigación realizada posteriormente, precisamente por esta razón. Por otro lado, mi característica personal es que una vez que escribí una investigación no la quiero ver nunca más. En el caso de este libro eso ha sido muy difícil, sobre todo porque aún hoy, veinte años más tarde, me siguen invitando o me conocen en el movimiento obrero argentino por haberlo escrito.

Así, esta fue una obra de historia militante y también de historia académica. Por un lado es historia tradicional,

construida en base a trabajo de archivo, de la prensa escrita, de informes gubernamentales y de ONG, de estadísticas y de la historia oral donde los recuerdos de los protagonistas nos permiten un acceso privilegiado a los trabajadores politizados del período 1976-1983. De hecho, este trabajo fue la base de mi tesis doctoral en la Universidad de Nueva York en Stony Brook. Por otro lado, es una historia dirigida y pensada más allá del mundo académico. Sus interlocutores imaginarios eran los activistas obreros que estaban en aquel entonces (1984-1987) intentando construir un movimiento obrero democrático, clasista y combativo y que se enfrentaban a una historia oficial que decía que los trabajadores no eran más protagonistas de la historia y que habían colaborado o consentido la dictadura militar. Más allá de todo lo anterior, quiero comenzar retratando un par de experiencias con este libro para luego tratar de explicar y discutir algunas cosas desde veinte años después de escrita la obra.

Para mí la historia es algo poderoso, emocionante y liberador. Por eso cuando escribo no lo hago para los colegas sino, más bien, para comunicarle cosas que a mí me parecen importantes al tipo común de la calle. Eso a veces me sale bien, y otras no tanto. En el caso de este libro, creo que me salió bastante bien. Un ejemplo de esto ocurrió hace quince años, cuando estaba investigando la historia del PRT-ERP. Había ubicado a un santiagueño, viejo militante, que había sido condecorado por su organización por su excelencia en el trabajo de masas. Yo quería que este hombre me contara su vida porque intuía que lo que había vivido era importante para mí como historiador y, sobre todo, como persona. Después de perseguirlo bastante me dio una cita en un bar. Ahí estábamos los dos, sentaditos, y yo con mi única oportunidad de convencerlo de hablarme. Como buen intelectual, yo hablaba hasta por los codos, y él se limitaba a escuchar sin reacción. Yo estaba desesperado. “¿Otro café?”

le decía, con la esperanza de tener más tiempo de convencerlo y de encontrarle la vuelta. Y nada. Finalmente, al cabo de largo rato, me dice: “¿Vos te llamás...?”. “Chau, sonamos”, pensé yo. “Pozzi”, le dije. “Ah, sí, vos escribiste un libro sobre la clase obrera y la dictadura, ¿no?”. “Sí”, confirmé, medio temblando, recordando que la edición original de este libro era, efectivamente, de tapa azul. “Era de tapa azul... Siiiií, era interesante. Podemos hablar”. Yo me sentí como el mejor historiador del mundo. Sobre todo porque no me había dicho que era bueno, sino que era interesante. O sea, si bien no estaba de acuerdo con todo lo escrito, había percibido que el libro era para él, un trabajador. En un breve minuto me sentí útil y sentí que la historia era lo que yo creía que debía ser.

Más o menos por la misma época yo participaba como profesor de Historia del Movimiento Obrero en la escuela sindical de la UOM (Unión Obrera Metalúrgica) de Quilmes. En esos años pasaron por mi curso un par de centenares de delegados metalúrgicos. Una de las cosas que discutíamos era el Capítulo 3 de este libro, sobre la resistencia obrera a la dictadura (y debo confesar que algunos otros, sobre todo el Capítulo 2, los encontraban muy áridos). Tanto debatir sobre la clase obrera argentina nos había llevado a charlar bastante de Marx. Al final de una de las clases se me acercó un joven chaqueño, que no debía tener más de veintitrés o veinticuatro años. “Profe”, me dice, “ese tipo Mars era interesante, ¿no?”. “Sep”. “Dígame, ¿cómo se deletrea ‘Mars’?”. “Eme, a, erre, equis”, le dije. “Marx”, escribió. “Y, dígame, ¿de qué provincia es?”. A mí me pareció maravilloso. Para ese compañero, Marx era de tal actualidad que no solo tenía que estar vivo sino que debía ser argentino. Una vez más, la historia me pareció algo poderoso y liberador.

En ambos casos, lo que me quedaba en claro era que para ser un historiador de la clase, y para la clase obrera,

había que ser algo distinto a la anquilosada, aburrida y clasista academia. Ser de izquierda y estar con los trabajadores no era tener un discurso “marxistoiide”, sino una práctica social, un lenguaje, una relación entre lo intelectual y la vida cotidiana de los trabajadores. Esto fue lo que traté de hacer cuando escribí este libro. Tenía que haber otra forma de hacer historia, de hacer *buena* historia. Porque no se trata solo de hacer populismo y hablar “en fácil”, sino más bien de expresar cuestiones complejas en una forma que pueda leer un obrero, sentirse reflejado, aprender de las experiencias y que le sirva para repensar su propia realidad. Esto implica que hay que saber mucha historia, que hay que manejar teoría, que hay que conocer métodos, para después hacerlos accesibles y traducirlos en un estudio comprensible para cualquiera. *Oposición obrera a la dictadura* trató de ser eso: un trabajo logrado que sintetizara la experiencia de un trabajador para que otros se puedan ver reflejados en ella y puedan repensar su propia realidad.

Un gran historiador norteamericano, David Montgomery, que había sido obrero mecánico durante muchos años, explicó que él había sido expulsado de su fábrica por militante. Como la lista negra no le permitía volver a ser obrero, se dedicó a hacer la segunda cosa que más le gustaba: ser historiador. Y él no escribía la historia de la clase obrera, escribía *su* historia. Yo trabajé durante años en distintos establecimientos: automotrices, gráficos, de joyería. No me engaño: si bien los compañeros me querían, yo no era igual a ellos. Como me dijo uno: “Vos te podés ir de aquí cuando quieras”. Sin embargo, cuando escribo o enseño historia escribo, también, *mi* historia y la de ellos; y es para mí y para ellos. Por eso este trabajo no tiene la falsa objetividad que pretende la academia: esta es una historia politizada y para los trabajadores.

Este libro veinte años después

Cuando investigué y escribí este libro existía una Argentina y una coyuntura política que feneció bajo los duros golpes de la “economía de mercado”. Todavía existía el así llamado “modelo económico mercado internista”, aunque muy desgastado; el movimiento obrero organizado era poderoso y la UOM seguía siendo su columna vertebral; los últimos años de la dictadura habían generado una gran cantidad de jóvenes activistas obreros que fluyeron hacia la izquierda y hacia un sindicalismo antiburocrático; crecieron el MAS (Movimiento al Socialismo) y el PC (Partido Comunista), además de otras numerosas agrupaciones; Lorenzo Miguel perdió nueve seccionales en la UOM y el desafío de listas pluralistas en los sindicatos hacía peligrar el predominio del Peronismo. Pero por sobre todas las cosas, muchísimos argentinos se volcaron a la participación política con la convicción de que se podía mejorar la sociedad. Sin embargo, y por debajo de esto, también sabíamos que el aparato represivo estaba intacto y que muchos de los políticos peronistas y radicales (como Luder y Alfonsín) estaban profundamente comprometidos con el mismo. Y si alguno tenía dudas al respecto, bastó el primer levantamiento carapintada y las “Felices Pascuas” de Alfonsín para confirmarlo.

Por un lado, yo quería aportar a la reconstrucción de una izquierda obrera y clasista. Por otro, no sabía qué se podía decir y qué no. Así, el libro tiene mucha información sobre la conflictividad obrera durante la dictadura, pero esta aparece como absolutamente espontánea. Asimismo, se afirma que “se generaron nuevas camadas de activistas” sin decir cómo. Tampoco hay referencias a partidos políticos en el desarrollo de la conflictividad. Todo eso a pesar de que yo contaba con mucha información al respecto. Por ejemplo: en SAIAR, en Quilmes, la

oposición obrera se encontraba motorizada por militantes vinculados a la JTP (Juventud Trabajadora Peronista); en Littal, Avellaneda, los dos principales activistas eran de la Federación Juvenil Comunista y del PST (Partido Socialista de los Trabajadores); en Alpagatas y en Volkswagen de Monte Chingolo, activaban militantes de Política Obrera; en Shell y en el Frigorífico Pedró militaban obreros comunistas; en UPCN-PAMI había compañeros que provenían de las JP regionales; en Swift de Rosario había viejos PRT-ERP al igual que en Luz y Fuerza de Córdoba y que en varios ingenios tucumanos; en el ingenio Ledesma de Jujuy activaba gente que había estado ligada a Vanguardia Comunista; en Aluar de Puerto Madryn había viejos “setentistas” que se habían cobijado en el Partido Socialista Popular. Y la lista era larga, pero en aquel entonces yo sentí que hacer referencia a esto podía generar problemas de seguridad para los compañeros.

Hoy en día, veinte años más tarde, se puede decir que en aquel entonces me equivoqué. Podría haber buscado formas de señalarlo sin delatar a nadie y, al mismo tiempo, rescatar el papel de los militantes obreros que, a riesgo de sus vidas, se enfrentaron a la dictadura. Esto es así, sobre todo, porque el libro deja la impresión de que la dictadura arrasó con toda la militancia y en ese sentido abonaba a la ola de despolitización que generaba el alfonsinismo. O peor aún, no rescataba el papel heroico e ignorado de tantos y tantos militantes obreros revolucionarios. En síntesis, como en la práctica nadie sabía si la democracia restringida alfonsinista era algo muy transitorio o si se iba a afianzar, evité tocar una serie de temas que podían generar consecuencias a la seguridad de mis testimoniados. Así, no cité testimonios ni di datos sobre filiación política. En la obra parecería que la clase obrera argentina tiene características espontaneístas. Esto claramente no es así.

La obra tenía una cantidad de discusiones y de marcos teóricos subyacentes, amén de unas cuantas cosas que no se dijeron y otras que representaron una negociación de la época. En un plano político, a mí me interesaba particularmente la discusión en torno al fascismo latinoamericano y las propuestas de accionar que se derivaban del mismo. Para decirlo muy sintéticamente, yo recordaba la vieja definición aportada por Georgi Dimitrov, que sostenía que el fascismo es la dictadura salvaje de los sectores más concentrados del capital financiero. En aquel entonces a mí me pareció que esta definición se aplicaba bastante bien a la dictadura argentina de 1976-1983. Para muchos, la discusión en torno al fascismo derivaba necesariamente en una resignación de las posiciones socialistas y del protagonismo obrero, para concluir en “frentes populares” donde los revolucionarios fueran, en el mejor de los casos, el furgón de cola de los partidos burgueses. Yo no estaba de acuerdo. Como historiador, había leído bastante sobre la historia del fascismo italiano, y como militante, me había fascinado la claridad política de las “Tesis de Lyon” propuestas por Antonio Gramsci en 1926. Allí, el revolucionario italiano no solo reivindicaba el protagonismo de la clase obrera, sino que proponía el “frente único” como herramienta política alternativa. Pero más aún, sus propuestas se basaban en una claridad meridiana de pensamiento clasista. Así, planteaba que “la función de la oposición burguesa democrática consiste, en cambio, en colaborar con el fascismo para impedir la reorganización de la clase obrera y la realización de su programa de clase” (1981: 241). En este sentido, la burguesía antifascista sigue siendo burguesía y, por ende, antiobrera. Mi postura era que esto se podía aplicar a la situación argentina cincuenta años después del Congreso de Lyon. Así, yo discrepaba tanto de la posición del Partido Comunista como de Intransigencia y Movilización Peronista y de los variados PRT-ERP en

cuanto a que no solo pensaba que la clase obrera seguía siendo la protagonista de la historia, sino que era fundamental plantear y construir alternativas revolucionarias socialistas.

Ahora, lo anterior alcanzaba para una toma de posición, pero no para hacer historia. Asimismo, muchos militantes de la época habíamos leído obras como la de Julius Fucik, *Reportaje al pie del patíbulo*, o la de Jan Valtin, *La noche quedó atrás*, y ni hablar de la de Jorge Amado, *Los subterráneos de la libertad*. Estas obras me habían interesado porque planteaban la capacidad de resistir a la represión en las peores condiciones. Y no es que supusiera que la clase obrera “siempre lucha”, sino que más bien me parecía ilógico que una clase movilizadada, con fuertes niveles de organización y tradiciones izquierdistas, simplemente se llamara a la quietud de la noche a la mañana. En este sentido, los estudios sobre los trabajadores bajo el fascismo y los testimonios (novelados o no) de las formas de resistencia subterránea tenían una importancia particular porque sugerían pistas para la investigación. Así, encontré los trabajos del marxista inglés Tim Mason sobre la clase obrera alemana bajo el nazismo.¹ Este autor había encontrado en su extensa investigación que la represión absoluta había resultado en un aniquilamiento del activismo y la militancia obrera. También registró cuidadosamente la destrucción de formas de organización y de toda una serie de redes culturales izquierdistas que los trabajadores habían desarrollado durante décadas. Sin embargo, también encontró que esto no había llevado a los obreros alemanes a una apatía y quietud. Por el contrario, Mason descubrió niveles de conflictividad y lucha que aprovechaban las características particulares del régimen.

1 Mason, T. (1993). *Social Policy in the Third Reich. The Working Class and the 'National Community'*. Nueva York, Berg. Esta obra recopila los estudios de Mason sobre el tema, que fueron publicados en alemán entre 1971 y 1977. Su proyecto de investigación no pudo ser completado antes de su muerte, en 1990.

Más aún, lo que encontró Mason, a partir de revisar una extensa documentación disponible sobre la política social nazi, fue que la actividad de los trabajadores tenía efectos que se podían percibir en la superestructura política como límites o frenos concretos a los objetivos del nazismo. A esta actividad él la llamó “oposición” para diferenciarla de “resistencia”, dado que entendía que esta última contenía objetivos más o menos perceptibles. Y señaló que “los obreros alemanes se rehusaron a colaborar con el régimen no meramente a través de la indiferencia o de la apatía, sino con formas identificables de acción colectiva”. La causa de este accionar residía “en las tradiciones residuales de solidaridad práctica, en la memoria de los derechos adquiridos y de las prácticas políticas colectivas que se remontaban a las décadas anteriores a 1933” (1993: XIII). Por ende, en el caso de los obreros alemanes, su oposición conformaba un comportamiento que se podía identificar como clasista, puesto que se basaba en una experiencia social colectiva. Su pregunta era: “¿Cómo pudo la dictadura nazi establecerse en una sociedad cuyas instituciones democráticas y fuertes tradiciones de movilización obrera deberían haber ofrecido suficientes garantías contra semejante invasión?”. Así, notó que “la documentación revela que el fracaso del régimen en aplicar sus prioridades políticas sobre la población trabajadora era el resultado de la preocupación que este tenía con la posibilidad de una oposición generalizada” (1993: XI), y no de la incompetencia de sus técnicos y políticos. Por lo tanto, Mason planteó que: Tanto como blanco de la represión y como objeto del miedo de aquellos en el poder, la clase obrera jugó un papel crucial en la historia del Tercer Reich. Ni el miedo ni la represión fueron un

componente incidental o misterioso de las políticas del régimen: fueron una parte integral de la estructura económica del sistema, un producto natural y necesario de la historia del movimiento obrero y del capitalismo alemán. (1993: XXV)

Mason aclaró que el “programa social de la dictadura nazi era eliminar la lucha de clases en la sociedad alemana” y que este programa “fracasó por la lógica socioeconómica de la lucha de clases” (1993: 40). En esto Mason descubrió que la percepción de que la población alemana había apoyado al nazismo era una generalización que ocultaba más de lo que aclaraba. Por ende, estudió la composición social del partido nazi (NSDAP) para encontrar que este se componía de relativamente pocos obreros, que rara vez ostentaban posiciones de liderazgo, y que muy pocos sindicalistas, socialistas y comunistas (aunque un número mayor de estos últimos) se habían volcado al nazismo. Por ende, planteaba que el NSDAP tenía una base social que era “fundamentalmente y en su totalidad hostil a los obreros” (1993: 49). Esto generó una respuesta obrera que, si bien fue insuficiente, no por eso implicó ni colaboración ni consentimiento con el régimen. Por último, Mason aclaró que esto no implicaba ningún tipo de teleología obrerista y, mucho menos, un determinismo mecánico. “La inevitabilidad de la lucha de clases fue determinada por la estructura de clase de la sociedad capitalista alemana [...] pero no las formas específicas y las configuraciones en las cuales este conflicto se manifestaba en un determinado momento” (1993: 55).

La dictadura de 1976-1983 se ha convertido en un hito en la historia y en la conciencia de los argentinos. La escueta síntesis del argumento de Mason (un argumento necesariamente muy complejo) me había parecido de singular utilidad para pensar la clase obrera argentina bajo la dictadura.

Por un lado, fue el sugerente análisis de Mason lo que me llevó a titular este libro *Oposición*, y no *Resistencia*. Sobre todo porque me quedaba claro que lo que había ocurrido entre 1976 y 1983 no tenía demasiadas semejanzas con la famosa Resistencia Peronista. Esta última era una lucha que involucraba muchas cosas, pero principalmente el retorno del general Perón al Gobierno, y que muchos trabajadores vinculaban ese retorno con una vida mejor. Así, la resistencia tenía objetivos políticos explícitos. En cambio, la oposición era un accionar clasista colectivo para defenderse de lo que era una agresión salvaje sobre las conquistas y la vida del trabajador. Si bien ambos tenían contenidos de clase, me parecían (y me parecen) cualitativamente distintos.

Por otro lado, a mí también me llamaba la atención que los distintos analistas del fenómeno supusieran que la dictadura se había retirado en 1983 por “incompetencia”, o que todos supusieran que décadas de experiencia colectiva clasista pudieran desaparecer de la noche a la mañana. Es más, casi todos aceptaban tácitamente que la clase obrera había colaborado con la dictadura. Esto se convirtió en una especie de consenso aceptado por todos, sin necesidad de probarlo. La única voz disonante era este libro, que sí se basaba en investigación. En su momento generó bastante discusión. Lo notable de la misma fue que rara vez se discutían los datos; más bien se me acusaba de “politizado” y poco objetivo, como si las posturas contrarias se guiaran por algo más que la ideología (y en el caso de muchos de mis contrincantes, por la conveniencia política del momento).

Aún hoy queda claro que la discusión sobre la clase obrera argentina y la dictadura se encuentra enmarcada fuertemente no solo por una lectura de la última década, sino también por una conclusión sobre las consecuencias y efectos de la dictadura de 1976-1983 y la apertura democrática. En este sentido, existe un reduccionismo que limita el

análisis a la dicotomía “derrota *versus* victoria”. En otras palabras, o la apertura democrática fue un triunfo de la clase obrera y el pueblo, al estilo de la de 1973, o bien fue una derrota de la clase y la apertura se debió a factores ajenos a la lucha de clases. Esta visión es notable puesto que, por lo general, se sustenta en escasa investigación y una reificación de la apertura de 1973 que la eleva a la categoría de tipificación histórica. Así, aquellos cuyos intereses se ven representados por variaciones del posmarxismo plantean la derrota, mientras que los que siguen afirmando la centralidad histórica de la clase obrera se ven reducidos a aseverar su triunfo.

Existe, por supuesto, otra postura y la planteamos con Alejandro Schneider hace más de una década (Pozzi y Schneider, 1993). Si partimos de un análisis que acepta que la apertura de 1973 fue atípica, en el sentido en que se basó en un auge de masas y una ofensiva muy clara de la clase obrera y el pueblo, veremos que otras aperturas en la Argentina estuvieron más cercanas a la de 1983. La de 1945 fue producto de un golpe de estado; la de 1958 fue controlada y limitada hasta el punto en que la expresión política mayoritaria fue proscripta. Sin embargo, en ambos casos es innegable que la lucha de clases jugó un papel fundamental. Las transformaciones sociales y los conflictos de la década de 1930, el auge de la izquierda y la movilización popular del 17 de octubre de 1945 fueron algunos de los aspectos que marcaron los orígenes del Peronismo. A su vez, la Resistencia Peronista marcó fuertemente la elección de 1958. ¿Fueron estas aperturas un triunfo popular? Entendidas como parte del proceso de lucha de clases, y aceptando que la misma establece tendencias y rara vez triunfos o derrotas nítidas, es indudable que fueron un triunfo. Y eso a pesar de que las distintas alianzas reaccionarias lograron imponer límites concretos.

¿Qué pasó en 1983? Aquí la discusión tiene tres niveles que están fuertemente vinculados entre sí. Primero de todo, ¿hubo oposición de la clase obrera a la dictadura? Si entendemos oposición como batallas campales, es indudable que no. Pero si la entendemos como un sinfín de pequeñas acciones cotidianas, que incluyen desde el sabotaje y la huelga hasta la reconstrucción de niveles de organización, es indudable que sí la hubo. La investigación realizada hasta el momento demuestra que, por un lado, la dictadura percibía la existencia de serios problemas y de descontento entre los trabajadores. Por otro lado, la información disponible demuestra que hubo un desarrollo de la conflictividad que fue en ascenso durante el período.

Por supuesto, la mera existencia de conflictos y otras formas de oposición no significa que estos tuvieran un efecto apreciable sobre la superestructura política. De ahí la segunda cuestión clave. Suponiendo que hubiera algún tipo de oposición por parte de los trabajadores, ¿qué efecto tuvo? Una vez más, la información disponible demuestra a las claras que tanto la dictadura como distintos empresarios expresaban su preocupación en torno a una posible explosión social. A partir de 1977, distintas expresiones oficiales hacen referencia “al fantasma del Cordobazo”. Además, es demostrable que después de momentos de conflictividad obrera (particularmente en 1977 y en 1979), hubo modificaciones en la superestructura política. Después de las huelgas de noviembre de 1977, un sector de la dirigencia sindical adoptó una actitud más “de confrontación” con el régimen. Lo mismo podemos decir en cuanto a los partidos políticos a partir de 1979. Asimismo, la dictadura realizó modificaciones en su proyecto original. Obviamente no todas las modificaciones son atribuibles a la conflictividad obrera, pero es imposible descartarla como factor de importancia.

Para la clase obrera y el pueblo es indiscutible que la apertura de 1983, por limitada que fuera, era infinitamente preferible a la dictadura. De hecho, la elección de Raúl Alfonsín fue vivida por la población como una reivindicación popular. En este sentido, la democracia restringida de 1983 fue un triunfo. Pero que haya existido ese triunfo no implica que la dictadura no tuviera efectos y consecuencias profundos. Los trabajadores argentinos fueron duramente golpeados por el régimen, se perdieron conquistas, murieron o fueron desaparecidos muchísimos militantes y activistas forjados durante décadas. Sin embargo, la clase trabajadora emergió de la dictadura dispuesta a recuperar niveles de organización, conquistas e inclusive a los compañeros afectados por la represión. Los años 1984 y 1985 estuvieron repletos de movilizaciones en este sentido. Sin embargo, ¿hubo retrocesos en la clase obrera? ¿Impusieron su proyecto los militares y la burguesía?

La dictadura tuvo logros, pero también fracasos. Tuvo éxito en destruir toda una generación de activistas, lo cual no es poco. Al decir de ellos, “ganaron la guerra”. Sin embargo, y a pesar de que se avanzó en esa dirección, no lograron construir la Argentina que tenían proyectada. Si bien hubo modificaciones, sobre todo a nivel económico –y nadie pretende que la apertura democrática de 1983 fuera igual a la de 1973–, es ridículo pensar que Juan Sourrouille y Carlos Menem hubieran sido necesarios de otra manera.

Aquí, nosotros identificamos dos problemas fundamentales que colorean el análisis del período. Primero, existe una confusión entre el militante, el activista y el conjunto de la clase. También, existe una proyección de sentires y valores de los sectores medios sobre el conjunto de los trabajadores. Segundo, existe una visión de la historia que es casi lineal y no en proceso.

En cuanto a lo primero, Schneider y yo entendemos al militante como aquel individuo que se organiza en función de una organización política, y al activista como el que lo hace en una organización social. En ambos casos son una minoría politizada, activa y fundamental dentro de la clase. Esta minoría cumple un papel clave en cuanto a la movilización social, a las reivindicaciones y a la capacidad de acción de la clase. Sin militantes y activistas, la clase lucha, pero espontáneamente y rara vez logra superar el plano defensivo. Sin embargo, esta minoría politizada es posible de separarse y aislarse del conjunto de la clase. Esto es lo que intenta hacer la represión, y lo que en muchos casos logró entre 1976 y 1977. Ante la ofensiva de la burguesía, la clase obrera se replegó y la militancia que seguía a la ofensiva fue aislada y derrotada. En este sentido, es posible derrotar a la militancia sin derrotar al conjunto de la clase, en la medida en la que se separa uno de otro. Evidentemente, debido a la vinculación entre ambos la derrota de los militantes tiene consecuencias y efectos sobre el conjunto de la clase, pero no necesariamente conforma una derrota global.

El problema de analizar la dictadura de 1976-1983 es que vemos a la clase obrera a través del prisma de la militancia. La militancia y muchos activistas sienten, correctamente, que fueron derrotados. Sin embargo, muchos trabajadores comunes no tienen el mismo sentir. Por ejemplo, distintos testimonios marcaron que si bien 1976 fue duro, fue un momento más dentro de una etapa negra que se inauguró en 1955.

Esto también ocurre si consideramos la visión de la clase obrera que tienen los sectores medios. Para estos últimos, la dictadura significó pérdidas apreciables, tanto a nivel económico como social. Se restringió la movilidad social, se limitaron las posibilidades de estudio y el acceso a la cultura, el ingreso de muchos sectores medios se vio fuertemente reducido. Más aún, los sectores medios fueron rudamente

despertados a la realidad de la lucha de clases por una represión para ellos desconocida. Es evidente que para estos sectores hubo “un antes” y “un después” de 1976. Así, su percepción de que hubo un retroceso, o por lo menos un cambio agudo, en ese momento es correcto.

Pero muchos analistas suponen que lo que es cierto para ellos es real para el conjunto. En términos generales, y con efímeros momentos de mejoría, la situación del conjunto de los trabajadores ha sido mala desde 1955. El salario descendió abruptamente en 1976, cierto, pero dentro de una tendencia descendente desde 1952. Es cierto que se perdieron conquistas, pero también se perdieron en 1955, 1962, 1966. Hubo represión, pero para los trabajadores esta existe por lo menos desde la Revolución Libertadora. El acceso a la universidad y a la cultura y la movilidad social vienen siendo cada vez más escasos para los trabajadores desde hace décadas. Esto no quiere decir que los retrocesos de 1976 fueron escasos o que fue lo mismo que 1966. Lo que sí quiere decir es que para el trabajador 1976 no fue el diluvio, sino más bien un mal momento (quizás uno de los peores) dentro de un período negro que se inició con el derrocamiento del general Perón. Todo esto no hace al golpe de 1976 indiferente, y mucho menos sin consecuencias para los trabajadores, pero sí lo pone en su correcta dimensión.

En cuanto al segundo aspecto, es notable la escasa visión de proceso que sustentan muchos análisis. En casi todos los autores parecería que el golpe de 1976 vino de la nada a cambiar todo. Esto es históricamente imposible. El modelo de acumulación “mercadointernista” es cuestionado por la burguesía por lo menos desde 1966. Durante los últimos cuarenta años esta viene realizando cambios, entre avances y retrocesos, que le permitan construir un país distinto del que emergió a partir de la crisis de 1929. En este sentido, el golpe de 1976 representó una continuidad con el de 1966, al

igual que el gobierno de Carlos Menem con la dictadura del general Jorge Videla. Pero al mismo tiempo, existen rupturas. Más allá de lo absoluto o no de su éxito, cada renovado intento de la burguesía logró, limitado por la lucha de clases, modificar aspectos de la sociedad argentina. De manera que 1989 no es igual a 1976, que no es igual a 1966, si bien existe entre los tres una tendencia histórica. Así, el golpe de 1976 no fue “el diluvio”, sino más bien la continuación lógica del proceso iniciado años antes bajo el general Juan Carlos Onganía. La incapacidad de percibir el “proceso” histórico que llevó al Proceso de 1976 se debe a una visión mecanicista de la historia que tiene poco que ver con la actividad real de los seres humanos.

Al igual que este libro se basó en muchos de los descubrimientos de Mason sobre el nazismo, a mí también me parecieron útiles algunos de los conceptos que Juan Carlos Portantiero había derivado de Gramsci, allá por 1973. Así, me parecía que la noción de *empate* servía bastante bien para describir la situación argentina en 1983. Este planteo, sugerido en el Capítulo 6 de este libro, es lo que más rechazo ha generado. Para muchos (si no todos), un empate evocaba una imagen futbolística de un partido terminando uno a uno. Y era muy claro que aquí habían ocurrido retrocesos importantes para los trabajadores, dentro de los cuales la muerte de tantos activistas y militantes no era un aspecto menor. El rechazo liso y llano obturó tanto una discusión sobre el resto del libro como sobre lo que el concepto quería decir. Un *empate* gramsciano tiene poco que ver con el fútbol. De hecho, lo que señala es que la dominación de clases se da a través de complejos procesos de consenso y hegemonía. Cuando estos se resquebrajan, lo que ocurre es una *crisis orgánica*. Casi todos aceptábamos que, por lo menos desde 1955, existió una crisis orgánica en la Argentina que dificultaba la dominación. Para mí, el objetivo de la

dictadura de 1976-1983 era efectivamente la “reorganización nacional” en función de resolver esa crisis orgánica y obtener el consenso necesario para hacer avanzar al capitalismo argentino una vez más. Era mi planteo en aquella época (y lo sigue siendo en la actualidad) que la dictadura no logró resolver esa crisis orgánica y es en ese sentido que lo que perduraba en 1983 era una situación de *empate*: “La burguesía monopólica retiene su predominio económico y avanza a este nivel, pero no tiene la hegemonía política” (Pozzi, 2008: 140). Hoy en día creo que la dictadura de 1976 logró algunas transformaciones que fueron la base material para los cambios emprendidos por Alfonsín y completados por Menem. En este sentido, ambos presidentes son productos de la dictadura, y si hubo alguna derrota obrera de largo plazo esta ocurrió durante el gobierno de Carlos Menem: solo el Peronismo pudo deshacer las conquistas logradas durante el primer Peronismo y transformar la sociedad argentina.

Uno de los problemas centrales para explicar esta “oposición” obrera era definir y caracterizar a la clase obrera argentina. El primer modelo explicativo al que recurrí fue uno que publicó James Petras en 1981. Si bien pienso hoy en día que aquel artículo es bastante superficial y contradictorio, hace veinte años me pareció fascinante: era el único que intentaba retratar las redes socioculturales que generaban la cohesión de clase. Y esta cohesión era, para mí, lo que posibilitaba aquello que Mason mencionó como “formas identificables de acción colectiva”. Al mismo tiempo, me entusiasmé con una afirmación de Juan Carlos Torre por la cual se refería a la clase obrera argentina como “madura” (1983: 11-12). Yo acepté esto casi acríticamente sin observar que la noción de Torre estaba más vinculada al concepto de madurez como *ciudadanía* que como *conciencia de clase*, que era lo que a mí me interesaba y lo que estaba planteando Petras.

El problema no fue de vagancia analítica de parte mía, ni siquiera de tratar de acomodar las definiciones a lo que quería buscando un aval “científico” en algún analista reconocido. Era mucho peor que eso. Yo estaba enfrentándome por vez primera al problema de cómo opera una clase social en la realidad. Lo que uno siempre había aceptado como postulados (la clase existe y tiene intereses anticapitalistas que la impulsan a la lucha de clases) ahora debía probarlo, porque lo que estaba discutiendo era algo que se oponía al consenso científico y político. Cómo opera una clase social y cómo se demuestra en la práctica su existencia eran problemas más que serios.

De ahí recurrí a definiciones más plásticas e históricas de clase social: E. P. Thompson y Raymond Williams. A partir de los análisis de gente como ellos, además de los de Petras y Mason, tuve que ir, en los años siguientes a este libro, elaborando algunas ideas básicas. Estas se expusieron en obras posteriores y muchas están aún en evolución. Lo central de las mismas es la noción de *cultura obrera*, entendida como una serie de costumbres, tradiciones y comportamientos clasistas derivados de la experiencia de pertenecer a un sector social determinado y en contraposición a otros. Como señalé en un trabajo posterior (2004: 59), hace ya dos décadas Raphael Samuel publicó su investigación sobre la militancia del Partido Comunista inglés (CPGB), centrándose en la zona del *East End* de Londres (1985 y 1986).² A través de testimonios, cartas, poemas, autobiografías y novelas, Samuel logró reconstruir un rico mundo político y social asentado en una cantidad de tradiciones y expresiones culturales que mostraban un

2 El texto completo de la investigación fue publicado en 2006 por Verso, Londres, bajo el título *The Lost World of British Communism*, a partir de artículos publicados en *New Left Review* núm. 154 (1985), núm. 156 (1986) y núm. 165 (1987).

submundo izquierdista de riqueza y vitalidad insospechadas para la mayoría de los historiadores. Al deslizamiento y la resignificación cultural de estas tradiciones en otras nuevas, él los llamó los “teatros de la memoria” (1994). Eran pautas y criterios izquierdistas que se vivían no como “política” o “ideología” sino como “comportamiento correcto”, como “sentido común”.³ La capacidad que tuvo el CPGB, y luego el laborismo y el trotskismo, para entroncar con estos “teatros de la memoria” fue lo que permitió su inserción entre amplios sectores de trabajadores, aun cuando no tuviera casi impacto sobre la superestructura política y electoral. Así, se dio un sincretismo entre nociones izquierdistas y tradiciones “radicales” y artesanales del siglo xviii que generaron una cultura obrera inglesa en particular con una fuerte impronta clasista y combativa. De hecho, se conformaron en tradiciones, memorias, experiencias y un sentido común que dieron por resultado una fuerte conciencia *en sí* de los obreros ingleses, que fue el elemento subyacente y homogeneizador clasista desde la huelga general de 1926 hasta las huelgas de los mineros del carbón durante la década de 1980.⁴

Este concepto complementaba aquellas ideas lanzadas (y jamás continuadas) por Petras hace ya veinticinco años. Todavía falta mucho para probarlo, sobre todo porque una vez más el consenso es que el obrero argentino es peronista

3 Muchos de estos planteos se basan en la sugerente obra de Raymond Williams. En particular, *Resources of Hope. Culture, Democracy, Socialism*, de 1989.

4 Otro investigador importante que se dedica a temas similares, particularmente a la relación entre los comunistas y los afronorteamericanos, es Robin D.G. Kelley. Véase Lemelle, S. y Kelley, R. (1994). *Imagining Home. Class, Culture and Nationalism in the African Diaspora*. Londres, Verso. Si bien Kelley tiene una amplia y muy interesante obra, para este trabajo es particularmente relevante el artículo que integra el libro ya citado con Lemelle, titulado “Afric’s Sons with Banner Red: African American Communists and the Politics of Culture, 1919-1934”. También véase Buhle, P. (1987). *Marxism in the United States*. Londres, Verso.

o despolitizado. Creo que es infinitamente más complejo, y que solo la desidia intelectual nos hace recurrir a modelos simplistas y que explican poco. La cultura izquierdista puede discurrir por múltiples canales que no son solo los socialistas: también se ha expresado en formas políticas como el Anarquismo o como el Peronismo. La marcha peronista podría perfectamente ser un himno izquierdista, lo mismo que varios artículos de la Constitución de 1949 o la Declaración de la CGT de los Argentinos del Primero de Mayo de 1968.

Pero lo fundamental era que debíamos explicar por qué la clase obrera argentina se había opuesto a la dictadura. Un elemento fundamental, y la correa de transmisión de esa cultura, eran los militantes. Si hubo oposición obrera, a pesar de la represión (y yo creo que este libro prueba que sí la hubo), entonces eso significaba que el trabajo gris y cotidiano de los militantes revolucionarios de la década anterior había tenido sus frutos. Esto implicaba que para comprender a los obreros entre 1976 y 1983 había que comprender la relación entre la militancia argentina y la clase obrera entre 1955 y 1976. Es más, como señalé más arriba, había que repensar toda la cronología de la historia social del período, tomando en cuenta rupturas y continuidades.

Por último, y dejando de lado las polémicas posteriores que se derivaron de este libro, debo señalar que la investigación tuvo algunos límites concretos. Había cosas que solo se podían probar a ciencia cierta teniendo acceso a documentación empresarial o de los órganos represores. El libro se publicó en 1988. Unos años más tarde, Alejandro Schneider y Rafael Bitrán investigaron el período en la zona norte del Gran Buenos Aires llegando a conclusiones muy similares a las mías. Poco tiempo después, Schneider obtuvo acceso al archivo del Ministerio de Trabajo de zona norte (un archivo que no existe más), donde encontró informes, datos

y estadísticas de empresas y sus jefes de personal, incluyendo las circulares de los comandantes militares dictatoriales zonales. A la luz de los nuevos datos, quedaba claro que las conclusiones que yo había derivado de la información disponible entre 1985 y 1987 eran correctas. Pero incluso hace un par de años la doctora Patricia Funes, quien dirige la parte histórica del Archivo Provincial de la Memoria que contiene el archivo de lo que fue la división de orden político de la policía provincial bonaerense, me mostró algunas de las carpetas que guardan la información sobre la conflictividad obrera en la época. Una vez más tuve la satisfacción de ver confirmado lo que planteaba. En síntesis, creo que este libro aún es válido, a pesar de los problemas señalados. Me parece que debemos discutir la actividad de la clase obrera durante el período sin evitar, como señalé al principio, los juicios éticos y morales para poder apuntar más certeramente las responsabilidades. Pero más aún, en un país donde tantas cosas se han quebrado en las tres décadas desde el golpe de estado, me parece fundamental rescatar que fueron seres humanos comunes, los cuales con entereza y dignidad, arriesgando todo lo que tenían, supieron oponerse a la dictadura.

Bibliografía

Buhle, P. (1987). *Marxism in the United States*. Londres, Verso.

Gramsci, A. (1981). *Escritos políticos (1917-1933)*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Lemelle, S. y Kelley, R. (1994). *Imagining Home. Class, Culture and Nationalism in the African Diaspora*. Londres, Verso.

Mason, T. (1993). *Social Policy in the Third Reich. The Working Class and the "National Community"*. Nueva York, Berg.

- Petras, J. (1981). *Terror and the Hydra: The Resurgence of the Argentine Working Class*. En Petras, J. *et al.*, *Class, State and Power in the Third World*. Nueva Jersey, Rowman and Littlefield.
- Pozzi, P. (2004). *La cultura de izquierda en el interior de la provincia de Córdoba. Historia Regional*, núm. 22. Córdoba, Sección Historia del Instituto Superior del Profesorado N° 3 Eduardo Lafferiere.
- _____. (2008). *La oposición obrera a la dictadura (1976-1982)*. Buenos Aires, Imago Mundi.
- Pozzi, P. y Schneider, A. (1993). *Combatiendo al capital. Crisis y recomposición de la clase obrera argentina (1983-1993)*. Buenos Aires, El Bloque.
- Samuel, R. (1994). *Theaters of Memory*, 2 vols. Londres, Verso.
- _____. (1985). *The Lost World of British Communism*. *New Left Review*, núm. 154. Londres.
- _____. (1986). *The Lost World of British Communism: Two Texts*. *New Left Review*, núm. 155. Londres.
- _____. (2006). *The Lost World of British Communism*. London, Verso.
- Torre, J. C. (1983). *Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Williams, R. (1989). *Resources of Hope. Culture, Democracy, Socialism*. Londres, Verso.

Los autores

Pablo Pozzi

PhD en Historia (Stony Brook University) y Profesor titular regular plenario de Historia de los Estados Unidos de América en la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires). Ha publicado artículos y libros sobre historia y sociedad norteamericana y argentina. Entre sus obras se destacan *La oposición obrera a la dictadura (1976-1982)* (Contrapunto, 1988); *Los setentistas. Izquierda y clase obrera, 1969-1976* (Eudeba, 2000); y *Por las sendas argentinas. El PRT-ERP, la guerrilla marxista* (Eudeba, 2001).

Howard Zinn

Historiador social estadounidense. Es autor de más de veinte libros, incluyendo *A People's History of the United States* (editada en español como *La otra historia de los Estados Unidos*) y *Declarations of Independence*. Estudió Historia y Ciencias Políticas en el Spelman College de Atlanta y en la Universidad de Boston, donde fue profesor emérito. Asimismo, se ha destacado en el ámbito del teatro. Su obra teatral en torno a la vida de Emma Goldman ha sido estrenada en Boston, Nueva York, Bilbao y Tokio.

Daniel Mazzei

Doctor en Historia (Universidad de Buenos Aires), Profesor adjunto de Historia Argentina III en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), docente de la carrera de Sociología en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) e investigador del Programa de Historia Oral (INDEAL, UBA). Se ha especializado en las relaciones civiles militares en la Argentina durante la segunda mitad del siglo xx. Es autor de *Medios de comunicación y golpismo: la caída de Illia* (GEU, 1997); *CEMIDA: Militares argentinos para la transición democrática* (Capital Intelectual, 2011); y *Bajo el poder de la caballería. El Ejército argentino 1962-1973* (Eudeba, 2012). Ha publicado numerosos artículos, entre los que se destacan: "Primera Plana: modernización y golpismo en los sesenta"; "La misión militar francesa en la Escuela Superior de Guerra y los orígenes de la guerra sucia, 1957-1961"; "Reflexiones sobre la transición democrática argentina", y "El águila y el cóndor. La relación entre el Departamento de Estado y la dictadura argentina durante la Administración Ford (1976-1977)".

Mariana Mastrángelo

Licenciada en Historia (Universidad Nacional de Córdoba), Doctora en Historia (Universidad de Buenos Aires) y Posdoctora por la Universidade Federal de Santa Catarina (Brasil). Es Profesora asociada regular de la Universidad Nacional de Chilecito. Ha publicado *Rojos en la Córdoba obrera, 1930-1940* (Imago Mundi, 2011) y *Desde las profundidades de la Historia Oral. Argentina, Brasil, Uruguay* (Imago Mundi-RELAHO, 2013).

Pablo Vommaro

Posdoctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud (Universidad Católica de São Paulo, Universidad de Manizales, CINDE, COLEF y CLACSO). Doctor en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires). Es investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y Profesor de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Coordina el Grupo de Estudios de Políticas y Juventudes (GEPoJu, Instituto Gino Germani, UBA) y es parte del equipo coordinador del Grupo de Trabajo de CLACSO "Juventudes e Infancias". Es docente de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), en los Departamentos de Ciencias de la Educación y de Historia y en el Posgrado.

Fabio Nigra

Historiador (Universidad de Buenos Aires), Posdoctor en Ciencias Sociales y Humanas (UBA), Doctor en Historia (UBA) y Magíster en Política Económica Internacional (Universidad de Belgrano). Autor de varios libros, entre los que se destacan *Hollywood y la historia de Estados Unidos. La fórmula estadounidense para contar su pasado* (Imago Mundi, 2012); *Hollywood. Ideología y consenso en los Estados Unidos* (Maipue, 2010); *Una historia económica (inconformista) de los Estados Unidos* (Maipue, 2007); y en colaboración con Pablo Pozzi, *La decadencia de los Estados Unidos* (Maipue, 2009), *Invasiones bárbaras en la historia contemporánea de Estados Unidos* (Maipue, 2011) y *Huellas imperiales. Historia de los Estados Unidos de América, 1929-2000* (Imago Mundi, 2003).

Yolanda Blasco Martel

Es doctora en Historia Económica y Profesora de la Universidad Internacional de Cataluña y de la Universidad de Barcelona. Ha publicado diversos trabajos sobre el Banco de Barcelona y otros temas en revistas y volúmenes colectivos nacionales y extranjeros.

Mario Camarena Ocampo

Es Doctor en Antropología (Escuela Nacional de Antropología e Historia de México). Trabaja en la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, en donde desde 1980 ha realizado investigaciones sobre la clase obrera textil y la reforma agraria en los pueblos de Tlalpan a partir de la óptica de la historia social, conjugando las fuentes escritas con las orales y gráficas. Se ha dedicado también a la docencia en escuelas de educación superior, como la ENAH, y a capacitar a la gente común y corriente de las comunidades indígenas, campesinas y obreras en el rescate de su pasado histórico a través de cursos de historia oral, para lo cual ha desarrollado material didáctico.

Gerardo Necochea Gracia

Doctor en Historia Social (Escuela Nacional de Antropología e Historia de México). Realizó estudios de doctorado en Historia y Antropología (City University de Nueva York). Investigador de la Dirección de Estudios Históricos y Profesor de la ENAH, e investigador y Profesor del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. Especialista en historia de México e historia de Estados Unidos, siglos XIX y XX, y en historia oral. Codirector de la revista bilingüe de la Asociación Internacional de Historia Oral *Palabras y Silencios / Words and Silences*, entre 2002 y 2010. Autor de *Después de vivir un siglo. Ensayos de historia oral sobre el siglo xx en México* (INAH, 2005), coautor de *Historia oral y militancia en México y en Argentina* (con Mariana Mastrangelo *et al.*, Editorial El Colectivo y Programa de Historia Oral de la Universidad de Buenos Aires, 2008), y coordinador, con Patricia Pensado, de *Voltear el mundo de cabeza: historias de militancia de izquierda en América Latina* (Imago Mundi, 2011).

Alessandro Portelli

Profesor de Literatura Anglonorteamericana en la Universidad de Roma La Sapienza. Es uno de los principales historiadores orales del mundo. Su estudio *La orden ya fue ejecutada* (Fondo de Cultura Económica, 2004), sobre la masacre de las Fosas Ardeatinas, es un hito de la historiografía italiana contemporánea.

Este libro se terminó de imprimir en el mes
de mayo de 2018 en los talleres gráficos
de la Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
Puan 480, CABA.

